LA

LINTERNA

MÁGICA

LINERA

JOSÉ LUIS ALVAREZ

DE LINERA.

R: 94615

LA LINTERNA MÁGICA.

TERMINADAS las vacaciones de Semana Santa, los alumnos de cierta escuela pública, volvian á ponerse de nuevo bajo las órdenes de su director, que era un hombre de aquellos á quienes, en escaso número por desgracia, ha dispensado la naturaleza las dotes especiales. mejor dicho, el verdadero genio de la educacion.

La apertura de un establecimiento de esta especie, despues de vacaciones tan largas, es un acontecimiento de mucha importancia para el entendido maestro, que quiere dar señales de paternal afecto á sus queridos discípulos.

De este modo discurria el filósofo director de nuestro colegio, cuando rodeado otra vez de todos los alumnos, les indica que ha pensado solemnizar el dia de su

regreso á la escuela con un espectáculo agradable y sorprendente para ellos. La alegría que produce aquella gozosa impaciencia, tan propia de los niños, y que se aumenta por grados á proporcion que se acerca el momento de satisfacer sus deseos inocentes, se veia pintado con claridad en los semblantes de los discípulos, convirtiéndose en regocijo general luego que oyeron de boca de su maestro que era la *Linterna Mágica* el entretenimiento preparado. Algunos empero que entre ellos se preciaban de juiciosos y reflexivos, hubieran dado la preferencia tal vez á otro género de distraccion menos pueril, porque ignoraban aún, que bajo la ilusion quimérica de una Linterna Mágica, pudiera hallar su inteligente maestro un recurso eficaz para deleitar é instruir á la vez á sus amados discípulos: Julio, Arturo y Adolfo eran de este dictámen, mas sin embargo no osaban manifestarlo y esperaban con cierto género de disgusto el principio de la fiesta; por el contrario los demas, impacientes hasta el estremo, contaban por minutos el tiempo que debia transcurrir hasta la hora en que apareciese en escena la *Linterna Mágica*. Uno de los salones destinados á la enseñanza, estaba en este caso especial dispuesto al objeto de la funcion: los personajes representados por la Linterna Mágica, debian aparecer sobre un gran lienzo colocado en un testero del local. Llega la hora, y los alumnos precedidos de su maestro entran en la sala brincando de gozo, y van á colocarse en los asientos al efecto preparados. De allí á poco al bullicio y alboroto ocasionado á la entrada, sucede el mas profundo silencio, suenan tres palmadas, que era la señal convenida, apáganse las luces, y el director del espectáculo principia de esta manera.

«Caballeritos, voy á tener el honor de enseñaros »una *Linterna Mágica* que en nada se parece á las »que suelen servir de diversion en las tertulias y en

»los teatros, no creais que vamos á tratar del señor don »Sol, ni de la señora doña Luna, ni de las señoritas Es»trellas; por el contrario, otros personajes del todo di»ferentes, y mucho mas interesantes, van á presentarse »á vuestra vista: estoy seguro que no tendré necesidad »de anunciarlos con sus nombres, porque los conoceis »mejor que yo, pues que vosotros me los habeis pres»tado.»

Julio. (*En tono bajo á Arturo.*) En verdad que es un empréstito bien forzoso, porque ni se hace con nuestra anuencia, ni aun siquiera sabemos de qué se va á tratar.

El director. Señores, ved aqui un personaje que os es conocido. (*Aparece de repente sobre el lienzo una figura muy bien representada*).

Todos los alumnos. ¡El colegial! ¡el colegial!

El director. Me alegro que le conozcais; mas un poco de silencio porque creo que él os va á dirigir la palabra.

El colegial. Señores, nosotros nos conocemos bastantemente, ojalá que vosotros me hubiéseis pintado con la exactitud que debiera esperarse de ese mismo conocimiento; pero observo que me habeis presentado mucho mas sensible, mucho mas amable, y sobre todo menos distraido, menos revoltoso y menos holgazan de lo que yo soy realmente; sin embargo, conozco que nada de particular tiene esto, porque á la verdad mal hubiérais podido presentar mis faltas sin apuntar, ligeramente, las vuestras. Me habeis pintado mas bien como debiera ser, que como soy en efecto. Vuestra parcialidad me sirve en este caso de leccion, y por no dar motivo á que nadie os eche en cara tan marcada inexactitud, os ofrezco que trataré en adelante de enmendarme, procurando imitar el retrato que acabais de hacer de mi. Quien quiera que yo sea, lo cierto es que he obtenido el permiso de venir á visitaros est

noche, y agradecido á vuestras mercedes me vuelvo á mi colegio. (*Desaparece el colegial*).

Los alumnos. Sea en buen hora. ¡Qué niño tan bien educado!

Eduardo. Seguro estoy de que ese debe ser un escelente compañero.

Arturo. Sin duda, pues ¿no has oido cómo nos elogia?

El director. Atencion, señores, ese personaje que se presenta á vuestra vista, con su ropa talar y su incensario, es un jóven dedicado á un ejercicio sagrado: él viene entonando el *Sacris Solemnis*, ¿lo ois? ¿le conoceis ya?

Los alumnos. ¡El monaguillo! ¡el monaguillo!

El director. Por el lado de la izquierda se descubre tambien, si no me engaño, otro pequeño personaje que se adelanta á paso lento, ya está aqui, ¿lo veis? Sus vestidos de paño burdo, y su tosco calzado muestran que procede de un pais miserable, ¡pobrecito!

Los alumnos. Sí, sí, el ¡galleguito!

Monaguillo. Bien venido.

El galleguito. Que seais mejor hallado. ¿Estais contento con vuestro retrato?

El monaguillo. Yo, asi, asi.

El galleguito. Como no te han hecho gran favor, no te han adulado, y... por eso no te atreves á responder decisivamente. Pues yo agradezco que adviertan mis defectos, solo asi podré corregirlos. Es verdad que tenia por costumbre estarme al sol jugando todo el dia; me olvidaba de trabajar para ganar de comer, y luego á la noche solia tener hambre; ya conozco que esto no debe hacerse, y que es preciso ganar el sustento con el sudor de la frente, estoy pues decidido á mudar de conducta y muy contento de mi resolucion. A Dios, mis amados compañeros. (*Desaparece cantando la muñeira.*)

El director. Un redoble, bien: esto indica que tenemos en campaña otro nuevo personaje, miradle, él se acerca al monaguillo y parece que van á entablar su diálogo.

El monaguillo. ¡Calla! este es el tamborcito.

Tamborcito. Este es un pequeño sacristan.

Monaguillo. Amiguito, si pusieran de manifiesto tus faltas ó te echáran en cara tus defectos ¿qué dirias?

Tamborcito. Agradecer la advertencia.

Monaguillo. ¡Ah, tú acabas de darme una leccion provechosa! ya no me queda duda de que es preciso que cada cual reconozca sus imperfecciones para ponerlas remedio.

Tamborcito. Por eso yo estoy tan reconocido al caballerito Felipe, encargado de describir mi historia, y te advierto que para cuando quiera ir á visitar mi cuartel, se hallan á su disposicion, mi ra-cata-pla mas nuevo.

Felipe. Acepto la proposicion, y haré uso de ella en la primera ocasion que se presente.

El director. Atencion, ¿observais la mar embravecida, cómo juega con aquel gran navío lanzándolo de una á otra parte con la velocidad y ligereza que lleva la pelota ó el volante en vuestros juegos?

Adolfo. Esto va contigo, Julio.

Julio. Voy tomando gusto á esta Linterna Mágica.

Eduardo. En efecto, ¡una vista de mar! pero tú no eres hijo, ni sobrino, ni el pariente mas lejano de un marinero.

El director. Ya el navío está desamparado de toda tripulacion, el furor de la tempestad se aumenta, es imposible que lo resista; el naufragio es eminente, ¡cielos, mirad cómo se sumerge en el abismo de las aguas!

Julio. Yo creo que no es exacta esa pintura.

El director. ¿Por qué no? no es tan difícil la descripcion de una tempestad: para presentarla bien, solo se necesita un poco de memoria, y esto se encuentra en cualquier parte.

Julio. ¿Y esto te divierte, Adolfo? pues yo te digo la verdad; lo que es á mí principia á fastidiarme.

Adolfo. Tendrás tus razones.

El director. El equipaje se ha sumergido sin duda, mas no; yo creo ver alguna persona nadando, sí, ¡hélo allí! mirad cómo avanza, ya se acerca, ¿lo conoceis por su traje?

Todos los alumnos. ¡El grumete! ¡el grumete!

El grumete. Ese soy yo, ¿y qué tiene de particular? ¿dónde está ese picaruelo de Julio que se propasa á hablar de la mar y á hacer mi retrato? tengo que decirle dos palabras y.....

Julio. Aquí estoy, ¿qué me quieres?

Grumete. Díme, ¿dónde has visto la mar? ¿has saludado por ventura la ciencia del pilotaje? marinero de agua dulce, ¿cuándo has visto el aparejo de un navío?

Julio. Podrá ser que me haya equivocado al usar de una palabra, al pronunciar un nombre, pero creo que este no sea un gran crímen.

Grumete. Cuando no se sabe bien una cosa, ó se calla, ó se aprende antes de hablar. Lo demas es gastar el tiempo en vano. ¿Por qué me presentas tan ridículo alguna vez? esto es insufrible, ¿y aquello del contramaestre dando latigazos al infeliz grumete? ¡Ah! bien se conoce que te ha costado poco cuidado y poco afan el hacer esa pintura; para trabajar tan mal no hay que mirar un libro.

Julio. (*Resentido.*) Entre las reconvenciones de inexactitud que me diriges, hay una que olvidas, esto es, que he dejado de decir que te encuentras dotado de un desembarazo tal que toca en groseria é insolencia.

Los alumnos. ¡Bravo, bravo! bien respondido.

El director. Vean vds. otro muchacho fuerte y ágil al mismo tiempo; el vigor natural parece que da impulso á todos sus movimientos, están impresas en su cara las señales de la salud mas completa. Su traje, el cayado que lleva en la mano, el mastin que duerme á sus pies y las ovejas que le rodean, todo, todo anuncia la clase á que pertenece.

Esteban. Este es el pastor, le conozco muy bien, asi como á Manuel y Andrés que vuelven la espalda.

El pastor. ¡Oh! están sorprendidos de oir alabar con tanta eficacia una conducta que les parece simple y natural, porque en su concepto el autor de ese discurso ha exagerado las penas y los placeres de nuestra situacion, que en general es mas enojosa que fatigante, y mas monótona que poética. El amor á su patria ha conducido por este camino la pluma del escritor novel, quien movido de tan noble sentimiento se ha entregado sin duda al placer de hablar ventajosamente de su pais y de sus compatricios. Por lo demas, le somos deudores de la exactitud con que ha pintado el carácter brusco, aunque generoso y casi indomable, de los montañeses.

OTROS PERSONAJES.

1.er personaje. Dígote que no eres otra cosa que un mal estudiante, un perezoso, pregúntaselo sino á Julio.

2.° personaje. Y tú pregúntale á Arturo qué juicio ha formado de tu actividad.

Arturo. Yo creo que el aprendiz no es el diamante de los artesanos.

Julio. Sin embargo, yo opino que hay muebles mas inútiles.

El director. Hé allí un bosque magnífico pobla-

do de grandes árboles, la frondosidad de sus ramas hace que entrelazadas mútuamente no puedan penetrar en él los rayos brillantes del sol, la oscuridad reina todo el dia en las entrañas del monte, preciso es conocer bien todos sus senderos y revueltas para no perderse en medio de ese fragoso laberinto. En el invierno la noche se anticipa estraordinariamente en este sitio: entonces los lobos salen de sus cuevas en busca de la presa::::: ¡Desgraciado el montañés á quien anochece entre esos matorrales! justamente dos niños se ven vagar á lo lejos por entre pino y pino:::: ¿Si se habrán descarriado y marcharán los pobrecitos solos y sin guia al través de las malezas, rodeados de tantos peligros? no, que se dirigen hácia aquí.

El leñador. En nombre de todos los leñadores de estos bosques, yo vengo á manifestar nuestra gratitud al caballerito Andrés, que ha conocido tan bien nuestra infelicidad y nuestros padecimientos, y que ha sabido describir con tanta propiedad nuestro carácter y nuestros trabajos. ¿Será posible que hayais estado sin embargo demasiado lisonjero?

Andres. Tú eres el primero que se queja de esa falta.

Leñador. Nosotros somos unos pobres montañeses, señor, no tenemos reparo en decirlo, pero no podemos esplicarnos con la claridad y buenas maneras que vds. lo hacen.

Andres. Ya lo conozco, mas como nosotros escribimos para los niños de las poblaciones, hemos creido deber presentar vuestros propios sentimientos en el idioma mas usual, á fin de no imprimir en su imaginacion el recuerdo de espresiones, que aunque disculpables y propias de vosotros, no lo serian tanto para ellos. La esperiencia nos ha hecho conocer que los niños adquieren y se apropian con cierto afan la idea de todo lo que les era antes desconocido, ó que les parece notable y singular.

El director. Así como el aspecto de tristeza y resignacion que designan el carácter de ese niño que se presenta á vuestra vista.

El expósito. Es que me encuentro solo sobre la tierra, Dios me privó de mi padre y de mi madre el mismo dia que nací, y el camino de la vida es bien triste, bien largo y espinoso cuando es preciso marchar por él siempre solo.

Eugenio. ¿Por qué te desconsuelas?

El expósito. Ya comprendo cuáles son vuestros sentimientos hácia á mí, y el interés que os tomais en mi triste suerte. Pero con la mejor conducta y la mas sana intencion, no es posible encontrar todos los dias un caballero de vuestras circunstancias.

Eugenio. Cierto, mas si no siempre se presenta la fortuna, no es dificil poner los medios para encontrarla, se busca el aprecio, la consideracion, la benevolencia de las gentes, en fin, nada debe dejarse de hacer de todo cuanto contribuir pueda á endulzar las amarguras de la vida.

El director. ¡Mirad, mirad otro nuevo personaje!

El mendigo. ¡Señor! un ochavito por Dios!

Los alumnos. ¡Este es el pobrecito!

El director. ¿Por qué pides limosna, picaruelo? ¿Por qué no buscas que trabajar?

El mendigo. Porque me fastidia el trabajo, porque me gusta mas correr á mi libertad por las calles y jugar con los otros muchachos los cuartos que recojo.

Teodoro. ¿Y no te avergüenzas de hablar de esa manera? me arrepiento ya de haber querido tomar tanto interés por tí.

El director. No habreis podido señalar con la marca de vituperio que ciertamente merece la holgazanería y vagabundez que por desgracia es tan propia á la mayor parte de estos desgraciados; sin embargo, no os reprendais por vuestra bondad de corazon, mas vale

disculpar á diez mil criminales que condenar á un solo inocente.

UNA VOZ. ¿No es verdad, jóven volantin?

EL SALTIN-BANQUI. De seguro habeis hablado como un libro, y tal debe ser sin duda el principio sobre el que Adolfo ha bosquejado el cuadro de mis costumbres.

ADOLFO. ¿Y qué os parece? ¿hé comprendido vuestro carácter? ¿hé descrito bien vuestras ocupaciones y vuestro género de vida?

SALTIN-BANQUI. Bastante bien en lo general. Pero debo deciros que me parece que hay algo de exageracion, mirándolo por el lado festivo ó de ridículo.

ADOLFO. Está bien, mirad, pues, recargando el cuadro apenas encontraba la verdad.

SALTIN-BANQUI. Corto es el cumplimiento, mas en cambio nada tiene de adulacion, de lo demas podeis decir todo cuanto os dé gana, todo será poco en este dia. Siento no poder hacer igual concesion al caballerito Julio: encuentro que ha recargado de verdad el retrato del cómico, principalmente cuando describe su carácter y sus costumbres.

JULIO. ¿Creéis que he cargado de verdad ese retrato cuando digo que por lo general el cómico es amable y de una conversacion que no cansa?

SALTIN-BANQUI. Yo creia que en esta parte estaríais enteramente en el centro de la verdad.

JULIO. No corre peligro que vos os lastimeis. Ello es natural, solemos hallar siempre exageradas y picantes las críticas mas justas que se hacen de nosotros, al paso que apenas nos parecen justas las alabanzas mas exageradas que se nos prodigan.

EL DIRECTOR. Ea, aquí tenemos al aprendiz de pintor.

EL APRENDIZ. ¡Dios mio! sí, el aprendiz, la vic-

tima del taller, el ridículo de los discípulos, el hazme reir de los oficiales y de las criadas: para él son todos los enojos, todos los regaños, todas las cargas, todas las burlas que terminan desagradablemente, asi es que yo os aseguro que los progresos artísticos son bien pequeños, bien diminutos, casi imperceptibles: á propósito, tengo que advertir al autor de mi historia, que ha unido de tal manera las épocas, que me hace pintar retratos en algunos meses, y se olvida que para entonces ya habian pasado mas de dos años sin fruto. ¡Oh! la pintura no es un arte tan fácil como se quiere suponer.

El director. Ya que el autor del artículo en cuestion guarda silencio y no trata de defenderse, le condenamos. ¿Quién será aquel picaruelo que avanza tan ufano con su gorro de papel?

Arturo. ¡Ola! ya le conozco, es mi aprendiz de imprenta, mi héroe.

Aprendiz. Por cierto que habeis tratado con mucha consideracion á vuestro héroe; si os parece que os habeis hecho acreedor á mi reconocimiento por la manera con que hablais de mi, os aseguro que estais muy equivocado.

Arturo. Bautista, mi querido amigo, no me haces justicia, pues qué, ¿no eres ya tan afecto al tambor mayor y tan enemigo como eras de aquel pobre lonjista?

Aprendiz. Sí, señor, pero no se trata de eso.

Arturo. ¿Continúas haciendo estragos en la tienda del pobre comerciante?

Aprendiz. Ya os digo que no se trata de eso; de lo que yo me quejo es de los apodos ridículos con que vos me habeis designado, con una prodigalidad escesiva.

Arturo. Y qué, ¿no he dicho la verdad acaso?

Aprendiz. Sí, ya; pero es que todas las verdades no pueden decirse.

Arturo. Vean vds. un argumento sin réplica.

El director. Escuchad lo que dice este otro personaje.

El hijo del labrador. *Berzas, batatas, nabos, alcachofas y cebollas, ¿quién compra, señores? Que las traigo como manteca*, ¡mas qué es esto! sino me engaño aquí se encuentra el que nos ha retratado, sí, gracias por vuestras advertencias, que serian dignas de gratitud si no las hiciéseis pagar á un precio tan subido.

Arturo. ¿Y qué quereis decir con eso? no os entiendo.

El hijo del labrador. Verdad que somos generalmente rústicos, insolentes y avaros, ¿qué otras cualidades mas de esta especie quereis adjudicarnos?

Arturo. Hay labradores para todo, y yo no dudo que vos entrareis en el número de aquellos campesinos que carecen de algunos de los defectos que he designado como familiares á sus costumbres.

El director. Hé aquí dos niños dignos de compasion, un sordo-mudo y un cieguecito; el primero, caballero Enrique, os mira con una sonrisa inocente y con la mano puesta sobre el corazon. Sin duda quiere manifestaros su gratitud y reconocimiento. El segundo se dispone á manifestar sus sentimientos que serán seguramente los que ha inspirado en su alma el infortunio de su pobre compañero.

El cieguecito. He oido leer el artículo en que habeis retratado todos los pormenores de nuestra desgracia. ¡Ah! ¡que no pueda yo veros! Mas sin duda observareis en mi semblante las señales de la mas tierna gratitud que habeis sabido inspirarnos. ¡Infeliz de mí! Estoy privado de tan grande dicha..... Continuad, pues, por el camino que habeis emprendido; sed siempre lo que habeis sido ahora, el amigo de los séres que pade-

cen, compartid con ellos los rigores del infortunio. ¡Hay tantos escritores imprudentes que se ocupan de sembrar el gérmen de la insensibilidad en el corazon de los hombres, para hacerlos sordos á los lamentos de su hermano; que es preciso pagar un tributo de justa gratitud á aquel que acostumbra á usar palabras de consuelo y de esperanza para los desdichados, y admirar y bendecir los actos filantrópicos de los protectores de la humanidad! ¡Oh! ¡qué dulce es eso de amar á sus semejantes y proporcionarse á la vez la íntima satisfaccion de ser amado de ellos!

El director. Tambien es muy bella la modestia, y yo estoy seguro de que el caballero don Enrique no habrá dejado de hallar motivo de complacencia sin orgullo, en las espresiones dictadas por el reconocimiento de su héroe. Mas ¿quién será este muchacho que con una varita en la mano está enseñando las letras del alfabeto estampado en aquel cartel? Pues es el Repetidor.

El repetidor. Repetidor, instructor, monitor, inspector y todo lo que vos querais, sin embargo, á pesar de que mi empleo en la escuela tiene tantos dictados, debo advertiros que yo no merezco otro que el de enredador, distraido, y acaso el de mas ignorante que todos mis condiscípulos.

Arturo. No debiérais haberos acusado á vos mismo, y de este modo no me hubiéseis privado tampoco del placer de manifestar á estos señores la ligera equivocacion que yo he padecido, sin duda, al describir vuestras cualidades; os habeis permitido la libertad de hablar mal de vos mismo, esto es lo que se llama abrutarse por escudar á los otros.

Repetidor. Yo no me alabo de mis defectos, lo que quiero decir es, que creo no deber aceptar los elogios que con sentimiento mio conozco que aún no me corresponden.

Arturo. Vaya, vaya, que teneis una conciencia demasiado estrecha.

El director. Ha respondido con mucha mesura, y como pudiera hacerlo el muchacho mas sincero y mejor educado.

Los alumnos. ¡Qué lástima! ya se ha concluido.

El director. Aún no, mirad todavía, ¿conoceis al niño que se presenta?

Los alumnos. No le conocemos. ¿Quién es?

El hilandero. Yo soy el hilanderito de quien os habeis olvidado, aunque creo que puedo presentarme entre vosotros, como digno de entrar en el número de los niños pintados por sí mismos.

Los alumnos. Tiene mil razones, nos habiamos olvidado de él injustamente.

El hilandero. Sin embargo, no me quejo de vuestro olvido Mi suerte es bien desgraciada; el influjo de la guerra se ha hecho sentir con un rigor estraordinario en este arte, que en tiempos mas felices proporcionaba abundante sustento á infinidad de familias. Los tornos, los telares, todo está paralizado en el dia, y el pobre hijo de un miserable hilandero se vé precisado á ir pidiendo un pedazo de pan de puerta en puerta á los ricos señores, que se presentan vestidos con telas estranjeras. ¡Ojalá que nuestros infortunios hallen un pronto término en el patriotismo y la buena fé de los hombres que dirigen el Estado! Hasta otra vez, señores.

El director. Caballeritos, mirad bien el último personaje que aparece á vuestra vista. Aquel jóven gallardo que lleva dos alas á su espalda, una llama resplandeciente en la cabeza, y un manojo de flores en la mano, es el genio de la infancia. Escuchad:

El genio de la infancia. Vuestra obra, mis queridos amigos, es aun bastante imperfecta, pero aun cuando ofrece materia abundante de crítica es preciso hacer justicia al colorido de pureza y de virtud

con que se halla ordenada; es, por decirlo asi, un conjunto de bellos pensamientos. Seguid, pues, el nuevo camino que os habeis trazado, y aun cuando no podais menos de errar alguna vez, conservando puro el corazon, siguiendo el impulso de un sentimiento noble de justicia y de benevolencia, yo os ofrezco mis elogios. Creo que hasta ahora habeis hecho una cosa útil, dando un buen ejemplo á todos los jóvenes de vuestra edad. Reconcentrad, pues, vuestras fuerzas, y con nuevo empeño preparaos á continuar vuestras obras, para que el segundo volúmen de los niños pintados por ellos mismos, sea tan moral y tan puro como el primero; pero todavía mejor escrito. En aquel, solo habeis pensado en vosotros; en el segundo es preciso que os ocupeis tambien de vuestras hermanitas. Ellas son una preciosa mitad del todo de la infancia, y no podeis negarlas un sitio de predileccion á vuestro lado. Su presencia será el ornamento de vuestra obra, y un noble y delicioso atractivo á la continuacion de vuestras tareas.

TODOS LOS AUTORES DE LOS CUADROS DE LOS NIÑOS PINTADOS POR ELLOS MISMOS. ¡Genio benéfico! con tu auxilio y tus inspiraciones podremos llevar dignamente á cabo nuestra empresa.

EL GENIO DE LA INFANCIA. Pues para conseguir mis auxilios, es preciso merecerlos. Trabajad, y los tendreis.

EL MONAGUILLO.

¿Habeis observado en la iglesia, en el coro, aquel muchacho que canta de contínuo con los sochantres? ¿Habeis reparado qué garboso y qué elegante se encuentra con su sotana encarnada, y su rizado sobrepelliz, blanco como la nieve? pues aquel es el monaguillo, el pequeño acólito, como si dijéramos, un átomo del cuerpo clerical; pero brillante y resplandeciente en medio de él como un diamante engastado en una rica joya. ¡Ah! tiempo hace que es el monaguillo para mí un objeto de predileccion, de admiracion, de respeto y no sé si de envidia: sobre todo, en las grandes funciones de iglesia; allí, allí es donde él ejerce la mágica influencia de sus místicas funciones. Luego que los ecos sonoros y armoniosos del órgano se han estendido por todos los ángulos de la nave, y que los celebrantes del

Santo Sacrificio han elevado su voz para responderle, auxiliados del ronco sonido del grave fagot, la voz dulce y penetrante del acólito se deja oir al través de este conjunto armonioso, se dilata y esparce por todos los ámbitos del santo Templo. Cuando mi alma penetrada de la melancolía, que naturalmente inspiran en ella los cánticos lúgubres de los muertos, enajenada de tristeza se ocupa solo de la eternidad, esa misma voz penetrante y delicada viene á sacarla de su aislamiento. Los acentos del monaguillo tienen tal espresion, que por sí solos bastan á escitar toda clase de afecciones. En los dias de la Ascension y la Pascua de Pentecostés, por ejemplo, cuando se entona la Aleluya, late mi corazon con tal fuerza, que parece va á salirse del cuerpo á impulso de la alegria. Entonces sí que el acólito me parece la cosa mas sublime del mundo. Entonces conozco bien cuanto esta pequeña dignidad encierra de noble y grandioso. Entonces es cuando yo creo que mi alma se eleva hasta los cielos, sobre las nubes oscilantes de que pueblan el espacio, los perfumes del incienso.

Consideremos ahora al monaguillo en otra situacion. ¡Por qué le habré yo conocido en el apogeo de su grandeza para haberlo de mirar ahora bajo el aspecto estéril de su valor personal! ¡qué desgracia! Si bien es verdad que es muy difícil presentar un individuo bajo dos aspectos diferentes, sobre todo cuando el uno es el estremo opuesto del otro, no lo es menos el hacer la descripcion del acólito dentro y fuera de la iglesia.

Hémosle examinado en el ejercicio de sus mejores funciones, investido de todo su esplendor, apacible, recogido y marchando con los ojos bajos en señal de modestia; pero todo ello es superficial; no es la modestia quien produce esa calma ni ese recogimiento que ostenta nuestro pequeño acólito. Habeis de saber, por fin, que este picaruelo nada tiene de santo. ¿Acaso estais admirados de verme tan al corriente de los pormeno-

res de la historia de nuestro héroe? Pues tal vez ninguno de vosotros hubiera podido hacerlo con tan grande exactitud, porque no es posible tener á la vista todas las circunstancias y todos los datos que se requieren: por esta razon, el caballerito Luis no ha podido referirnos la historia del colegial. Y por ella tambien, y la de haber habilitado algunos años la misma casa en que vivia por casualidad un monaguillo, he podido estudiar sus costumbres y las de sus camaradas.

Dije que el monaguillo no es por lo general un santo, porque lejos de eso, es un pequeño embustero, mentecato y hablador, amigo de toda clase de farsas y que trata de reintegrarse de las horas de recogimiento que le impone la iglesia, con algunas mas de libertinaje y holganza que él se toma. En efecto, el monaguillo no es en realidad lo que parece en la iglesia. Cuando en algun intermedio puede sustraerse á la vigilancia de los sacerdotes y del sacristan, no repara en profanar su traje, y bien pronto se le vé rastrando sus hopalandas por la calle, saltando y brincando, y tirando al alto su bonete, en medio de un círculo de otros muchachos, que admiten gozosos en sus juegos aquella notabilidad picaresca. Entonces es el acólito una especie de diablillo que todo lo enreda, un picaruelo que grita, que alborota, que apedrea y que se entrega fácilmente á todos los escesos en que suelen incurrir los niños mal educados. Este es sin embargo aquel jóven acólito que en la iglesia edifica con su aparente modestia, el que con su dulce y melodiosa voz, inspira en el ánimo de los oyentes las ideas mas sublimes acerca de la divinidad ¡Qué contraste! ¡Qué cambio de situacion! pero no por eso deja de ser este fenómeno de la iglesia un ente bien desgraciado.

Por lo general cuando mas engolfado se encuentra en el juego y en las travesuras de los otros chicos, hé aquí que un robusto sacristan con traje análogo al su-

yo aparece á cierta distancia, y mostrándole el cíngulo que lleva en la mano, con voz estentórea le dice: *picaruelo, venga Vd. acá, tenemos que ajustar una cuenta.* En este instante el muchacho enredador y travieso vuelve á ser solamente el monaguillo de la iglesia, y mirando hácia el suelo sin atreverse á levantar la vista, se dirige á paso lento hácia el punto donde ésta el sacristan que le llama. ¡Ah! qué grande es su pesar, él se ve precisado á suspender los juegos que le deleitan, á dar una tregua demasiado larga á las travesuras propias de su caracter; y lo que es peor, él comprende bien el género de castigo que le aguarda por haber desertado cinco minutos de la iglesia. Asi es, que el inflexible sacristan principia á descargar latigazos sobre el pobre chico, tan pronto como éste se aproxima á él á la distancia que puede alcanzar el cíngulo, ¡infeliz acólito! Sufrir y resignarse, padecer y callar, es lo único que se le permite; y aunque lo intenso del dolor haga correr las lágrimas por sus mejillas, nada importa, pues es necesario que entone en el acto el principio de una antífona. Cantar y llorar es el deber del monaguillo en tan aciago momento.

Ya he dicho que el monaguillo es un personaje de doble carácter. Cuando se presenta en la calle desnudo de sus vestiduras eclesiásticas, con el pelo cortado á la moda clerical, con su chaqueta de paño negro, su pantalon de igual color á media pierna, embutida en una media de lana negra igualmente y de tosco tejido, entonces la sublimidad de su traje eclesiástico, se ha convertido en la mas humilde rapsodia del aspecto de infelicidad que presenta un pobre niño del hospicio. Entonces el pequeño acólito no es mas que un muchacho cualquiera, con la particularidad de que su uniforme muestra la dependencia del individuo, que no tiene voluntad propia por hallarse enteramente sujeto á los preceptos y aun á las insinuaciones del señor cura. Aun

hay mas ; el acólito en este caso es lo que el aprendiz en un taller , todos le mandan , todos le censuran , y al infeliz no es dado ni aun hacer indicaciones.

Cierto que en medio de tanta contrariedad el monaguillo posee algunas ventajas : esta microscópica dignidad de la iglesia , ejerce varias funciones que devengan derechos , esto es , derechos únicamente consignados en la problemática generosidad de la generalidad de los fieles. No hay bautizo , velacion , ni casamiento, á que el acólito no asista. Es indispensable el don preciso en estas ceremonias , mas no creais que aquella virtud edificante que yo admiraba en él en las solemnes funciones de la iglesia , es la que le conduce á presenciar la administracion de los Sacramentos : él sabe que en tales casos no se va sin dinero á la iglesia , y sabe tambien que su presencia es una esquela de apercibimiento. Cuando el padrino ó la madrina están distraidos ó aparentan no comprender este género de insinuaciones , el acólito calla, pero sigue constantemente sus movimientos : si salen de la sacristía creyendo dejar en ella al acólito , se equivocan , porque el acólito está delante ; si vuelven la vista atrás creyendo hallar solo las paredes de la iglesia , el acólito está delante , y en fin , si concluida la ceremonia quieren volver á casa despues de satisfechos ya todos los derechos de la iglesia , no saldrán de su pórtico , sin haber tropezado veinte veces con el acólito machaca , quien apurados ya todos los recursos indirectos , no dejará de apelar al medio espresivo de pedir una propina. El dia de año nuevo , cuando las personas notables de la poblacion , el señor alcalde, los regidores, el procurador síndico , se presentan á felicitar al señor cura, el monaguillo suele ser el portero de estrado que introduce en la habitacion á los cumplidos felicitantes , y suele recibir de ellos algunos maravedises que entran en la caja comun de ahorros de los dependientes de sacristía. Si

un sacerdote forastero se presenta á decir misa, el monaguillo le sirve diligente, porque está seguro que nadie le ha de negar sus dos cuartos de propina, y el derecho inalienable de escurrir las vinajeras. Tal es el cuadro especulativo de las costumbres de mi héroe: mas por su desgracia existe siempre un sacristan, el inflexible hombre del cíngulo que ejerce constantemente una intervencion directa sobre el caudal del infelice muchacho: un sesenta por ciento cuando menos es el interés que le paga en remuneracion de los latigazos y los insultos que le prodiga.

El ejercicio de monaguillo tiene varias modificaciones: en cada pueblo puede decirse que es diferente. En unas partes está encargada la misma iglesia de la educacion de estos jóvenes, y es el maestro de capilla el jefe de la escuela de canto llano; en otras su enseñanza comprende ramos de mas estension, la gramática latina, la lógica, la moral y aun la música del órgano ó de algun otro instrumento, forma el complemento de su educacion; y en los pueblos pequeños es donde suele estar adherido tan solo al servicio de la iglesia.

Ya os he dicho que en la misma casa que habitaba mi familia vivia tambien un monaguillo. Leonardo, este era su nombre, Francisco Gonzalez, su padre, antiguo militar, vivia con el auxilio de una pequeña pension que le pagaba el Estado por su retiro. Viejo y todo como era, tenia sin embargo el pulso bastante firme y escribia regularmente: dedicábase pues á copiar varios manuscritos que le dejaban alguna utilidad, que aunque pequeña, unida á su pension, bastaba á proveer á las necesidades principales de la vida, pero sin que pudiese alcanzar á dar á su querido hijo Leonardo la educacion que deseára. Este muchacho presentaba sin embargo las mejores disposiciones, escuchaba con placer los consejos que le daban, y se preparaba á seguir-

los: dotado de un entendimiento precoz, y de una feliz memoria, hubiera hecho sin duda los progresos mas admirables en su educacion, sus padres desgraciados hubieran podido contar con los medios de proporcionársela. Esta idea les llenaba de dolor y hacia sentir sobre sus almas todo el peso del infortunio. Leonardo tenia hermosa voz, y un amigo de su padre sugirió á éste la idea de poner á su hijo monaguillo de la iglesia. El buen Francisco, cuya bondad natural y sentimientos religiosos eran conocidos de todos sus vecinos, aceptó gustoso la proposicion, tratando al instante de poner en práctica el pensamiento. De este modo conseguia dar á su hijo una educacion regular, con cierto viso de instruccion artística, y sin que pudiera carecer de la parte moral y religiosa á que daba la preferencia.

Leonardo tenia las cualidades mas escelentes, pero era no obstante algo aficionadillo al juego, y eso que los primeros ensayos debieron servirle de leccion, pues perdia siempre. Aunque incapaz de escitar á sus camaradas á hacer maldad alguna, dejábase llevar fácilmente de las escitaciones de estos y los seguia sin violencia. Jamás se hizo el sordo á una proposicion de brisca ó de cané. La pelota y el peon eran sin embargo sus juguetes favoritos, pero los pequeños tahures que le rodeaban insistian de continuo en conquistar su corazon, hasta que Leonardo llegó á saber en las picardias del juego tanto como ellos. Desde entonces, los cuartos que ganaba los empleaba en golosinas, y cada vez mas aficionado, era siempre el verdadero motor de cualquiera partida de juego. Ya no podia resignarse con la idea de perder, y cada vez que otro ganaba solia armar una pelea dándose de cachetes y mojicones con el ingenioso ó afortunado. La conducta de Leonardo íbase haciendo detestable, pero las nuevas represiones de su padre y las tiernas amones-

taciones de su madre infeliz, no dejaban por el pronto de imprimir en su alma la idea del reconocimiento de sus faltas, haciendo en seguida los mas solemnes propósitos de enmienda. Cierto dia fue reconvenido por su buen padre con energia y seriedad, porque eran ya demasiadas las quejas que llegaban á sus oidos y herian su corazon, sobre las malas costumbres de aquel hijo, que impulsado por nocivas compañías, se hallaba próximo ya á precipitarse en el abismo de los vicios. Leonardo oyó con sumision las reprensiones de su padre, confesó sus errores, y prometió entre lágrimas y sollozos ser en lo sucesivo mas hombre de bien, adoptando los medios de reparar las faltas cometidas. La severidad del buen Francisco quedó desarmada por entonces con las muestras de compuncion de su hijo amado, y éste se separó de su presencia haciendo allá en su interior las mejores resoluciones. Mas ¡ay! que al dia siguiente, en presencia de sus pervertidos compañeros, olvidó bien pronto las reconvenciones de su familia y los ofrecimientos que él habia hecho; y de este modo hubiera continuado progresando por el camino de la perdicion, si un acontecimiento bien funesto no hubiese venido á poner un dique al torrente de sus pasiones. El anciano Francisco, cuya salud estaba harto debilitada por las fatigas de la guerra y los achaques inveterados, producto de varias heridas que á pesar del tiempo permanecian abiertas, pereció repentinamente á impulso de una grave enfermedad que no pudo resistir su naturaleza debilitada. Escusado es hacer aquí una pintura del cuadro lastimero que en aquellos dias de luto y desolacion presentaba á la vista de las almas filantrópicas la pobre y desconsolada familia del desgraciado Leonardo. A pesar de sus travesuras, y de sus juegos, no hay duda de que queria á su buen padre, y sentia su muerte con todo el rigor de la pena mas amarga. Leonardo ni comia, ni bebia,

ni jugaba ya, y su macilento rostro decia á cada instante á todo el mundo, que el corazon de aquel muchacho estaba henchido del dolor que lo devoraba: pálido, abatido y sombrío, apenas se dejaba ver de persona alguna, y las lágrimas corrian con frecuencia por sus mejillas. Cuando arrojándose á los brazos de su afligida madre la estrechaba y decia, ¡padre mio! ¡mi buen padre! todo se ha concluido ya para mí ¡ya no te volveré á ver! y al concluir de pronunciar estas palabras prorumpia en abundante llanto. La madre mezclaba sus lágrimas con las de su hijo, le estrechaba contra su pecho, y haciéndose superior á sí misma, procuraba inspirar á su hijo el valor de que á ella no era dado disponer. La pobre madre agobiada de dolor por la muerte de su esposo, llegaba á temer ya tambien por la vida de su hijo amado, único consuelo que la quedaba. Leonardo siguió por muchos dias en un estado alarmante de enfermedad; pero en fin desapareció esta despues de algun tiempo, ocupando su lugar una habitual tristeza que produjo un cambio completo en el carácter de Leonardo. Entonces principió éste á recordar las últimas palabras que su padre moribundo le habia dirigido. "Leonardo, mi querido Leonardo, sé hombre de bien: aplícate al trabajo para que un dia puedas ayudar á tu pobre madre. Cuando yo haya dejado de existir, es preciso que te halles dispuesto á reemplazarme, esto es, que seas el apoyo de su vejez y el consuelo de su desgracia.» La voz del padre, resonaba sin cesar en el oido perspicaz y reflexivo del hijo. Ya no mas placeres peligrosos, juegos pueriles, distracciones perjudiciales, todo, todo se ha concluido: es preciso que Leonardo ayude á su madre: lo ha prometido asi, y él cumplirá su palabra. ¿De qué no es capaz un ánimo resuelto? ¿Cuántas maravillas no puede producir el amor de un hijo para con su madre? mas dejar á Leonardo que él ya sabe lo que ha

de hacer, no se hable ya mas de sus deberes, porque él ha llegado á conocerlos. Nada hay que decirle acerca de su madre, porque ella es el solo objeto que ocupa su imaginacion. Inútil es señalarle trabajo, porque él lo busca presuroso. ¿Qué mas quereis, pues, de Leonardo? ¿Que emplee los dias enteros en estudiar sin levantar los ojos del libro? ¿Que en un pequeño espacio de tiempo repita mil veces la misma nota música hasta que salga de su boca con toda exactitud y pureza? Pues ni aun esto le pidais, porque él piensa solo en su madre, y repite sin cesar: madre mia, yo seré tu apoyo y tu consuelo. Todo el dia ha pasado el infeliz muchacho engolfado en un trabajo penoso; ¿y qué irá á hacer ahora? ¿A descansar tal vez? no; Leonardo sigue naturalmente los preceptos de su madre, que le ocupa de llevar una esquela suplicatoria aquí, de buscar dinero allá; Leonardo, en fin, por la mañana y por la tarde se emplea tambien en el servicio de la casa para evitar á su madre el trabajo de efectuarlo, por mas que la escesiva fatiga debilite sus fuerzas y consuma por grados su miserable existencia: ¿mas qué importa si disfruta de un premio que halaga su corazon, que derrama en su alma el bálsamo del consuelo, y que llena la medida de su ambicion y sus deseos? Cuando su madre le estrecha entre sus brazos é imprimiendo en su frente un ósculo de paz, esclama: ¡hijo mio! siempre trabajador, siempre fuerte, siempre infatigable: ¡ah! ¡todo lo hace por su madre!:::: entonces en aquel instante Leonardo, el desgraciado Leonardo, es en estremo feliz.

No es fácil describir el efecto que hacia en el corazon de la triste madre el cambio repentino que habia esperimentado la conducta de Leonardo. Aquel muchacho disipador, jugador y pendenciero, era ya un hombre juicioso, aplicado y en estremo reflexivo. El amor filial es quien ha hecho este milagro, pero era

tanto lo que se afanaba por proporcionar la subsistencia de su madre, y por presentarla motivos de consuelo y pruebas irrecusables de la mas completa enmienda, que viendo que el excesivo trabajo debilitaba la salud del pobre niño, su madre se veia precisada á reprenderlo, y mas de una vez á mandarle suspender su tarea; mas él entonces la respondia: no, madre mia, es preciso reparar de algun modo el tiempo que he malgastado en juegos inútiles y en disipaciones; no temais que me abandonen las fuerzas, porque existe un poder invisible que me presta el valor necesario. Cuando la imaginacion se entrega á ciertas meditaciones creo ver en lo alto del cielo sobre nubes resplandecientes el rostro afable de mi buen padre, que con sonrisa amorosa aplaude mis esfuerzos y bendice mis acciones: entonces me parece que le oigo decir: "bien, hijo mio, estoy contento de tí." Esta sola idea es para mí la mejor y mas cumplida recompensa.

Cada dia se repetian estas escenas tiernas en que el amor filial, el amor conyugal y las demas afecciones que producen los sentimientos de virtud, tenian una buena parte. Hablaban solo de aquel padre querido, de aquel esposo amado á quien la insaciable parca habia arrebatado la vida, como arrebata el impetuoso viento las hojas macilentas de una envejecida flor. Ambos lloraban la muerte de Francisco, y Leonardo se lamentaba sin cesar de haberle causado algun disgusto dilatando tanto tiempo el principio de su enmienda, y sentia en el fondo de su alma no haber hecho antes cuanto le era dado hacer para obtener el perdon de su padre. Impregnado de esta idea haciendo estas reflexiones, se retiraba cada noche á su lecho, y algunas lágrimas de remordimiento y de pesar corrian por sus mejillas antes que el sueño y la fatiga cerrasen los párpados de sus ojos. Y á la mañana se levantaba siempre animada de iguales deseos, y movido por iguales inspiracio-

nes á continuar con noble afan sus tareas ordinarias.

Cuatro años de esta vida angustiosa y fatigada habian proporcionado al jóven Leonardo considerables adelantamientos. Amado y protejido de cuantos le conocian, era á cada instante presentado como modelo de aplicacion á la vista de los niños. Un hábil profesor de música, á cuya noticia habia llegado la ejemplar conducta de mi héroe, lo llamó y presentó por sí mismo en el conservatorio, dándole en este establecimiento una plaza efectiva. Al poco tiempo Leonardo era uno de los mejores discípulos: la estimacion pública que habia sabido granjearse con su aplicacion y sus talentos presagiaban el porvenir mas feliz de su carrera; pero no era esta la satisfaccion principal que disfrutaba; Leonardo no tenia ambicion, y si él era dichoso, muy dichoso, era porque conocia que habia conseguido el fin propuesto, esto es, que habia obedecido religiosamente la última voluntad de su padre moribundo. *Leonardo era ya el apoyo y el consuelo de su madre.*

EL GALLEGUITO.

Como apéndice al pais de los antiguos Bracaros y Lucenses (1), se encuentra el de los Ultramontanos (2), en el cuál figuran ahora dos pequeñas villas que desde ab initio, se declararon mútuamente rivales, rivalidad fundada en una especie de orgullo bastardo, producto natural de la rusticidad de los habitantes, impregnada de cierta tintura de espíritu patriótico. Ya se deja conocer que hago alusion á las memorables aldeas que con los nombres de Piloña y de Pravia resuenan en toda la Península, y que son mas de una vez el grito de batalla entre los oriundos de aquel pais, cuando salen á refocilarse á los campos deliciosos de la Virgen del Puerto, ó se reunen allí en cualquiera

(1) Gallegos en el dia.
(2) Asturianos hoy.

romería: Pravia y Pilonia, pues, son en el siglo XIX lo que fueron Roma y Cartago en el tiempo de Asdrubal y Escipion: dos pueblos rivales. La miserable situacion de los moradores les obliga por lo general á salir de los límites de su provincia, para buscar en el centro de las otras, lo que la ingrata naturaleza ha negado á su pais. Consideremos, pues, como se verifica una de estas emigraciones, y sigamos en sus pasos á nuestro infeliz galleguito, que emprende su ruta en hora dichosa.

La del alba seria cuando dos pobres ancianos, cuyo traje revelaba su miseria, seguidos de un rapazuelo (1) vestido al estilo del pais, con su pantalon de paño burdo á media pierna, calzado de toscas madreñas, y sin otro equipaje que una chaqueta al hombro, del mismo paño y tijera que el pantalon; se dirigian á la salida del pueblo. La afectuosa conversacion que contra costumbre llevaban los tres, las tiernas exclamaciones en que de vez en cuando prorumpia la madre, los consejos económicos que prodigaba el anciano, y la resignacion aparente del rapaz, daban á este suceso el carácter de una tierna despedida. En efecto, ya habia dejado nuestro *galleguito* los juegos inocentes de sus compañeros, la casa paterna y dado acaso el último á Dios á sus baquiñas queridas, al acariciado ternero, al compañero de su infancia que él habia visto nacer y prodigado los cuidados mas exquisitos. El temor de no volverlos á ver era para él un sentimiento insoportable, que aumentado con la idea dudosa de su porvenir, hacia asomar lágrimas á sus ojos. El anciano padre, sin embargo, procuraba derramar en el corazon del hijo el bálsamo del consuelo. No te dé cuidado, hijo mio, como seas hombre de bien, como seas hon-

---

(1) Nombre que en este pais, suele darse á los niños.

rado, como seas fiel, económico y trabajador, tu serás feliz. Has llegado á la edad en que es preciso aplicar el hombro al trabajo, y si se sufre, si se padece, todo es llevadero con la espenanza de que habrá de llegar el dia en que el producto de tus ahorros ha de proporcionarte los medios de una subsistencia cómoda y pacífica, en el seno de tu familia. Hoy sales de Pravia pobre, miserable, sin un maravedí; pues bien, al cabo de diez años si sigues mi consejo, podrás volver medianamente rico, y entonces serás una persona tan respetada como el señor alcalde. Tu padre te recibirá en sus brazos, y como tu madre y yo seremos ya muy viejecitos, y no podremos ganar que comer, tu vendrás á ser el apoyo de nuestra vejez, el cultivador de nuestras tierras, el amparo de nuestros ganados y la honra de los mocitos del pueblo. Pero si la desgracia hiciese que no nos viéramos jamas..... al pronunciar estas palabras el anciano conmovido no podia contener el llanto y hubo de reclinarse sobre la cruz de piedra, límite del término de la poblacion donde habian llegado insensiblemente.

Hé aquí el momento terrible de la separacion, los sollozos de la madre, las lágrimas del hijo, la conmocion que experimenta el corazon sensible del anciano, todo, todo, demuestra la amargura del sentimiento que domina esta pobre familia; mas aquella cruz les recuerda en el momento la imágen sagrada del divino Redentor y el estado de pesar y angustia con que se hallan oprimidos, es modificado por las ideas mas eficaces de la esperanza y el consuelo.—De rodillas tierna madre; de rodillas inocente niño, levantad vuestros ojos y pedid apoyo á este Dios que tiene tambien una madre y que ha sufrido como hijo. El anciano padre echa la bendicion á su hijo, mientras que la madre infeliz lo estrecha junto á su pecho cubriendo de besos y de lágrimas su cara, y en tono bajo reproduce la bendicion

del padre, mezclando expresiones de amor y de consuelo que salen del corazon.—Levántanse los tres y ya se encuentran mas fuertes... á Dios, hijo mio, á Dios, pobre niño... á Dios, madre, á Dios, mi buena madre... á Dios..... á Dios.... Separáronse por fin y principian á marchar en direcciones opuestas; mas aun vuelven la cara, aun sus miradas amorosas se encuentran otra vez, y aun que la distancia es larga, todavía pueden decirse y contestarse á Dios.... á Dios..... y continúan su camino. Un pequeño ribazo va á ocultar á la vista del *galleguito* no solo el pueblo donde tantos recuerdos deja, sí tambien aquella preciosa mitad del corazon; sus infelices padres, que todavia se despiden de él haciendo señas con las manos. La voz no alcanza á contestar, pero los lábios murmuran aun, á Dios.....

A proporcion que va adelantando en su jornada nuestro pobre *galleguito*, los pueblos que él conoce desaparecen, quedando atras sucesivamente, y se presentan otros, cuya situacion y cuyo nombre ignora. Desde este instante todo es nuevo para él que solo y desamparado continúa su ruta, cuál si fuera el único ente de su clase que anduviese solo por el mundo. Sin embargo nada le intimida; ni ladrones, ni asesinos ni nada, ¿qué ha de suceder á un pobre muchacho que ni lleva un maravedí ni ofende á persona alguna? mas al tercer dia de su viage y al atravesar un bosque, excitaron su curiosidad algunos objetos que estaban al lado del camino, esparcidos por el suelo. ¿Qué deberá hacer el pobre rapaz? la curiosidad le obliga á examinarlos. Un bolsillo con varias monedas de oro es lo primero que á su investigacion se ofrece; mas él ignora el valor de aquel hallazgo; las monedas de oro son para él objetos desconocidos, ó al menos de un precio insignificante. Un poco mas allá estaba una cartera que contenia varios billetes de banco, para él tambien se desconocido este tesoro, los billetes de banco,

serán sin duda un papel cualquiera. Lo único que llama su atencion, que excita su curiosidad, y que mueve su codicia, son unos ante-ojos de bolsillo que estaban tambien arrojados en el suelo. Nuestro rapaz conservaba alguna idea de este instrumento, porque habia visto que el cura del lugar usaba con frecuencia otro hasta cierto punto semejante. Lo examina con cuidado, lo aplica una y otra vez á su vista, y siempre halla que observar en la diferente forma en que hace aparecen los objetos. Los ante-ojos son pues en su concepto la única alhaja de conocido valor que allí se encuentra. Esta idea le llena de alegría, pero bien pronto se convierte en tristeza, con la de que no debe pertenecerle: que será otro su dueño, y que sin duda la Providencia le ha designado como medio de restitucion. No retener lo ageno contra la voluntad de su dueño, es un precepto del Decálogo que él tiene grabado en el corazon, porque lo ha oido repetir mil veces en su casa y en la iglesia. Despues de un momento de indecision, considera que de dejar abandonados aquellos efectos en el bosque, puede apoderarse de ellos otra mano menos escrupulosa, y resuélvese por fin á formar de todo un lio, con el ánimo de entregarlo intacto á la justicia del primer pueblo que encuentre.

En efecto, carga con todo, y poseido de aquella satisfaccion interior que produce en el corazon del hombre la idea de una accion recomendable, continúa su camino y hace formal entrega de dichos efectos al alcalde del inmediato pueblo, quien sorprendido de tan recto proceder, le prodiga mil elogios, quedándose con nota circunstanciada del nombre, apellido y procedencia del virtuoso *galleguito*.

Al dia siguiente, mientras nuestro infeliz rapaz seguia su marcha, un individuo de justicia conducia á la capital los efectos encontrados, y la nota de su presentador, al mismo tiempo que era ya el objeto de las

conversaciones de los habitantes de Oviedo, un suceso muy notable acaecido el precedente dia en el referido bosque.

Las villas, las ventas, las aldeas del tránsito iban quedando á la espalda de nuestro pequeño viajero segun que él redoblaba sus jornadas. ¿Qué poblacion será aquella que se vé ya tan de cerca, cuyos multiplicados capiteles se confunden en las nubes, y tocan en el cielo? ese pueblo es Madrid, la corte de España, donde se encuentran acumuladas las cosas, aglomerados los objetos y confundidos los hombres. Madrid es el término del viaje, el centro de las especulaciones, la tierra de promision para nuestro héroe. Aqui encontrará sin duda muchos de sus paisanos engolfados en la riqueza y nadando en la abundancia. El *galleguito* va á ser feliz, tan feliz y tan rico como sus propios camaradas. Apenas ha cruzado la primera calle de la córte cuando se encuentra ya con el mas conocido de sus paisanos, Domingo; pero este Domingo no es el hombre de la córte, el rico, el feliz propietario que él se habia figurado en los delirios de su imaginacion; es siempre el gallego Domingo, el hijo de Pravia, el antiguo vecino del jóven rapaz, traje, costumbres, idioma, todo lo mismo. Asombrado el *galleguito* no pudo menos de manifestar la sorpresa que le causaba el ver en aquel estado al que consideraba ya un gran señor, un rico caballero, porque asi se lo habia hecho creer la circunstancia de mandar continúamente dinerillos al pais; pero el buen Domingo le contestó con igual naturalidad: "aquí como en todas partes se necesita trabajar para comer." La buena economía aconseja acomodar los gastos al producto para que cubiertas las primeras y mas principales atenciones de la vida, pueda quedar algun resíduo: este se conserva para la vejez en lugar de gastarlo inútilmente; y de este modo se trabaja para vivir en el dia, para comer con

descanso mañana. Con que asi ya sabes que debes principiar por ganar tu subsistencia, porque mientras no traigas dinero, ni comerás en el rancho, ni dormirás en el cuarto.

Sobre manera afligido dejó al pobre chiquillo aquel especie de sermon de honras, que acababa de echarle su reflexivo paisano; pero como todos le aconsejasen despues de una misma manera, vióse precisado desde el principio á tomar una resolucion decisiva acerca del género de vida que tanto debia influir en su futura suerte.

Abandonado á sí mismo en un pais que le era desconocido absolutamente, y sin medios de proporcionarse la subsistencia, y entregado á sus meditaciones, fue nuestro *galleguito* maquinalmente á parar á los portales de la plaza mayor, donde hizo alto y tomó asiento en las piedras de la acera. El cansancio y el calor, le obligaron poco despues á tenderse á la larga sobre el empedrado, y antes de un cuarto de hora estaba dormido como un Liron. El fresquecillo de la noche y la necesidad del estómago, obligaron á dispertar al infeliz, cuatro horas despues, para hacerle sentir todo el rigor de su desgracia. El pobre muchacho tenia hambre, y no contaba en sus bolsillos ni un solo maravedí. ¡Qué remedio! no quedaba otro que el de acudir á la generosidad de las buenas almas que por allí pasasen, pidiendo con humildad y constancia dos cuartos para un panecillo: ¿quién de vosotros se negaria á tan interesante demanda? Pensad en que este ser desgraciado es tambien un niño que se halla ausente de su madre, que no tiene otro amparo que la caridad de sus semejantes, y que sin un rasgo de la vuestra, perece de necesidad irremisiblemente. Asi como otros le socorrieron, vosotros le socorrereis entregándole vuestros cuartos destinados á comprar aleluyas ó golosinas, y Dios bendecirá esta accion y co-

mo este placer no se gasta, el gozo interior que produce os acompañará á todas partes, ¡es tan dulce el hacer bien!

No fue grande la cantidad que recogió por aquella noche el infeliz rapazuelo, pero bastó para satisfacer de una manera muy frugal la necesidad que le aquejaba, y para comprar al dia siguiente una cantarilla un vaso y una cesta. Desde aquel momento la voz sonora del *galleguito* dejábase oir por las calles de la corte, y muchos cuando escuchaban la cantinela *de agua fria quién bebe que la traigo fresquita como la nieve*, pedian un vaso, depositando acto contínuo en la cesta su ochavo correspondiente.

Aun que poco lucrativa esta industria, facilitaba cada dia mas al jóven los recursos mas indispensables para atender á las necesidades de la vida, entrando en el rancho y en el cuarto de sus compatricios.

Pero al verano sucedió como era natural el helado invierno y, el comercio de agua fresca, llegó á ser completamente improductivo, y vean VV. aquí al desgraciado niño mas pobre que nunca abandonado de nuevo á la suerte. Trató de buscar casa en que servir, porque habia aprendido que el hombre cuando puede trabajar no debe pedir limosna; pero tarea inútil, sin relaciones ni persona que de su probidad saliese responsable, era imposible hallar colocacion, y así es que se vió precisado algunas noches á hacer lo mismo que ejecutó la primera.

Una de aquellas mas crueles de frio, que en el mes de diciembre son tan frecuentes en Madrid, tenia á nuestro pobre muchacho acurrucado, tiritando y desfallecido de debilidad á la puerta de un café. La misma causa hacia que los que pasaban por la calle embozados en sus capas no reparasen en el infeliz chicuelo, ni escuchasen sus lamentos y deprecaciones. De suerte que apenas le quedaba esperanza

alguna, y su imaginacion debilitada le presentaba vivamente la idea de una noche horrorosa, noche de hambre, de frio y desnudez. A las humildes insinuaciones, seguian los sollozos, á los sollozos los lamentos y nada, todo inútil, hasta que un caballero acostumbrado á padecer sin duda, se manifestó condolido del muchacho, y al tiempo de sacar del bolsillo una moneda, se acercó al infeliz preguntándole cual era el pais donde habia nacido, si tenia padres, y últimamente su nombre: al oirlo el caballero dió muestras de alegría y sorpresa, se lo hizo repetir otra vez, y haciéndole otras preguntas relativas á su viage, crecia con ellas el interés. Por último, exclamó algo conmovido: niño virtuoso, digno eres de mejor suerte, pero ya que la Divina Providencia me ha deparado la de encontrarte, yo me encargo de que no vuelvas á pedir limosna. ¡Oh! soy feliz: sígueme, nada temas, ven conmigo que es Dios sin duda quien ha dispuesto este encuentro.

El *galleguito* atónito y confuso echó á andar detras de aquel buen caballero cuyas exclamaciones no comprendia; pero la expresion y el acento que les daba, le inspiraban confianza, sin dejar lugar á dudas ni recelos. Atravesaron algunas calles principales de la córte y llegaron por último á una casa magnífica donde luego que el dueño habló al oido con la familia, fue el jóven pordiosero recibido con cierto agasajo. El galleguito desde aquel instante no era ya el miserable muchacho desamparado de todo el mundo, víctima del hambre y la desnudez; él era feliz, y lo ignoraba sin embargo.

Supongo que estais deseando saber ya quien es este caballero que con tanta decision se declára protecto del infeliz *galleguito*. Recordad el hallazgo en el bosque, la religiosidad y buena fé con que él hizo entrega de todos los efectos, y hallareis que esta accion virtuosa no podia quedar sin recompensa. Pues bien, el

mismo dia que el *galleguito* pasaba por el referido bosque, su actual protector, acompañado de un solo criado, pasaba por el propio sitio: saliéronle unos facinerosos al encuentro, desvalijaron su equipage, tomaron las alhajas principales, y la noticia de que venia sobre ellos una partida de soldados les hizo huir precipitadamente al interior de la montaña, llevándose á los pobres paisanos, y dejándose en medio de la confusion los efectos consabidos. Cuando el indicado caballero pudo sustraerse á la vigilancia de los bandidos y regresar á su casa, afligido sin embargo con la idea de haber perdido su fortuna, se encuentra gratamente sorprendido con la noticia de que se conservaba en el juzgado todo lo principal de su riqueza. Ya no extrañareis el interés que se toma por su pequeño bienhechor, el cual no tardó mucho en hacer su patrimonio, proporcionando tambien á sus padres algunos recursos. Al cabo de algun tiempo el galleguito, mediante la generosidad del caballero, era dueño de un capital regular, y obtuvo el permiso de volver á Pravia donde fue recibido en brazos de sus padres, aumentó sus ganados, mejoró el cultivo de sus tierras, y por último, despues de proporcionar una vejez cómoda y descansada á los que le dieron el ser, disfrutó el consuelo de cerrar sus párpados á la hora de la muerte, recibir su bendicion, y ser luego tan feliz como merece el niño virtuoso que se distingue por sus buenas acciones.

J. Arrial lit. Lit. de J. Arnoux

EL SALT'IMBANQUI.

EL SALTIN-BANQUI.

He aqui un ser verdaderamente indefinible: la existencia del *saltin-banqui* ofrece á la vista del filósofo tanta variedad, tanta irregularidad y tanta anomalía, que casi toca en lo imposible hacer su verdadero retrato, sin dejar escapar alguno de los accidentes notables de su vida. ¿Cómo se ha de reprensentar con verdad la no interrumpida série de contratiempos y reveses que acompañan á aquel ser desgraciado y féliz aun mismo tiempo, para el cual son familiares la miseria y la abundancia, la alegría y el dolor, el reposo y la fatiga? Para sobrellevar tanta agitacion y el singular influjo de tan contrarios efectos, es preciso haber recibido de la naturaleza un temperamento particular, y un carácter de aquellos privilegiados que resisten la desgracia con resignacion y sin abatimiento, que se entregan con facilidad al placer cuando la oca-

sion se presenta, y que sacando partido de todo procuran que se presente á cada paso. ¡Desgraciado el que sin una vocacion formal, y sin los requisitos indicados se ingiere como por acaso en esta carrera de tan difícil camino, y tan lejano y difícil término. Como carezca de la facultad de amoldar sus deseos á las circunstancias, y de aquella flexibilidad moral que tan indispensable es para el caso, los dias de su vida estarán sembrados de disgustos, sin ningun género de recompensa; porque indudablemente, todo cuanto contribuya á satisfácer los caprichos de su principal ó de sus camaradas, todo redundará en perjuicio suyo. Voy á referiros los mas singulares contratiempos de su educacion especial, porque conviene que sepais cuanto ha de trabajar en el aprendizage de *saltin-banqui*, educacion que le cuesta mas lamentos y mas lágrimas que los rudimentos de latin producen á un mal estudiante cuando dá con un severo preceptor. Es verdad que aqui no hay disciplinas ni palmetas; pero en cambio el baston del director se hace pedazos en su espalda, ó la punta de la bota le hiere mas abajo. Los maestros de esta clase de enseñanza no reparan en pelillos, á la primera falta, al primer desliz regalan al pobre muchacho un sinnúmero de puntapies.—Veamos, la cabeza en el suelo y los pies en el aire..... mas derecho..... bien, á ver como andas con las manos sin variar de posicion..... holgazan, el salto mortal..... el salto de la trucha..... ahora de pie derecho..... á ver como nos encorvamos hácia tras hasta tocar con la cabeza en tierra—garbo y limpieza requiere esta posicion—bravo. Veamos ahora el equilibrio del candelero.—Ahora el equilibrio sobre una mano... Considerad que el pequeño *saltin-banqui* no queda instruido en estos pequeños ejercicios, sin haber dado antes mil porrazos, sin haberse estropeado las manos, magullándose los miembros, y rótose alguna vez la cabeza.

Pasada toda una tarde en tan penosos ejercicios, el *saltin-banqui novel* estropeado, encorvado y desfallecido, obtiene por recompensa un pedazo de pan seco si lo hay, y la facultad de acostarse sobre una mala pelleja para descansar de las fatigas del dia y prepararse á dar principio á las del siguiente. Sin embargo, el director todavía se le acerca y en forma de plegaria le dirige un pequeño discurso: —oye, holgazan, acostumbrándose al trabajo y á las privaciones, es como se consigue un dia dominarlas sin violencia. Asi es como yo principié mi carrera, y me encuentro perfectamente.

Y es la verdad; imposible parece que á no haber sido un hombre contrariado desde su infancia, pueda soportar con resignacion, y sin menoscabo de salud, el género de vida que observan estas gentes. Creo inútil describir minuciosamente los detalles de la historia de la educacion del pequeño *saltin-banqui*. Casi siempre depende de la inclinacion natural que le pone en el caso de elegir uno de los muchos ramos en que se divide el principal de esta industria. Podrá muy bien escoger la facultad de jugador de manos, la de volantin, la de director de un tutili-mundi, y podrá tambien si sus facultades físicas lo permiten, ser un Hércules, ó un Alcides, ó un domador de fieras, y aun si su ambicion lo lleva mas allá hacer un papel brillante entre la compañía de equitacion del Circo Olímpico; mas si nada de esto sucede, si la desgracia le condena á ser un pobre charlatan, un miserable fullero, entonces se verá precisado á ir de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, para mantener su infeliz existencia á costa de la ignorancia y la sencillez de los hombres del pueblo. Entonces le vereis en medio de las plazas públicas con la cara tiznada de varios colores y adornada de largo bigote con su sombrero de tres picos, con su vestido encarnado, lleno de galones y lantejuelas, y con

sus botas de campana: ya oireis su voz penetrante cuando anuncia al público que acaba de llegar de Prusia, de Turquía ó de la China. Allí es donde ha adquirido el bálsamo maravilloso, el elixir de la vida con el que se curan todos los males, todos los dolores y hasta el esplin..... *señores*, *la receta contra la muerte por dos cuartos*: *el que la compre no se morirá en toda su vida... á dos cuartos, á dos... solo se trata del bien de la humanidad*: el gran filósofo, el genio bienhechor por dos cuartos va á hacer vuestra fortuna. Venid á haceros inmortales. Asi es como el picaruelo con su varita de virtudes y sus polvos de la madre Celestina, obtiene algunos maravedises y va ganándose la vida; pero ya ha llegado al término de su carrera, y esta ofrece bien pequeñas ventajas. Ocho ó diez cuartos al dia son premio muy escaso á su grande habilidad para inventar patrañas y crear embustes. Tambien repugna á nuestro héroe este género de vida, porque fullero y todo tiene sus migajas de conciencia, y dotado de gran penetracion, se deja llevar de la inclinacion que le conduce á otra carrera un poco mas elevada. En efecto, el señor Micou, director de una compañía de *saltin-banqui*, admite en el seno de ella á nuestro jóven fullero, y desde aquel momento su situacion y sus costumbres varían de todo punto. Aqui ya no es él solo el director, el autor, el protagonista de la farsa: hay otros que ejercen cada cual sus funciones respectivas; uno que baila sobre la cuerda floja y hace toda clase de equilibrios; otro que desempeña las aptitudes de fuerza, llevando una pieza de cañon sobre el brazo extendido, otro en fin, presenta al público el prodigioso expectáculo de la desarticulacion. Al pequeño *saltin-banqui* le fueron cometidas las funciones de payaso.

Grandes progresos hizo en poco tiempo este jóven caricato en el arte de hacer reir á los expectadores; y aun cuando Micou conocia bien el valor de este mu-

chacho, sin embargo, llevado alguna vez de su imprudente cólera, lo maltrataba seriamente. Cierto dia despues de haber salido del teatro, hallábanse en la posada donde habian fijado su residencia el director Micou y el pequeño *saltin-banqui*. Un diálogo sencillo en su orígen vino á hacerse bien pronto desagradable disputa. Queria Micou que el pobre muchacho, ademas de las funciones de payaso, desempeñase las de otros cargos del todo diferentes, pero sin que por esto aumentase un maravedí de su salario. El chicuelo negábase abiertamente, y Micou al verse contrariado, principió á llenar de injurias y de insultos á su jóven dependiente; mas este tuvo valor para decirle con dignidad y entereza, que allí no estaban en la escena, que ningun derecho tenia á tratarle de tal modo, y por fin, que no queria sufrir los denuestos y las injurias que injustamente le prodigaba, á cuyo fin estaba resuelto á dejarle y á abandonar su compañía.—Micou enfurecido, exclama lleno de coraje:—cómo se entiende, bribon, dices que te irás, que dejarás mi compañía, ahora lo veremos, pan! pif! paf!.... Toma, pícaro gana-pan.—Y el muchacho gritaba socorro, socorro.—Varias voces se oyen en el interior de la posada que manifiestan haber en ella personas que se duelen del triste padecer del infeliz muchacho.

Una voz fuerte y nutrida. Maese Micou, ¿por qué maltratais á ese niño?

Micou. ¿Por que? quien quiera que seais, eso nada os importa, dejad que me ocupe yo de mis negocios, y pensad vos solamente en los vuestros.

La misma voz. ¿Cómo que nada me importa? al hombre de bien importa siempre protejer la debilidad contra la fuerza opresora; y desde este instante me declaro protector de ese niño, me encargaré de él, y daré cuenta si es necesario á la policía y á su padre.

Micou. Repito que nada teneis que ver con él.

UNA VOZ QUE PARECE OIRSE EN LA CALLE. Ya están aqui los salvaguardias. Esta compañia de *saltin-banquis* está acusada de haber robado en el pais, (¡maldicion! al oir esta palabra cada uno huye en direcciones diversas, y hasta el mismo Micou echa á correr precipitadamente.)

Un hombre grave y formal en la apariencia, penetra en la habitacion donde solo y afligido habia quedado nuestro pobre *saltin-banqui*.

SALTIN-BANQUI (*al verlo*). Señor, yo no sé si he hecho bien en quedarme. Acaso aunque inocente podreis tenerme algunos dias en la cárcel; ¡ah! perdonadme, jamas he estado preso.... os repito que soy inocente.

DESCONOCIDO. Tranquilizaos, amiguito, nada hay de policía ni de latrocinios; he tenido la humorada de dar los gritos que habeis oido, para alarmar y poner en fuga á Micou y su comparsa.

SALTIN-BANQUI. Verdad será, señor, pero lo cierto es que las voces se oian en la calle.

DESCONOCIDO. Si, hijo mio, ese efecto prodigioso se consigue hablando de cierta manera, con cierto arte que se llama *ventrilocuo*.

SALTIN-BANQUI. ¡Ah señor! cierto que es una maravilla ¿quereis enseñarme á hablar de ese modo?

DESCONOCIDO. Ya veremos, entre tanto si quieres venirte conmigo pasemos al cuarto inmediato que es el que yo habito, y tendré mucho gusto en que me cuentes tu historia.

SALTIN-BANQUI. Con mil amores, señor, ya estoy á vuestras órdenes.—Y pasaron á la habitacion del *ventrilocuo* en donde el *saltin-banqui* dijo de esta manera: "Yo señor me llamo Bautista Calonge, nací en » el pueblo de Alverique, á pocas leguas de la famosa » ciudad de Valencia. Mi padre es un pobre pica-pedre- » ro, y aunque miserable, trató á su tiempo de obligar-

» me á ir á la escuela; mas era yo tan enredador y des-
» aplicado, que solamente aprendí á leer y escribir me-
» dianamente. Tenia solo diez años cuando me sentia
» mas inclinado á esto de echar comedias y represen-
» tar farsas y sainetes con otros condiscípulos, que á es-
» tudiar la leccion y ayudar á mi padre en su penoso
» ejercicio. Esta inclinacion fue creciendo por instan-
» tes hasta llegar á hacer en mi alma el efecto de una
» pasion vehementísima. Yo leía con afan toda clase de
» comedias que venía á mis manos, recitaba con entu-
» siasmo los trozos mas principales, y aun á las veces
» me hacía compositor. ¡Qué comedias, Dios mio! tales
» eran mis ocupaciones, y tal fue siempre mi idea fija.
» A la sazon pasó por mi pueblo un hombre ya ancia-
» no que llamaba la atencion del público con sus pol-
» vos celestinos, su varita de virtudes, y un pequeño
» talisman. ¡Talisman! ¡cuán encantador, cuán deli-
» cioso y cuán seductor era para mi este misterioso
» nombre. Al momento entablé relaciones con el viejo
» charlatan, y él que notó mi disposicion, no se descui-
» dó en hacerme la pintura mas bella de aquella vida
» holgachona, presentándome todas sus ventajas, y ca-
» llando con estudio sus multiplicados percances. Se-
» gun él la historia del *fullero* era el bello ideal de la
» ciencia cómica. Arrebatado yo por la fuerza del ins-
» tinto cuidé muy poco de hacer comparaciones, y sin
» reflexionar que su edad y su fortuna estaban en con-
» tradiccion con sus palabras, las creí de buena fé y me
» propuse seguirle. Mi padre se oponia como era de
» esperar á semejante resolucion, pero fueron tantas y
» tales mis súplicas y mis ruegos, que cedió al fin, aun-
» que yo creo que con la idea de que tocase por mí
» mismo el desengaño. Salimos del pueblo el viejo char-
» latan y yo, despues de formalizado el contrato en que
» él se obligaba de buena voluntad á enseñarme los se-
» cretos de su ciencia. En los primeros dias y mien-

» tras que mi nuevo director recelaba todavía que pu-
» diera abandonarle, me trataba con mucha afabilidad
» y con notable cariño. Los incidentes propios de un
» viaje, los diversos pueblos que recorríamos, los aplau-
» sos de la ignorante multitud, todo era para mi mo-
» tivos de satisfaccion y de alegría, porque cada vez
» creía mas hallarme en el primer término de una car-
» rera brillante. Pero mis ilusiones duraron bien poco.
» Al afecto aparente y á la franqueza mas amable, su-
» cedieron los malos tratamientos, la opresion, la ham-
» bre y la tiranía. Resuelto á abandonar aquel géne-
» nero de vida tan penoso, hubiera desertado sin duda
» del lado del viejo *fullero*, si una enfermedad violenta
» no le hubiera separado á él de este mundo, y hécho-
» me dueño de su equipage, de sus secretos y sus
» enseres. Entonces fue cuando conocí la verdadera
» mentira de esta profesion en la apariencia, mucho
» mas cuando llegué á tocar por mí mismo los esca-
» sos productos que dejaba. Y aburrido de tanta infe-
» licidad traté de agregarme á una compañía bien or-
» ganizada de lujosos *saltin-banquis*. Maese Micou era
» el director, bajo cuyos auspicios, y mediante un con-
» trato formal, entré á ejercer de nuevo mi antigua
» profesion, aunque en escala mas lucida. Micou, sacó
» todo el partido posible de mis disposiciones natura-
» les, y su trato en los principios era semejante al que
» durante algun tiempo habia recibido con placer de
» mi difunto maestro de fullerías; pero despues siguien-
» do un parecido sistema, vinieron los insultos y las
» injurias, y luego las amenazas, y tras estas los por-
» razos. Mas cruel Micou todavía, ni aun me dejaba la
» libertad de escribir á mi padre, y si alguna vez le
» dirigia una carta, habia él de dictarla, haciéndome
» firmar lo contrario de lo que sentia. Con semejante
» conducta habia perdido la esperanza de libertarme de
» este tirano. No quiero molestaros con la narracion de

«las tribulaciones y las penas que por diversos concep-
» tos han acibarado mi existencia, mientras he perma-
» necido al lado de ese Neron, porque ya los podeis
» imaginar despues de haber oido la reyerta que Micou
» ha provocado, y la conversacion en que nos habeis
» sorprendido." Permitidme ahora que os pregunte, ¿qué es lo que puedo esperar de vuestra bondadosa intercesion? no os ofendais por eso, decidme, ¿qué quereis hacer de mi?

DESCONOCIDO. Pienso dedicaros á la escena, quiero que seais cómico.

SALTIN-BANQUI. Sin embargo, me parece que soy demasiado jóven.

DESCONOCIDO. Te equivocas, tu saldrás á las tablas en un hermoso teatro, ante un público circunspecto y en medio de los armoniosos ecos de una brillante orquesta.

SALTIN-BANQUI. ¡Será posible!

DESCONOCIDO. Sí, muy posible, tendrás un maestro de música, un profesor de declamacion, y llegarás á ser un excelente artista.

SALTIN-BANQUI. ¡Ah! ¡qué dicha! ¡Dios mio! estoy loco de contento, ¿podré saber quién es mi bienhechor? ¿á quién debo tanta fortuna?

DESCONOCIDO. Por ahora basta que sepas que el que trata de hacer tu felicidad, posee los medios de proporcionártela.

El desconocido baja de su cuarto llevando de la mano al jóven Bautista: ambos suben en un hermoso carruage que los conducirá sin duda al sitio en que el pequeño *saltin-banqui* dejará su traje ridículo para vestir el de alumno de un colegio de declamacion.

EL APRENDIZ.

Si hay bienes en este mundo, bienes que se tocan, que son realidades, es uno el disfrutar de la compañía de un hermano!.... ¡dichoso el que puede decir tengo un hermano!.... Un hermano, el amigo á quien se está asociado desde los primeros años, con el que se han balbuciado las primeras palabras, los dulces nombres de la familia.... los nombres de padre y madre.... Este confidente íntimo y partícipe de las primeras impresiones, de los primeros conceptos; que luego de haber principiado á discurrir y aun antes lloraba cuando os veía llorar, reía cuando os veía reir, y compartía con vosotros las caricias, los besos de una madre, vuestros juegos inocentes y hasta vuestros pequeños disgustos: aquel hermano que de buena voluntad tomaba sobre sí alguna vez la responsabilidad de una travesura por evitaros el castigo, y os regalaba ademas para mitigar la afliccion la mitad de su almuerzo, y con voz dulce y penetrante, y una sonrisa que revelaba el interés cordial puro y candoroso que solo es capaz de inspirar el fraternal afecto, os decía: "Toma, Henrique toma, que yo tengo bastante:" ¡deliciosa oferta, poderoso resorte puesto en

J. Arrad lit *Lit de Bachelier*

APRENDEZ.

accion para obligaros á aceptar tan costoso sacrificio!.. Un hermano es el espejo fiel donde podeis considerar á cada instante los efectos de vuestras multiplicadas vicisitudes. Claro y limpio como la agua de un arroyo cristalino, ó bien turbio é inquieto como las ondas de un torrente despeñado segun que vuestras miradas y vuestras acciones manifiesten la alegría ó la tristeza. ¡Oh, con qué pasion amaria yo á un hermano si me fuese dada la posibilidad de tenerlo! puedo decir, no obstante, que conozco uno, pero es un hermano de leche á quien amo tambien, aunque no con la decision que amaria á un hermano carnal.... El hermano de leche es, respecto del hermano carnal, lo que es un tutor respecto de un padre; es, valiéndome de una comparacion mas sensible, lo que la luz que se desprende del gas inflamado respecto á la luz del sol... Una y otra alumbran, pero la del sol se extiende por toda la tierra y la fecundiza.... Un hermano de leche es pues algo mas que un amigo, algo menos que un hermano.

Francisca, la buena Francisca, la madre de Luis es quien ha hecho para conmigo los oficios de una madre, ha cuidado de mi lactancia, y desde los primeros dias de mi existencia ella se encargó de conservarla y de robustecerla con el delicioso nectar de su pecho: las caricias que solo correspondian á su hijo, las compartia gustosa conmigo, y á veces era para esta buena muger un ente privilegiado, jamas estaba contenta sino cuando yo lo estaba tambien, ¡qué mucho que me muestre reconocido alguna vez al cariño maternal de mi nodriza, y que por un impulso de afinidad y de gratitud dé pruebas de amor fraternal al hijo de sus entrañas!

Pasaron los primeros años, y sin embargo hasta cuando yo concurria en clase de externo á un colegio, las horas que me permitia el estudio, todas estaban consagradas á la amistad de mi hermano de leche... jugába-

mos, comíamos y dormíamos juntos todavía... pero llegó un tiempo en que ya fue preciso separarnos. El padre de Luis le anunció decididamente que era llegado el caso de escoger oficio, y mi padre me previno que habia resuelto dejarme de colegial interno en la casa de pension á que concurria, para que de este modo entrase formalmente en el curso de la carrera literaria á que pensaba dedicarme. ¡Fatal insinuacion! ya se deja conocer que para nosotros sería un verdadero conflicto.... así es que hicimos cuanto estaba de nuestra parte para dilatar lo posible el momento de nuestra separacion... convinimos en aplazarlo para dentro de un mes, suplicamos, rogamos á nuestros padres, y estos accedieron por fin. El de Luis dejó á este en libertad de escoger oficio, circunstancia que nos dió bastante en que entender por el pronto. ¿Qué arte será el en que el aprendizage ofrezca menos trabajo y mas dictracciones? ¿cómo adquirir tan importante noticia sobre la cual debe fundarse una resolucion decisiva y de inmensas consecuencias? Una idea feliz me ocurrió por el pronto. Muchos jóvenes de nuestra edad, compañeros de nuestros juegos y peleas, se hallaban á la sazon de aprendices de varios oficios.... consultar su opinion era ya indispensable y aun el mejor recurso para proceder con acierto. En efecto, Luis tomó este partido.... uno por uno fue interrogando á los aprendices, y cada cual pintó su oficio como el mas lucrativo, el mas excelente y el menos fatigante.... Estos informes aumentaron la dificultad de la eleccion, y confusos é indecisos no sabíamos qué hacer..... Cuando el padre de Luis preguntaba á este que oficio habia escogido, y le decia vamos: ¿qué quieres ser mejor, sastre ó carpintero? Luis respondia, *yo quiero mejor ser sastre y carpintero.* Ni mas ni menos que si le hubiera preguntado que escogería entre una manzana y una pera, Luis hubiera contestado tambien *yo quiero mejor la pera y la manzana.*

Mas en el presente caso la dificultad era insuperable, porque un niño puede comerse una manzana y una pera, mas no puede ser aprendiz á un tiempo de carpintero y de sastre.

El padre de Luis se empeñaba cada vez mas en hacerle conocer la necesidad de decidirse prontamente. Luis no tenia demasiada prisa: pero llegaba ya el término de plazo prefijado, y no habia remedio.

En el corazon del hombre y en el corazon de los niños hay siempre un *no sé qué* (tampoco vosotros acertareis á adivinarlo) que marca la inclinacion á este ú al otro género de ocupaciones.... este impulso, este movimiento secreto que nace del corazon debe siempre seguirse.... el padre de Luis solo deseaba descubrirlo, y asi es que por último con ánimo resuelto dijo una tarde á su hijo, cansado ya de ver que el tiempo habia transcurrido en vano... quiero aun dejarte en libertad de escoger el arte á que debes dedicarte.... toma tu blusa, coge un pedazo de pan, compra en la calle una manzana, (y al efecto le daba dos cuartos) y mientras meriendas en vez de jugar al toro, á la pelota ó al peon recorre los talleres y acaba de decidirte, porque esta noche ha de quedar resuelto por ti mismo el problema de tu aprendizage.

Luis obedeció..... comprendió bien el carácter de su padre, no quiso abusar de su condescendencia, y despues de haber estado en casa de un pintor, de un carpintero, de un impresor y de un sastre, se decidió por el último y participó á su buen padre la eleccion que habia hecho.

El padre de Luis quedó muy complacido, le esplicó á su hijo las ventajas que podia sacar de este arte si se aplicaba con esmero, y pasando en seguida á hablar y tratar de ajuste con el maestro de mas nota de la corte. Luis principió el siguiente dia á ejercer las funciones de su nuevo estado.

EL APRENDIZ DE SASTRE.

Ya tenemos al pobre Luis colocado sobre una gran tarima con las piernas cruzadas, ensayándose con afan en el manejo de la aguja. Costosa es para él esta posicion violenta, pero ya se acostumbrará hasta el punto de sentirse incomodado cuando haya de sentarse en una silla regular como los demas hombres. El aprendiz de sastre por el pronto encuentra obstáculos que vencer en los rudimentos de este oficio enojoso, como todos; sin embargo, si le preguntais que le parece de su nuevo destino, dirá que es bien agradable, y que solo tiene el contratiempo de algun pinchazo de aguja. Ahora solo se trata de desbaratar costuras y aprender la posicion y los jiros de la aguja. Ni el cuerpo ni la imaginacion se fatigan, no obstante, que el arte en que está iniciado es de los mas productivos é indispensables. Ademas, los oficiales que le rodean, hacen la pintura mas bella del porvenir de aquel oficio. Despues

J. Avrial lit. — Lit. de Bachelier

APRENDIZ DE SASTRE.

de esta operacion de que te ocupas, le dicen, habrás de emplearte en hacer botones de tela, en unir y planchar las costuras. Luego pasado algun tiempo, se confiará á tu aguja la cintura de un pantalon y las costuras de las mangas. Si durante la primer semana te portas bien, el maestro te entregará el sábado una pesetilla para que el domingo puedas gastarla en obsequio de los dependientes del taller. Aqui todos hacemos fortuna; y si no, repara como los sastres principales de Madrid han hecho su caudal, han edificado sus casas, y con el producto de la aguja se han colocado al nivel de los hombres mas opulentos. Luis oia y callaba forjándose allá en su imaginacion los planes mas ventajosos; los primeros dias de aprendizage no hubiera él cambiado su situacion por la del muchacho mas feliz del mundo; pero luego que fué entrando de lleno en el cumplimiento de los deberes de un verdadero aprendiz de sastre, conoció que este oficio tiene como todos su trocito de mal camino. En efecto, aquello de levantarse el primero y acostarse siempre el último, era insoportable para un muchacho naturalmente dormilon. El haber de hacer todas las mañanas la limpieza del taller, ir á la compra, encender los hornillos para las planchas, limpiar las vidrieras y el mostrador, y poner cada cosa en su lugar antes de la hora en que debia principiar el trabajo de los oficiales, era demasiado penoso para un chiculo apenas iniciado en el manejo de la aguja, y luego ser por precision el perpétuo *corre ve y dile* de estos, del maestro, y aun de los parroquianos, aumentaba hasta el infinito la enojosa condicion del estado de aprendiz. Y el violento compromiso de renunciar el nombre que recibió en la pila para admitir el mote ridículo con que fué designado por los dependientes del taller. ¡Oh! esta abnegacion exigía demasiado desprendimiento, demasiada resignacion por parte de nuestro aprendiz de sastre, *Pincha*

uvas. Cada vez que en el dia pronunciaba este pseudónomino, se desesperaba y se enfurecía; pero sin otro resultado que el de conseguir que se lo repitieran mil veces. Por último, resolvió no responder cuando por éste nombre fuese llamado; pero si tal acontecía estando en el interior de la casa, bien pronto se destacaban uno ó dos oficiales y le llevan de la oreja repitiendo sin cesar, ya está aqui el picaruelo *Pincha-uvas*. No hay remedio, es preciso seguir la broma y no darse por sentido de semejantes indirectas. Así raciocinaba el aprendiz al poco tiempo de experiencia; y mostrándose jovial en vez de severo y disgustado, consiguió que cesáran de martirizarle, y con una regular aplicacion y la fidelidad mas austéra logró tambien captarse la benevolencia y el cariño del maestro.

Luis hacía progresos en el arte, y sus padres estaban muy contentos de su proceder, prometiéndose que él sería algun dia el apoyo de su vejez, y el amparo de dos hermanitas de menor edad que nuestro aprendiz tenia. Con efecto, pasados algunos años, Luis mereció la mas completa confianza de su maestro. Este le encargaba siempre de llevar la obra á casa de los parroquianos, ocupacion que sobre valerle la utilidad de algunas propinas, le proporcionaba relaciones que mas adelante podrían serle ventajosas. Luis era ya un muchacho afable, cortés y nada entremetido, no gustaba de juegos ni embriagueces, y procuraba dar las muestras mas positivas de su aplicacion, de su apego al trabajo, y de ser un buen hijo y un buen cristiano.

Una enfermedad que poco á poco fué adquiriendo el carácter de crónica é incorregible, vino por último á postrar en cama á su buen padre, en cuyo caso Luis socorría con todo su jornal á su miserable familia, y aun facilitaba á aquel las medicinas de que hubiera carecido de otro modo... Luis era un buen hijo... Cuando cogía entre manos para trabajar cualquier prenda de

vestir, siempre se acordaba del estado de infelicidad de su madre y hermanitas, y de la penosa situacion de su padre desgraciado; de suerte que con el afan de proporcionarse mayor suma de dinero para socorrerlos adelantaba en su obra doble respectivamente que los otros en las suyas... ¡Quién sabe si al tomar en la botica con el producto de este trabajo el medicamento que haya dispuesto el facultativo, habré logrado yo arrancar á mi amado padre de las puertas de la muerte! Que las drogas sean de la mejor calidad, y cuesten lo que quieran... acaso una puntada mas... al dejar concluido este pantalon, sí, esta chaqueta, podrá ser de la mayor influencia en la salud de mi padre, y por consiguiente en la suerte de mi familia... adelante, adelante, y no cesaba de trabajar de dia ni de noche. Pero la enfermedad habia tomado tan gran incremento, que los recursos del arte no bastaron para evitar la catástrofe que Luis temia. Murió su padre despues de haber echado la bendicion á aquel hijo tan digno de ser querido. Y quedó este, á pesar de sus pocos años, encargado por su situacion del cuidado de toda la familia.

La madre de Luis, á quien habia hecho grande impresion la muerte de su esposo, murió poco despues á causa del sentimiento, y nuestro aprendiz de sastre quedó solo con sus dos hermanitas, y al cuidado de su sustento y educacion. Grande responsabilidad era la de su delicado encargo para un jóven de tan pocos años y escasa experiencia; pero Luis lo aceptaba con entusiasmo, y en el fondo de su corazon sentia el vigor necesario para superar los inconvenientes que la edad y otras circunstancias le oponian. Luis llegó á ser oficial, y con este carácter salió de hecho de la esfera miserable de aprendiz. No transcurrió mucho tiempo sin que él manifestase á su maestro el proyecto que habia concebido... Suplicó á éste que no le retirase su proteccion porque nada podia hacer sin ella; pero que

deseaba establecer un taller en su propio cuarto donde al lado de sus hermanitas pudiera trabajar diariamente ayudándose de ellas al efecto para aumentar con mas facilidad los productos de su industria. El maestro que era tan inteligente en esto de conocer la intencion de sus dependientes, como la calidad de la obra que saliera de sus manos, comprendió bien la sinceridad de los deseos de Luis, y aprobando su resolucion, le ofreció de buena fé protegerle y ampararle en todo cuanto estuviese á su arbitrio.

Luis planteó su taller como habia imaginado: su maestro le proporcionó obra sin cesar, en términos que el nombre de Luis iba siempre asociado al de las prendas mejor construidas, asi como su reputacion artística á la reputacion de su maestro. Su constante laboriosidad, su inteligencia y buenos modales confirmaban mas y mas cada dia la buena opinion que de el sastre Luis habia formado el público.

Luis no era ya aquel miserable aprendiz conocido entre los dependientes del taller con el ridículo mote de Pincha-uvas, sino el maestro Luis, sastre de la moda, buscado y apetecido por todos los elegantes; circunstancias que proporcionaban para sí y sus hermanitas cómoda y decente subsistencia, hasta que habiendo fallecido su maestro, se hizo con todos sus parroquianos y aumentó su caudal de una manera prodigiosa, tanto que llegó á ser rico y feliz en su clase, premio seguro que la fortuna prepara á todo el que con celo, inteligencia y honradez trabaja sin cesar en la perfeccion de cualquier arte ú oficio.

APRENDIZ DE PINTOR.

EL APRENDIZ DE PINTOR.

ENRIQUE LANDRIC, A SU AMIGO LEON DE LA PUENTE.

Sevilla 15 *de Julio de* 1840

Definitivamente, mi querido Leon, he resuelto dedicarme á la pintura bajo la direccion de uno de los mejores artistas de esta capital. Hace ocho dias que he entrado en clase de aprendiz en el taller de M. N. cuya reputacion artística no habrá dejado de llegar á tus oidos. Confieso que he tenido la mejor suerte, pues solo por medio de grandes empeños es posible conseguir, y muy rara vez, la gracia de ser admitido á las secciones de este sábio pintor. Me prometo á su lado los resultados mas ventajosos. Tanto que me considero

feliz. Ya sabes que antes no ofrecía yo las mejores disposiciones para hacer progresos en las ciencias, y que mi familia no dejaba de disgustarse de esta escasez de penetracion; pues desde que me encuentro aqui conozco que mi inteligencia se dilata y perfecciona progresivamente. ¡Qué ha de suceder! si al contemplar las obras maestras de los pintores mas distinguidos el corazon se conmueve y el alma se eleva en busca de un punto mas de perfeccion que solo puede hallar en la divinidad. ¡Oh, si tú vieras con qué afabilidad, con qué cariño, y con qué entusiasmo nos describe M. N. las bellezas de la pintura!

Diez ó doce somos siempre los que trabajamos en el taller: y como yo sea el mas moderno y mas jóven, estoy encargado de los servicios mecánicos del mismo. El director me ha advertido que por estas razones debo siempre manifestarme afable y complaciente con los otros, y respetar en ellos la edad y la inteligencia. Todos son muy buenos muchachos, dignos de la consideracion y el afecto de cualquiera que les trate. No es violenta para mí la obligacion de servirlos. ¿Creerás que mientras dura el trabajo reina el silencio en el taller, y solo se nota la aplicacion? pues mira, te equivocas, porque aquí se canta, se rie y se silba cuando á uno le acomoda, se refieren historias alegres, y se pronuncian palabras picantes; mis compañeros en esta parte como en todo se encuentran mas adelantados que yo, pues algunas veces no me es dado comprenderlos. Cuando llega la ocasion de que revestido de toda mi formalidad les presento alguna idea ó algun objeto que me parece debe excitar la admiracion, ellos callan, se rien, se miran y se vuelven á reir, de lo que yo infiero que deben agradarles mis amistosas excitaciones. Ya te acordarás de aquella hermosa cabeza de Andrómaca que el año pasado me valió el premio de dibujo en el colegio. Pues se la he enseñado creyen-

do que me colmarían de elogios... y nada, para ellos es un pequeño mascaron hecho sin reglas ni método. Excuso decirte que esta declaracion me ha parecido poco caritativa; pero es preciso callar, y asi me he propuesto no contrariarlos en su determinacion, y tomar la de no enseñarles en adelante ninguno de mis antiguos dibujos. Es la vez primera que han dado motivo queja sus buenos modales y fina educacion; porque por lo demas me tratan con tanta confianza y tan buen afecto, que todo lo parten conmigo como buenos hermanos á cuyas insinuaciones he procurado corresponder pagándoles hoy mismo el almuerzo con el auxilio de diez pesetas que me quedaron de mi viaje. De entonces acá nuestros intereses son mas recíprocos y tratamos de ellos con mas franqueza. Varias veces me han dicho que soy un excelente chico, que tengo muy buenas disposiciones y que haré grandes progresos. Yo creo que aciertan en su pronóstico, porque me encuentro capaz de cualquier cosa. La pintura, mi querido Leon, ¡la pintura! Este arte prodigioso mediante el cual se da vida á un lienzo, grabando en él la expresion mas sensible asi de las pasiones fuertes como de los afectos mas dulces. ¡Oh Miguel-Angelo, Ticiano, Velazquez! ¡hombres inmortales, genios sublimes! ¡oh! si un dia pudiera yo conseguir que mi nombre brillase al lado del vuestro::: pero esto está muy distante; sin embargo, sería dichoso Leon, si pudiera partir contigo la felicidad á que aspiro actualmente. Adios, acuérdate de mí y escríbeme.

Tu apasionado

ENRIQUE LANDRIC.

LEON DE LA PUENTE, A ENRIQUE LANDRIC.

Madrid 20 de junio de 1840.

Tu carta, mi querido Enrique, me ha ocasionado gran satisfaccion y contento. Por lo que yo habia oido á varias personas inteligentes, no podia imaginar que los rudimentos del arte que has abrazado fuesen tan sencillos ni tan seductores como dices; pero si esto es cierto, celebro tu buena eleccion, y deseo que hagas grandes progresos en la nueva carrera que has emprendido; sin embargo, permíteme que te pregunte ¿estás bien seguro de tus proposiciones? ¿Has meditado bastante acerca de la exactitud del contenido de tu carta? ¿has estudiado con detencion el carácter y las costumbres de tus nuevos compañeros para poder hablar de uno y otro con tanta seguridad?:::: pues has de saber que te entusiasmas fácilmente, que tu imaginacion viva é inquieta te presentará las cosas no como son, sino como deben ser, y nada tiene de particular que mas de una vez por esta causa incurras en errores harto lamentables. Considero que la pintura es un arte maravilloso; mas por esta misma razon se me figura á mi que su aprendizaje y su estudio deben ser muy difíciles, y tambien se me figura que debias estar soñando cuando te se ocurrió la idea de ver tu nombre mezclado con los nombres gloriosos de los célebres pintores que citas. Acaso la debilidad:::: ¿estabas en ayunas cuando me escribiste?

A propósito, debo decirte que no me es dado comprender exactamente la relacion que me haces de tus primeras ocupaciones. Por lo demas, ya estoy al alcance de tu carácter generoso, y no extraño el medio

que has empleado para adquirirte entre tus camaradas el título de buen muchacho. Tambien se me figura difícil aquello de trabajar cantando y riendo. Yo habia creido hasta ahora que á una regular aplicacion asi para la pintura como para cualquier otro arte ú oficio, debe acompañar indispensablemente el recogimiento y el silencio; me habré equivocado sin duda ó será que tú establezcas una excepcion de la regla general. Yo al menos no tengo tanta fortuna, mis matemáticas exigen un trabajo contínuo, y á pesar de todo solo he conseguido esta semana ser el tercero en el premio de la clase. Estoy decidido por tanto á redoblar mis esfuerzos, y no cesaré de trabajar noche y dia hasta conseguir la primer censura entre los niños aplicados. Te hablo con esta franqueza porque sé que me aprecias y que te tomas interés en todo lo que tiene relacion conmigo. Algunos de nuestros condiscípulos desean leer tu carta Eduardo, Adolfo y Julio me encargan de decirte que son siempre tus amigos; yo creo que ninguno de ellos podrá considerarse el primero mientras viva tu apasionado

LEON.

ENRIQUE LANDRIC A LEON DE LA PUENTE

Sevilla 28 *de julio de* 1840.

¡Si no debe fiarse en las apariencias ni dar crédito á los delirios de la imaginacion! ¡Cuánto me equivocaba! ¡qué error tan funesto! en medio del dolor y de la tristeza de mi corazon me dirijo á tí, Leon

querido, para desahogar en el seno de la amistad las amarguras de mi pesadumbre. He leido y vuelto á leer repetidas veces tu apreciable carta llena de verdades y dictada por el cariño que conozco me profesas: ¡ah! tú eres sin duda mi mejor amigo y por eso voy á hablarte con el corazon en la mano, para que comprendas bien lo aciago de mi situacion. Atúrdete. Desde el siguiente dia al en que hice el obsequio á mis camaradas de convidarlos á un almuerzo, todos cambiaron con respecto á mí de costumbres y de modales. Dejando á un lado las palabras de buena educacion con que se hace suave y llevadero cualquier servicio penoso, me tratan ya con el desprecio y la inconsideracion de que jamás es digno el mas miserable esclavo. En vez de decir como antes "Enrique quieres hacerme el gusto de aproximar tal ó cual color," ahora solo usan de la imperativa fórmula de "Enrique, trae esto ú lo otro."—Si entablan una conversacion y á mi me ocurre pronunciar una palabra— calle, replican todos al momento, y hable solo cuando le pregunten.—Ademas, no me dejan sosegar un solo instante cada cual y todos á una mandan cosas diferentes.—Enrique, limpia mi paleta.—Enrique, llégate á mi casa y tráeme el almuerzo.—Enrique, lava mis pinceles.—Vé á devolver este modelo.—Este es el cuento de nunca acabar, amigo mio, no me queda tiempo para nada. El otro dia cansado de sufrir, me propuse no responder fingiendo que no entendia á las órdenes impertinentes de uno de ellos.—Calla, ¿no está aqui el *raton*? exclama el uno; el *raton* es sordo respondió el otro; no, que el *raton* estará dormido, añadió el tercero.—Ea despertadlo. ¡Ola! ¡Eh! ¡*Raton, raton*!—Como yo siguiese haciéndome el sordo, un alboroto general se levantó contra mí en el taller, hasta que por fin desesperado y lleno de coraje me presenté ante ellos para decirles que hasta entonces habia estado muy contento, porque no me habian fal-

tado á las consideraciones regulares, y me habian tratado con cierto género de educacion; pero que desde el momento que ellos se habian creido dispensados de deber de ser políticos conmigo, tambien yo me consideraba dispensado de servirles en cosa alguna. Esta contestacion irritó nuevamente el ánimo de mis camaradas hasta el punto de que uno de ellos (el de mas edad), cogiéndome fuertemente de la oreja me puso en medio del círculo que entre todos habian formado, y me dijo: "sin duda que el chicuelo cree que se halla todavía en el colegio donde reina el principio de igualdad; pues te equivocas, amiguito (dándome suaves palmadas sobre el hombro), aqui el último que llega no es tratado como un estudiante, aunque lo sea en realidad, porque solo es considerado como el mas ínfimo aprendiz de nuestro taller. Sin duda has creido que nosotros debíamos tratarte con cumplimiento y con etiqueta; pero este es un error de que debes salir prontamente: tú estas obligado á ejecutar todo cuanto nosotros te ordenemos.—¿Y por qué? ¿Soy yo por ventura algun criado vuestro?—No: eres tan solo nuestro *raton*, el *ratoncillo* del taller.—¡ *Raton* ! ¿Qué quiere decir eso? —Eso quiere decir que podemos ordenarte todo cuanto se nos antoje en cosas que tengan relacion con los asuntos del taller; asi que debes estar sumiso y obediente, limpiar nuestras paletas, lavar nuestros pinceles, preparar los caballetes y los cuadros, arreglar las vasijas de los colores, y en fin poner en órden la parte interior del taller, á cuyo fin es preciso que seas el primero que entre en él y el último que salga.—Me parece demasiado humillante el papel que exigis de mí. —Por ahora nada tiene de extraño; pero tú te habituarás á éste nuevo género de vida por el que todos hemos pasado, y con un poco de resignacion, fidelidad y aplicacion, á fuerza de oir hablar de pintura, de verla ejecutar á los otros, y de estudiar sus producciones,

llegarás á adquirrir conocimientos importantes en este arte prodigioso, y él vendrá á ser tu elemento natural, porque identificado con todo lo que la pertenece por mucho tiempo, te serán familiares el carácter y las costumbres de los que lo profesan. Trabaja, pues, por desterrar ese orgullo imprudente que es quien te tiraniza, sé complaciente y dócil, y entonces verás como la bondad y el trato mas afable suceden á la persecucion de que ahora te lamentas."

Justos y razonables eran sin duda estos consejos; pero mi imaginacion se hallaba tan preocupada, y mi amor propio tan resentido, que lejos de escucharlo con interés, me parecieron una narracion fastidiosa de la parte mas lamentable de mi historia, con el solo objeto de hacer mas grave y mas sensible el estado de mi situacion. Asi es que cada dia iba siendo mas insoportable: mis camaradas continuaban sus burlas y sus pesadas chanzas en las que era yo siempre la víctima. Uno con un recado fingido me manda al opuesto extremo de Madrid, y no contento con darme este chasco, dispone con los otros camaradas que un cubo lleno de agua colocado de cierta manera sobre la puerta derrame sobre mi cabeza todo el líquido al tiempo de entrar en el taller. Los denuestos y las injurias se reproducen en este caso, y de nada sirven mis lamentos y mis quejas. Todo se convierte en broma y alboroto, sin que me quede otro recurso que llorar mi desventura:::::Has de saber, mi querido Leon, que rodeado de pinceles y colores solo puedo disponer del lapiz y el papel que me regaló mi tio! ¡Ah! ¡Porqué habré gastado yo mis diez pesetas! ¡pintura! ¡arte sublime! mucho afecto es necesario profesarte para llegar hasta tí al través de tan crueles ensayos. La vocacion mas decidida, la inteligencia mas perfecta, todo puede estrellarse y aun extinguirse en el continuado choque de tan contrarios elementos. Aquella

decision, aquel entusiasmo conque yo habia abrazado los primeros dias los rudimentos de este arte tan difícil, van desapareciendo poco á poco al impulso de los contratiempos, de las arbitrariedades y de las injusticias que me hacen sufrir mis inconsiderados camaradas. ¡Oh, divino Rafael, sábio Murillo, los rayos luminosos de vuestra resplandeciente gloria no alcanzan á penetrar en la obscuridad en que tiene sumergida mi alma la tristeza y el dolor! ten compasion de mí, querido Leon, porque estoy disgustado de todo cuanto me rodea: no creo ya mas que en una sola cosa: en tu amistad.

ENRIQUE LANDRIC.

LEON DE LA PUENTE A ENRÍQUE LANDRIC.

Madrid 15 *de agosto de* 1840.

¡Cuánta pena nos ha causado tu última carta, querido amigo! ¡Tú padeces sin que me sea posible compartir contigo la afliccion y los pesares como en otro tiempo compartia la alegría y los recreos! ¡Tú sufres, y yo no puedo hacer por tí otra cosa que compadecerte inútilmente! ¡Oh! Comprendo bien las causas de tu pesar y de tus amarguras, y te confieso con franqueza que al leer tus lastimosas quejas hubiera deseado estar ahí para tomar tu defensa contra tus nuevos compañeros, como en otras ocasiones sabes que lo hacia en el colegio. Mas despues, al dia siguiente, leí tu carta otra vez, reflexioné sobre ella, y ya me parecieron menos culpables. Habiendo pasado todos ellos por los mismos trámites que tú, creo que adquirieron el derecho de seguir el ejemplo de sus antecesores, como tú lo harás probablemente con el mísero aprendiz que te reemplace. Podrá ser que ellos hayan abusado, mas sin duda la necesidad de formar tu carácter y de modificar tu génio, les habrá obligado alguna que otra vez á excederse; pero aun esto no me parece del todo reprensible, porque de esta manera adquirirás aquella elasticidad de carácter, y aquella docilidad vigorosa que distante de lo débil y de lo quebradizo, se parece mas bien á la condicion de un muelle templado que se dobla con facilidad para desplegar mayores fuerzas. No falta quien imagina que el interior de un colegio, de una casa de pension es un pequeño simulacro de la

sociedad en general, del resto del mundo; y que viviendo entre nosotros se aprende á vivir entre los hombres: tú sabes que este es un error. En el colegio reina el principio de igualdad. Allí somos lo mismo los unos que los otros, y todos iguales á la vez delante de nuestros maestros. El oficio que tú has emprendido es cosa muy diversa; sembrado de obstáculos y de escollos son muy frecuentes en él los reveses y los disgustos; pero la gloria es el fruto del árbol del dolor. Has de saber que *Shakespeare* dijo: *que la planta de laurel si ha de crecer y robustecerse, es preciso que sea regada con lágrimas.* Con que asi, amigo mio, es necesario que aprenda á sufrir el que aspire á ceñir su frente un dia con las palmas de la gloria.....

Creo que yo no hago los mayores adelantamientos en la carrera de las letras, me ocupo de la retórica, y me encuentro todavía á la mitad de su estudio. Háblame alguna cosa acerca del género de pintura á que piensas dedicarte: yo sé que para hacer grandes progresos en arte tan difícil, es preciso escoger una especialidad. ¿Te dedicarás al paisaje, á los retratos, á las descripciones históricas, ó á la pintura fantástica ó de imaginacion? Tu maestro te habrá dejado ver y aun te instruirá mas adelante de las particularidades de cada uno de estos géneros, escucha con atencion sus consejos y sus advertencias facultativas, aprovéchalas oportunamente, y hazte digno de sus elogios; estos te darán consideracion entre tus camaradas, y acabarán con sus burletas. Hé aquí una venganza bien noble y bien digna de mi amigo Henrique: aventajar en el arte á sus antiguos compañeros. Adios, actividad y constancia, tu invariable amigo

LEON DE LA PUENTE.

P. D. Julio te envia un album: espera que al cabo de un año se lo devolverás enriquecido con las produc-

ciones de tu pincel. Adolfo te remite estampas y colores, dice que tiene en su casa dos sitios de preferencia donde colocar dos bellas pinturas. Eduardo y yo te haremos el regalo de algunos útiles para pintar y algunos lienzos de diversos tamaño. Deseamos que para las vacaciones próximas nos proporciones nuestros retratos, para hacer con ellos un regalo á nuestras madres

ENRIQUE LANDRIC, A SUS COMPAÑEROS DEL COLEGIO.

Sevilla 23 de setiembre de 1840.

He recibido la última carta de Leon y vuestra apreciable postdata. ¡Oh, mis queridos amigos! ¡Cómo habeis sabido inspirar en mi alma los sentimientos generosos que os animan y hecho renacer la esperanza que habia perdido, de llegar á ser útil un dia en el arte que habia abrazado. No me es posible explicaros el placer que me han causado vuestros obsequios. ¡Con qué delicadeza y con qué gracia me los habeis ofrecido!.... ¡Ah! ya comprendo bien vuestras intenciones, habeis querido darme un aviso: deseais que redoble mis esfuerzos, que trabaje sin cesar; pues bien, así lo haré. Desde el dia siguiente al en que recibí vuestra carta cambié enteramente de conducta y los resultados corresponden á vuestros deseos. Mis compañeros ya son mas amables, á proporcion que yo hago progresos en la pintura; ellos me respetan y me tributan consideraciones. El director, tambien se ocupa ya de mis obras y las corrige con interés: yo creo que pronto pasaré á ocuparme de los trabajos al olio. ¡Cuánto deseo el momen-

to de extender sobre mi paleta los colores que me habeis remitido! Tiemblo de placer cuando considero que ese instante está muy cercano. ¡Pero qué dificultades ofrece el arte de la pintura! Tan pronto el color si es un poco subido, exagera los tonos del natural, como si es claro los atenúa infinitamente. ¿Pues y las combinaciones para designar la graduacion de la luz y de la perspectiva, las medias tintas y el claro obscuro? ¡Pero qué placer cuando ha llegado uno á formar sobre el lienzo con algunas pinceladas una imágen exacta! ¡Qué triunfo aquel, cuando una cosa que solo existe en la imaginacion adquiere su forma, su figura, se vá animando poco á poco hasta que parece que ya habla con el mismo pintor que la ejecuta! Ignoro cual sea el género de pintura á que podré dedicarme con especialidad; por ahora solo trato de estudiar; para escoger uno es preciso conocerlos todos. Mis compañeros de taller me ayudan en cuanto pueden. Conozco que habian tratado solo de cambiar mi carácter. Sin duda que han contribuido á conseguirlo; pero vuestra amistad ha sido el talisman que me ha proporcionado la dicha que experimento, el aprecio de mis camaradas, y el cariño de mi maestro. Adios, á todos os abraza afectuosamente vuestro amigo

ENRIQUE LANDRIC.

P. D. Si os resolveis á venir durante las vacaciones próximas, tal vez hallareis alguna cosa en vuestros lienzos, al menos pondré por mi parte los medios, y de todos modos me proporcionareis mucho contento.

Algunos meses despues los cinco amigos acompañados del padre de uno de ellos cumplieron su palabra y fueron á Sevilla con el fin de visitar al aprendiz de pintor; mas por desgracia lo encontrarou sumergido en el mayor dolor y tristeza. El pobre muchacho, huérfano de madre anteriormente, acababa de perder su buen pa-

dre, quedándose solo y sin ningun apoyo en el mundo. La entrevista de los amigos fué por tanto bastante melancólica, y mezclaron sus lágrimas con las de aquel jóven desgraciado. ¿Pero qué podian hacer por él? Buscando en su imaginacion algunos medios de consuelo, acordáronse por último de que Enrique debia tener un tío en Madrid rico y bien relacionado. Con efecto, este tio de Enrique era tambien muy amante de la pintura y aun artista en realidad, y tenia fundado su orgullo en no vender ninguno de los cuadros de su coleccion, como no estuviera signado con su nombre. Esta idea les hizo formar un plan que pusieron en práctica prontamente. Enrique habia cumplido tambien su palabra: los retratos estaban hechos, los paises acabados, y el album lleno de pinturas alegres. Los condiscípulos de Enrique recibieron estas obras con aprecio y entusiasmo; y despues de haber consagrado algunos dias á los solaces de la amistad, pusiéronse en marcha para Madrid, donde llegaron prontamente. Su primer cuidado fue suplicar cada cual á sus padres respectivos que les diesen el gusto de mandar pintar su retrato, y obtenido el permiso presentaron sin demora las manufacturas de Enrique. Los parientes de los niños recibieron con afabilidad los indicados trabajos, y pagaron profusamente la habilidad del jóven pintor. Pero las cantidades recaudadas debian emplearse en el sostenimiento de Enrique, asi como el producto de las demas obras de su ingenio que se habian traido á la Corte. El padre de uno de los compañeros de este jóven apreciable, anunció en los periódicos, cierto dia, la venta de varias pinturas de Landric. Landric, el rico pintor, alarmado con este anuncio, y ofendido hasta cierto punto al ver que producciones que él juzgaba desde luego imperfectas, se presentaban al público bajo el nombre suyo; corrió precipitadamente al sitio de la

venta, y acordándose de que tenia un sobrino jóven, desgraciado, y de las mejores esperanzas, puso un precio enorme á las pinturas, ofreciendo por ellas una cantidad extraordinaria. El tio de Enrique se hace cargo de la educacion de su sobrino; este admite la proposicion; y auxiliado por el influjo de la proteccion de su pariente hace progresos maravillosos en su carrera. Acaso no estará distante el dia en que Henrique llegue á ser el hijo adoptivo, el heredero único de su opulenio tio. Este cambio de fortuna y la instruccion artística de Enrique, todo, todo ha sido obra de la amistad. ¡Amistad santa, qué feliz es el mortal á quien dispensas tus beneficios!

EL APRENDIZ DE IMPRENTA.

Este pequeño personaje á quien algunos designan justamente con el título de *Diablillo de la Imprenta*, es por cierto un pequeño Barrabás en su figura y en sus costumbres. Enredador, holgazan, embustero y maldiciente cual ninguno. Por la cosa mas insignificante es capaz de andar á cachetes con cualquiera, y aun poner mano á la navaja á muy poco que le apuren. Su traje contrasta ridículamente con la viveza de su génio y su natural travesura. La levita, los guantes, el sombrero, son para él objetos enteramente desconocidos. Una camisa ordinaria, un pantalon que despues de haber servido á un militar inválido, le ha sido acomodado por su madre, sin mas que cortarle media vara de las piernas, una faja encarnada y raida con la que da diez vueltas á su cuerpo, y unos zapatos de municion forman el conjunto de su traje, que con el semblante tiznado del muchacho y sus cabellos des-

J. Avriat lit. Lit. de Bachiller

APRENDIZ DE IMPRENTA.

compuestos, hacen el todo de la figura que representa el *Diablillo de la Imprenta*.

Parecerá natural á primera vista que un muchacho destinado á estar entre letras y á manejar letras, haya de hacer progresos en su ilustracion, pues es cabalmente lo contrario, porque el aprendiz de imprenta jamas tiene la ocasion de leer un párrafo. Limpia las cajas, recoge las letras esparcidas por el suelo, y cuando ejerce la mas sublime de sus funciones es en el acto de distribuir ó sea descomponer, que es la operacion que reclama mas cuidado de su escasa inteligencia. Por lo demas, continuamente ocupado de traer y llevar las pruebas á los autores, de ir en busca del original y servir al regente y los cajistas, se halla en perpétuo movimiento y entregado casi siempre á la libertad de sus travesuras. Cualquiera de estos encargos le entretiene largas horas, porque nunca le falta en el camino un motivo que á su sabor le detenga: ya que pasa un regimiento ó un batallon, y entusiasmado se deja llevar del atractivo de la música: ya que se encuentra con otros muchachos con quienes traba una riña y anda el cachete y la pedrada que canta el credo: ya que se empeña en hacer rabiar á un longista, ó ya que tome por su cuenta la paciencia de un cachazudo portero. El aprendizage del impresor dura generalmente cuatro años, en los cuales es preciso que su familia cuide de alimentarle y vestirle. Durante este tiempo sus funciones son como queda dicho puramente mecánicas: ademas él debe ser el primero que se presente en la imprenta para barrer y limpiar, y para bruzar y lavar las formas, operacion que le entretiene por lo menos hasta las ocho de la mañana. Llegada esta hora debe emplearse en la tarea de los almuerzos. Un cajista le encarga de comprar dos onzas de queso, otro de que le traiga media libra de manzanas, otro de que le lleve una sardina, que es por lo ge-

neral á lo que suelen reducirse los postres del desayuno de esta clase de obreros. El aprendiz, bajo la responsabilidad de sus orejas, tiene buen cuidado de no equivocar los encargos que le producen cierto género de utilidad, porque el longista y el frutero, tratan de obsequiarlo con el fin de no perder las ventajas que les proporciona tan constante parroquiano. Concluidos los almuerzos es el momento de traer y llevar las pruebas, como hemos dicho, en lo que pasa el resto del dia.

Al tercer año de aprendizaje, ya recibe un pequeño jornal, y es encargado de la composicion de esquelas de convite, hojas volantes y algunas otras cosas de poca importancia, en las que son menos notables los errores de la imprenta, y poco á poco, al paso que va progresando en aptitud, acrece el importe del jornal hasta ponerse al nivel en todo con los oficiales mas adelantados, en cuyo caso se gradúa el mérito de su trabajo por las líneas de composicion, tal es la fisonomía histórica de un cajista del todo diferente de la del impresor, en el cual se requiere no menos inteligencia; pero como su ejercicio es mas penoso y necesita de menos manos auxiliares, el número de sus aprendices es mas pequeño, y por consiguiente lo es tambien el de los maestros lo que contribuye á dar mas garantías de seguridad en el trabajo á los que á él se dedican.

He concluido la descripcion del cuadro que se me ha encomendado. No me ha parecido oportuno continuar haciendo los detalles minuciosos de la carrera del *Diablillo de la imprenta*; mas si os place os referiré una anécdota interesante que por acaso ha llegado á mis manos.

Victor Fernandez, gallardo muchacho en cuanto á sus facultades físicas, tenia tambien un corazon noble y generoso que se conservaba puro, á pesar de participar inmediatamente de las irregulares costumbres de los aprendices de imprenta, como que era uno de

ellos, y tenia precision de asociarse á los demas en sus multiplicadas travesuras. Victor habia cobrado aficion á la lectura de cuantos papeles podia haber á la mano, y cualquier rasgo de generosidad descrito en ellos le entusiasmaba. Su alma dispuesta á recibir las bellas impresiones de la virtud y del heroismo, se inflamaba prontamente con la idea de toda buena accion. El sentía los efectos de tales inspiraciones, mas no podia explicarlos con claridad porque su obscura educacion le privaba de los medios de efectuarlo; sin embargo alguna vez el lenguaje elocuente de los hechos revelaba las interioridades de su alma.

En la misma casa donde habitaba la familia de Victor vivía tambien un jóven cuyas costumbres y maneras llamaban la atencion por la singularidad que ofrecian á la vista de los vecinos. Juan, que asi se llamaba el jóven de que hablamos, salia todas las mañanas á las nueve de su cuarto, volvia á las cinco de la tarde, y se encerraba en él hasta las nueve de la mañana siguiente. Grave y silencioso sin dejar de ser atento, reusaba al parecer el trato familiar de los vecinos, circunstancia que aumentaba la curiosidad de los mismos, y en particular la de Victor que no perdia ocasion de entablar conversaciones con el jóven misterioso. Si éste alguna vez se asomaba á la ventana, Victor le saludaba en el momento, y otro tanto hacia cuando por casualidad lo encontraba en la escalera ó en la calle.—Buenos dias, señor don Juan, ¿cómo está V.? ¡hace un dia hermoso! ¿irá V. á dar un paseo eh?—El jóven contestaba con pocas palabras, pero con sonrisa agradable á las insinuaciones amistosas de Victor, y se separaba de él tan luego como le era posible. Don Juan estimaba en bien poco sin duda el trato con la vecindad. Victor habia observado mas de una vez á deshora de la noche y al través de las cortinas de muselina que don Juan escribia sin cesar

á la luz de una bujía. No faltaba otra cosa para aumentar en el bello corazon de nuestro aprendiz el sentimiento del interés generoso que aquel jóven le habia inspirado desde un principio.—Este pobre hombre (decia Victor) se está matando á trabajar y ciertamente que le luce bien poco; ¿qué será lo que dia y noche le ocupa? si yo pudiera averiguarlo..... mas no es fácil. Victor á pesar de su imperfecta educacion, sentia el respeto que merecen los secretos de los hombres, y él respetaba tambien el sagrado del domicilio. Su curiosidad crecia por instantes y ya iba perdiendo la esperanza de satisfacerla, hasta que las circunstancias decidieron lo contrario.

Hubo un dia en que don Juan no salió de su cuarto: al siguiente sucedió lo mismo y otro tanto observaron los vecinos cuatro dias consecutivos, de modo que llegaron á recelar alguna desgracia. Victor sobre todo estaba impaciente y afligido. Al fin llegada la noche del quinto dia, se resolvió á salir por sí mismo de la cruel incertidumbre. Cuando todo estaba en silencio y la obscuridad reinaba en los diversos tránsitos de la casa, Victor encendió una vela y se dirige á la puerta del cuarto del vecino. Llama por primera vez, y nadie le responde..... vuelve á llamar..... y tampoco..... mira por el agujero de la llave, y observa que ésta se halla colocada por dentro. ¿Qué habrá sucedido?..... forcejea y mueve con violencia la puerta, cuya madera vieja y carcomida, cede á los primeros impulsos y se abre al fin. Victor se avanza precipitadamente hácia el interior de la habitacion..... un espectáculo lastimoso se ofrece á su vista. Don Juan tendido sobre su lecho y privado de conocimiento, apenas dá señales de vida: la palidez de su semblante, la frialdad de su cuerpo, todo indica que hace algun tiempo que se encuentra en tan lastimoso estado. Victor conoce que en tan críticos instantes la situacion del infeliz don Juan, recla-

ma algunos mas auxilios que los que puede ofrecerle su buena voluntad; corre con precipitacion, avisa á su padre, y de acuerdo con él, principian á tomar disposiciones. A pocos minutos hicieron venir un médico que declaró despues del exámen facultativo, que la enfermedad de su vecino, habia sido producida por una suma debilidad, por inanicion.....¡Inanicion! esclamó Victor, ¡y sin embargo se hubiera dejado morir entre cuatro paredes, sin llamar en su socorro ninguno de los vecinos! tal vez el orgullo..... Al cabo de una hora y á consecuencia de los remedios que se le aplicaron, don Juan recobró el uso de sus sentidos; pero no tardó mucho en caer en un delirio espantoso: hé aquí algunas espresiones que articulaba sin órden ni concierto en el incremento de la fiebre. "La gloria:::: sueño fugaz:::: morir tan jóven:::: sin haber hecho nada:::: sin hallar un editor:::: una obra tan útil:::: el fruto de tantos desvelos:::: perecer conmigo:::: sin haber visto la luz pública:::::—Victor cree haber comprendido la situacion de aquel infeliz.—Don Juan es sin duda uno de aquellos jóvenes amantes de la gloria que la buscan á toda costa; un autor, un poeta tal vez de aquellos que mueren de hambre, por carecer de un nombre ilustre en la carrera de las letras, sin el cual no habrá un editor que se tome la pena de leer su obra, ni se atreva á correr el riesgo de imprimirla...

La calentura y los demas síntomas alarmantes de la enfermedad, principian á ceder al dia siguiente, á beneficio del cuidado y de los medicamentos; sin embargo, aunque esto baste á concebir esperanza de volverlo á la salud, la convalecencia no podrá menos de ser larga y penosísima. Entretanto Victor, va á la imprenta todos los dias una hora mas pronto, y sale de ella una hora mas tarde de lo que tenia de costumbre. La familia observa este esceso de aplicacion, y espera de él algunas utilidades.

Sucedian los dias á los dias, las semanas á las semanas, y los meses á los meses, sin que el pobre don Juan pudiera levantarse de la cama. Llegó por fin el dia apetecido en que el facultativo le permitiera dar algun paseo por el cuarto. Los vecinos que durante su enfermedad le habian dado tantas muestras de aprecio fueron á visitarle en el momento que supieron que iba á ponerse en pie. Don Juan débil como estaba, el primer paso que dió fue en direccion de la mesa de su escritorio..... siéntase en una silla y principia á registrar con impaciencia sus papeles: la agitacion y el sobresalto se pintan de una manera lastimosa en su pálido semblante..... continúa aun sus investigaciones y luego que se convence de que el objeto de ellas ha desaparecido, dejando caer la cabeza sobre el pecho prorumpe en abundante llanto exclamando entre soliozos con el acento de la desesperacion: "Yo habia compuesto una obra que era toda mi esperanza; mas durante mi enfermedad el manuscrito ha desaparecido; me lo han robado sin duda ::::" al pronunciar estas últimas palabras, la puerta del cuarto se abre repentinamente, Victor es quien entra.--Nadie os ha robado vuestro manuscrito, señor don Juan; yo lo he llevado para imprimirlo, y ya está; miradle encuadernado tambien, forma un volúmen regular.—¡Impresa! ¡Mi obra impresa!--Y hecha una tirada de mil quinientos ejemplares, señor don Juan.—¿Y cuál es el ángel consolador á quien yo debo tan grande beneficio?--Ninguno, señor don Juan, es obra de vuestro servidor.—¡Cómo! ¡será posible! ¡oh! ven Victor, ven querido niño, ven, quiero abrazarte como al mejor de mis amigos, como á un hermano! yo te debo dos veces la vida; y quién sabe si mi celebridad.--Bien pudiera ser señor don Juan.—¿Qué quieres decir con eso?--Que hay un cierto personaje que va con frecuencia à la imprenta y habiendo examina-

do lijeramente vuestra obra, dice que es de un mérito singular.—Mientras don Juan examinaba una por una las hojas de su libro, los vecinos que se hallaban presentes tenian fija su atencion en Victor á quien fué su padre el primero que dirigió la palabra.—Ya conozco la causa que de dos meses á esta parte te ha detenido en la imprenta dos horas mas de lo regular cada dia.—Cierto, padre mio; pero no era yo solo: cuando referí á mis compañeros la situacion de don Juan y el fin que me proponía, todos se ofrecieron á ayudarme en la empresa, todos han trabajado con afan y buen deseo.—Ah todos sois virtuosos; ven Victor, abrázame.—¿Y los impresores?—Tambien han trabajado una hora mas al dia.—¿Y el papel?—Los tres reales que gano diariamente han sido destinados á este fin: la cantidad que faltaba, se ha cubierto por medio de una suscripcion en el taller á la que han contribuido todos los operarios.—¿Y la obra es buena? —Yo no sé mas que lo que me ha dicho varias veces el personaje de quien acabo de hablar, él debe entenderlo bien.—¿Y quién es ese personaje?— Lo ignoro; pero me pidió las señas de la habitacion de don Juan, yo se las dí y creo que no dejará de venir; mas ya está aqui..... ya entra..... ¿Quiere V. hablar á don Juan? aquel es.....—Al pronunciar estas palabras, don Juan volvió del extásis en que por largo rato estaba.—Caballero, he tenido el gusto de leer vuestra obra en la imprenta, me ha parecido de un mérito mas que regular, y vengo á proponeros la venta de la propiedad de su primera y segunda edicion por la cantidad de veinte y seis mil reales.—Don Juan aceptó inmediatamente... Luego que el editor hubose retirado del cuarto, dijo aquel á Victor ¿"cómo podré yo explicarte mi reconocimiento, mi gratitud? yo sé que no puedo ni debo hablarte de recompensa..." —Teneis razon, señor don Juan, yo no vendo los

servicios á mis amigos; si me quereis tener por uno de ellos, esta será la mejor recompensa.—¡Oh! sí, mi amigo tú lo serás siempre, tu que me has abierto el camino de la gloria.

Esta primera produccion colocó á don Juan en un lugar preferente entre los literatos mas ilustrados, adquirió celebridad su nombre, y está rico en el dia; su amigo Victor ha llegado á establecer una imprenta donde se imprimen con elegancia y exactitud las obras apreciables que don Juan va dando sucesivamente al público. Victor trabaja *como para un amigo.*

En todas las clases de la sociedad se encuentran hombres que las honran: la perseverancia, la laboriosidad y la buena conducta, jamás quedan sin recompensa.

COLEGIAL.

EL COLEGIAL.

MADRECITA mia, dos meses y medio sin verte ni recibir carta tuya! sin duda que debes estar muy enfadada conmigo cuando me haces sufrir un castigo tan terrible. Razon tenia mi maestro cuando se compadecia de mi, al oir tus amenazas de mandarme á un colegio; sin embargo, mi primo durante las vacaciones hacia una pintura tan bella de la vida del colegial, que yo deseaba por instantes que llegase el dia de tus amenazantes promesas. Ahora conozco bien, que el colegio no es una cosa capaz de inspirar horror, ni tampoco digna de las alabanzas que Eduardo describia. Trabajo mucho mas que cuando estaba en casa, y tambien como con menos frecuencia. Nuestro director dice, que esto es muy provechoso y casi indispensable para hacer progresos en el estudio; pero yo creo que ha de haber alguna otra razon que mi penetracion no alcanza para tratarnos de esta suerte.... Considera madre mia que á las cinco de la mañana ya todos estamos

en pie. Aquí todo se hace al toque de campana, levantarse, acostarse, entrar y salir de las clases en las salas de estudio y de repaso. El tiempo está dividido matemáticamente: un cuarto de hora se destina para el acto de levantarse, lavarse y peinarse, otro para el desayuno, otro para la merienda.... todo se cuenta por cuartos de hora; mas en cuanto á las clases y al estudio no se escatima tanto el tiempo, la mas pequeña es de hora y media. Por esta razon no he podido escribirte antes; sin embargo, tu no me creerás, yo bien lo veo, juzgarás que enredo tanto como en casa y que me he olvidado de ti. ¡Ah, no! tenemos un profesor en extremo severo que nada nos perdona, y no obstante le aprecio y todos le apreciamos. Cuando digo que todos le apreciamos, podrá ser que me equivoque, porque has de saber que las clases del colegio se hallan divididas en dos bandos que mútuamente se hacen la mas cruda guerra. En el uno se encuentran afiliados los muchachos de mas aplicacion, y que merecen la nota de buenos discípulos, á los cuales nos designan los contrarios con el nombre de *fulleros*; en el otro los holgazanes y revoltosos á quienes nosotros llamamos *bordoneros*. Cuando por primera vez un alumno cualquiera (un pipiolo) verifica su entrada en el colegio, cada partido espera contarlo entre el número de sus adeptos, y emplea al efecto los medios necesarios. Los buenos discípulos le aconsejan y le dan avisos amistosos; los otros le hacen las promesas mas lisonjeras, y si estas no bastan, emplean las amenazas y le intimidan; entonces es cuando el nuevo colegial se ve precisado á figurar por el pronto en el partido de los revoltosos, y para no ser entre ellos el objeto de sus fiestas y sus burlas, tiene que pasar por ciertas pruebas que, dándole la reputacion de valiente y travieso, sirvan á acreditar que es capaz de dar siempre un bofeton en cambio de un puñetazo, y de no ceder el

campo á la razon en cualquier pelea hasta que él ó su contrario queden tendidos en el suelo. Entonces el nuevo alumno tiene ya derecho de alternar con los *bordoneros*, y es considerado como uno de ellos. Yo he pasado estos mismos trámites, pero si he adquirido la fama de muchacho de valor, ha sido á costa de ocho dias de encierro, porque fuimos sorprendidos por el celador en el acto de la contienda.

En el colegio no es posible acusar á ningun condiscípulo, sin exponerse á sufrir las terribles consecuencias de la denuncia. Toda una clase se dejará castigar con resignacion, antes que de ella salga ni un acento, ni una palabra, ni aun una seña que designe al único culpable. Los *bordoneros* nos proporcionan de vez en cuando escenas de esta especie, porque acostumbrados á la holganza, se emplean solo en inventar diabluras. La otra mañana, por ejemplo, estábamos en la clase oyendo con atencion las explicaciones del maestro, cuando el zumbido de un moscardon enorme nos hizo levantar la vista y observar con afan como buscaba un agugero por donde proporcionarse la salida. El profesor que llegó á advertirlo, quiso evitar nuestra distraccion, y con un pañuelo pudo echarlo á tierra y ponerle el pie encima; mas no habia concluido de despachurrarlo cuando dos, tres, cuatro abejones mas principian á volar por la sala, y despues veinte, ciento, y yo no sé cuantos, hasta que el zumbido desacorde de los moscardones, las risas de los discípulos, el chicheo y las voces del maestro, los estornudos de los unos y los chillidos de los otros, convirtieron por algunos instantes aquel sitio destinado siempre al estudio y meditacion en un trasunto infernal de una casa de Orates..... imposible continuar la leccion.... al fin pasada aquella efervescencia, la voz del maestro se dejó oir, volvieron las cosas á su ser, y todos los individuos de la clase sufrimos un castigo general... tres

dias de encierro á pan y agua sin que se llegára á saber ni aun por eso quien fuera el verdadero inventor de aquella tumultuosa escena. Pero como ya he dicho, no todos los colegiales son de la clase de los *bordoneros*; los hay tan buenos y aplicados que es un gusto contarlos por amigos. Un colegial interno debe tener dos de estos, uno que pertenezca á la clase de internos y otro á la de externos. En los casos de prision ó encierro, son estos últimos los que la Providencia tiene designados como conducto por el cuál dirige sus auxilios al pobre prisionero; de otro modo seria imposible satisfacer ningun género de capricho en el centro de la prision, porque cada censor es un Argos, y el censor es un ente que se reproduce y se multiplica, y que en todas partes se encuentra. Ademas, los vice-censores, los inspectores y hasta el *can-cervero* ejercen á la vez las funciones que les están encomendadas respecto á la policía interior del establecimiento. Supongo que ya conocerás que este último personage de quien hablo es el portero del colegio, sin cuya anuencia no se puede pasar una esquela, ni el mas pequeño regalo, ni aun los buenos dias de nuestros padres. Aqui todo es contrabando, y el cervero es el vista de la aduana. Tambien tenemos nuestros ahijados y nuestros padrinos, y como supongo que desearás saber que es lo que esto significa, no puedo menos de decirte, que ahijado entre nosotros es un amigo, un hermano que todo lo divide por partes iguales con su padrino, sus ochavos, sus juguetes, sus aleluyas, todo es comun para los dos. ¿No té parece agradable este mútuo convenio? Yo tengo tambien mi ahijado, es un buen chico, de mi edad, que entró en el colegio poco despues que yo. Los demas le hacian la guerra y le inquietaban sin cesar, hasta que tomándolo bajo mi proteccion, declaré solemnemente que el que le hiciese daño, despues sería enemigo mio, y que nos veriamos las

caras; de entonces acá, ninguno le ha insultado Yo le quiero porque me ha tomado tanto cariño, que seria ingratitud no corresponderle; ademas como él no recibe regalos de su casa, me evita la molestia de tomar de ellos la parte que pudiera corresponderme, y la pesadumbre de no poder hacer otro tanto con él. Es tan económico que desde que nos hemos unido, soy ya mas rico que antes, tenemos un caudal regular de pelotas, de plumas, de peones y de estampas; en fin, mi compañero es para mi, lo que tu eres para papá, el arreglo y ecomomía de la casa. ¿Podrás creer que hay algunos colegiales, que hacen una especie de especulacion con esto de los padrinazgos? pues figúrate que estás oyendo el diálogo siguiente entre el especulador y el inocente condiscípulo. — Enrique, tienes un hermoso peon.—Sí, me lo ha mandado esta mañana mi mamá.—¿Por qué no me lo regalas. — Porque es mio.—Pues eres un mal compañero.—No, pero yo quiero conservar mi peon. — Esta bien, pero cuando te acometen los otros muchachos, ya sabes que te defiendo siempre, en adelante te defenderás como puedas.... (El inocente chiquillo asustado con la amenaza ya principia á dudar si capitulará ó no) — Bien, vamos, pues te lo prestaré siempre que quieras.—Yo no puedo estar á cada instante pidiéndote esos favores, á Dios.—Oye, mira, ya te lo doy, tuyo es, pero me defenderás siempre, ¿no es verdad? Hé aquí el negocio concluido. El pobre muchacho se queda con las manos vacías, aunque lisonjeado con la seguridad de la proteccion, solo falta que reciba una prueba para conocer la falsedad del especulador padrino. Improvísase una pendencia y este toma partido á favor de su ahijado, pero aparenta dejarse vencer, y convenido con los otros consigue aumentar la risa y el sarcasmo contra el sencillo dueño del peon.—Aun no te he hablado de la enfermería. La enfermería es el objeto de los afanes y de la

esperanza de los *bordoneros*. Ir á la enfermería es para ellos ir al Paraiso, porque allí se pasa el dia sin hacer nada, se levantan de la cama dos ó tres horas despues que el resto de los alumnos, y se acuestan otras dos ó tres horas antes: por las mañanas se sirve leche con azúcar, se toma un poco de vino en las comidas, y en estas juegan manjares mas delicados. El dia en que despues de mil tentativas inútiles llega el holgazan á entrar en la enfermería, es el dia de su triunfo. Nada le queda que desear, y los demas compañeros envidian su fortuna. No obstante, esta felicidad suele ser bien pasajera, porque rara vez se escapa á la penetracion del enfermero la falsedad de las dolencias. En prueba de esta verdad, permíteme que te escriba una pequeña historia.

Uno de nuestros condiscípulos habia alarmado varias veces inútilmente la tranquilidad del colegio con sus males de corazon, con sus cólicos, y con sus dolores terribles de cabeza, pero cierto dia en que salio á comer en casa de sus padres, debió de hacer algun exceso, y se proporcionó una indigestion. Quejóse en realidad por la noche, y el médico del colegio fué á visitarlo, asegurando despues que el muchacho estaba verdaderamente enfermo, y mandándole en seguida á la enfermería. A los dos ó tres dias ya la indigestion se habia corregido, sin embargo, el mal de corazon le repetia sin cesar, y no era posible siguiendo asi, expedir el alta á nuestro enfermo. El enfermero viejo, astuto, que conocia bien las maulas de los señores *bordoneros*, hízose el desentendido de la picardigüela, lejos de echarla en cara al paciente, en apariencia mostró sentimiento por su enfermedad, le previno que se acostase nuevamente, le hizo tomar algunas tazas de agua de tila, y trazó su plan curativo con agua de tila, caldos de ternera, y una lavativa por mañana y tarde. Julio (que asi se llamaba el muchacho) lo sufria todo

con resignacion filosófica, porque esperaba que habia de llegar el dia de la convalecencia, y con ella la leche azucarada, el vino puro y los vizcochos de canela; pero nada, el enfermero cada dia se manifestaba mas convencido del mal estado de la salud del pobre chico. Cansado ya este de sufrir sin conseguir su objeto, se atrevió á insinuarle que se encontraba mejor, que iba adquiriendo apetito, y que de buena gana comeria un poco. El enfermero entonces le aseguraba que se equivocaba, que aquel apetito era ficticio ocasionado por la calentura, y al decir esto prorumpia en expresiones de compasion. Dos dias mas pasaron, y Julio hizo saber al médico que se sentia ya aliviado hasta el extremo de tener hambre. El enfermero perseverante en sus trece, le aseguraba mas y mas, que estaba equivocado, que lo que él queria podia serle perjudicial, y que por consiguiente no alteraria en nada por entonces el plan establecido. Seguia pues alternativamente el órden de los medicamentos, agua de tila, caldos y lavativas..... Julio ya no podia sufrir mas, ignoraba como salir de tan grande apuro. Vuelve á manifestar al enfermero que se hallaba ya perfectamente bien, que el único mal que le aquejaba era el hambre que padecia, y que si no estaba decidido á hacerle perecer de necesidad, podia darle de alta en el colegio..... No señor, le respondió el anciano astuto, pero si es verdad que os encontrais tan bueno como decís, os permitiré bajar á la clase y al refectorio. Julio reflexionó entonces que le habian conocido; y sin aguardar á oir por segunda vez la relacion, sale de la enfermería, y dando saltos de contento, se dirige al refectorio donde hecho dueño de un pedazo de pan principia á devorarlo con ansia. Tal era el estado de la necesidad estomacal de Julio. Las lavativas y los jaropes habian durado ocho dias, sin haber estado enfermo ni uno solo, y lo cierto es que desde enton-

ces acá la enfermería se encuentra desocupada siempre.

Lo que es curioso y digno de observacion, es un dia de salida general del colegio; desde bien temprano presenta su interior un aspecto del todo diferente al de otros dias. No hay mas que ver un colegial para saber al instante, si es de los que salen ó de los que se quedan. Los señoritos cuyos padres habitan la misma poblacion, se dejan conocer, porque lo primero que se procuran por medio de un colegial externo, es, dos cuartos de pomada, y una pequeña bola para dar lustre á los zapatos. El uno se improvisa una almohadilla de papel, que sirva de base á su corbata, el otro busca aquel mismo papel poco despues inútilmente para limpiar en él las tenacillas con que ha de rizarse sus cortos cabellos. Los semblantes se observan ó bien alegres ó bien tristes.... alegres los de aquellos que deben salir al instante; tristes los que sin estar castigados no pueden salir del colegio, porque los infelices muchachos no tienen en la ciudad pariente ni amigo alguno. Cuando el *cervero* se presenta en la puerta de la sala para pronunciar un nombre, todas las miradas se dirigen hácia él. En aquel instante no es ya el *cerbero*; es Juan, el buen Juan, y Juan sabe aprovechar la ocasion para darse importancia; este dia es el de su desquite, el de su revancha; porque has de saber que es indispensable tener contento á Juan en un dia de salida. El puede muy bien pasar sin dilacion el recado competente, y tambien puede, que es lo mas atroz, contestar á la madre que va por su hijo: "Señora el pobre niño está castigado con la pena de retencion" y de esta manera convertir en tristeza y pesar la alegría de un pobre colegial, que espera la llegada de su madre. Este proceder de nuestro portero, se habia hecho ya notorio, y Juan ha sido relevado en este dia del cargo que ejercia. Creyó que los actos de venganza podrian presentarse siempre como mues-

tras de su celo, pero se engañó, ya ves era un error.

Madrecita mia, por mí, por tu pobre hijo, que hace ya dos meses te espera inútilmente, y siente palpitar su corazon, cada vez que el *cervero* se presenta. Ven ya, cada dia que pasa me hago la ilusion de que habrás perdonado ya mis errores, y que es mi nombre el primero que se va á dejar oir. Mas ¡ah! ya hace cuatro dias que no me es posible contener las lágrimas, cuando llegan las dos de la tarde, porque cuatro dias de salida han pasado sin que te haya llegado á abrazar. ¡Oh! yo daria cuanto hay en el mundo por verte pasar por la calle siquiera. Dilo madre mia, ¿no es verdad qué el domingo próximo te podré abrazar? dia de ventura ¡Dios mio! me parece que no podré separarme de tu lado ni un solo paso; ¡con esta idea tiemblo de alegría! Ven, ven madrecita, tu no querrás que muera de inquietud y de pesadumbre, un niño que tanto te ama, y al que estoy seguro amas tu tambien al mismo tiempo.= Tu hijo Luis.

EL REPETIDOR.

Ya sabeis que en las escuelas públicas suele confiarse la instruccion de una seccion ó de una clase á cualquiera de los niños perteneciente á la inmediata superior, y que este niño es conocido entre nosotros con el título de Repetidor, Inspector ó Monitor segun los diversos sistemas establecidos en ellas. De todos modos este es un cargo honorífico debido solo al mérito y á la aplicacion. El niño que escucha con cuidado las advertencias y los consejos de su maestro, que aprende bien su leccion, que constantemente asiste á la escuela, que por su afabilidad, su modestia y su buen carácter, asi como por el aseo y limpieza en el cuerpo y en el vestido, se distingue de los demas, puede esperar verse condecorado un dia con el cargo envidiable de Repetidor. Verdad es que no por esto se exime del estudio que le corresponde segun el grado de instruccion en que se encuentra; antes bien debe redoblar sus esfuerzos para presentarse siempre á sus condiscípulos como

modelo de laboriosidad y de constancia en el estudio. En recompensa de este doble trabajo disfruta de la consideracion y del aprecio de su maestro: ejerce las funciones de éste cuando no se encuentra delante como que le representa, y es en realidad su inmediato delegado.

Teodoro de N. á quien vosotros conoceis, entró en una escuela de diputacion á los diez años de edad, porque la ignorancia de sus padres que pertenecian á una clase infeliz, les habia hecho desconocer hasta entonces los bienes que su hijo pudiera reportar de su primera educacion, y porque en aquella época no era conocido todavía en España el establecimiento de las escuelas de párvulos á las que concurren en el dia infinidad de niños de tierna edad, que sin ellas vagarian abandonados por las calles y expuestos á la intemperie y otras muchas contingencias de que el patriotismo, la filantropía de muchos particulares y de varias corporaciones ilustres, les han precavido con la instalacion de los asilos indicados.

Teodoro por tanto habia pasado los primeros años de su infancia entregado, por decirlo asi, al cuidado de la naturaleza. Desatendida absolutamente su educacion física, viciada por el mal ejemplo de sus ignorantes padres su educacion moral, entorpecido por ambas razones el desarrollo de su entendimiento, habia llegado á la edad de diez años como queda dicho, y avocado á otra edad en que necesariamente la ignorancia y el error le hubieran lanzado en la carrera del crímen, continuaba hecho un holgazan, sin otra ocupacion que la de tirar piedras á los tejados y ejercitarse en ciertas travesuras que sus incautos padres aplaudian.

El alcalde del distrito en que habitaban habia fijado su atencion en esta familia, y desde luego creyó que haria un gran servicio á ella y al Estado, procurando entregar al dominio de la educacion aquel niño

que de otro modo sin duda hubiera sido víctima de la ignorancia y del infortunio. Amonestó y reconvino á los padres para que mandasen su hijo á la escuela, lo que se verificó en efecto. Teodoro no obstante tenia un fondo de honradez que explotado hábilmente por su maestro produjo los resultados mas ventajosos. Las máximas de sana moral, los principios de verdadera religion, las reglas de urbanidad y de política, todo se iba grabando en su corazon y en su memoria á proporcion que hacia progresos en su instruccion literaria. Bien pronto tan recomendable conducta le proporcionó el mas distinguido aprecio del profesor, y fué elegido por el mismo para el cargo de Repetidor con destino á la clase de los principiantes. Teodoro sin embargo pertenecia ya á otra mas adelantada en que se ejercitaba con esmero diariamente antes de la hora de emplearse en enseñar el alfabeto y las sílabas á sus pequeños condiscípulos. Causaba no menos admiracion que entusiasmo ver aquel muchacho que antes era tan enredador y travieso, ejerciendo entonces, aunque en línea muy inferior, el magisterio de primeras letras. La afabilidad con que él trataba á los niños mas pequeños confiados á su cuidado, la paciencia con que repetia las sílabas que equivocaban, la dulzura con que les corregia y el interés que se tomaba en su instruccion hacian en la clase que se confiaba á su cuidado inútil la presencia del maestro, que á cada paso le colmaba de elogios y premiaba distinguidamente su mérito y aplicacion.

De Repetidor ó instructor de primera clase pasó á ser Repetidor de la segunda, y asi sucesivamente segun que él adelantaba en las clases de sus particulares estudios. Teodoro era en realidad el Repetidor perpetuo de la escuela. Inútil es advertiros que jamas fue reprendido ni castigado públicamente porque ya sabeis que los niños investidos de este carácter deben conser-

var inalterable su prestigio, á cuyo fin son tratados con cierta consideracion hasta por el profesor mismo: de suerte que la primera falta que cometen basta á privarles del honroso cargo de Repetidor, imponiéndoles despues la pena á que se hayan hecho acreedores.

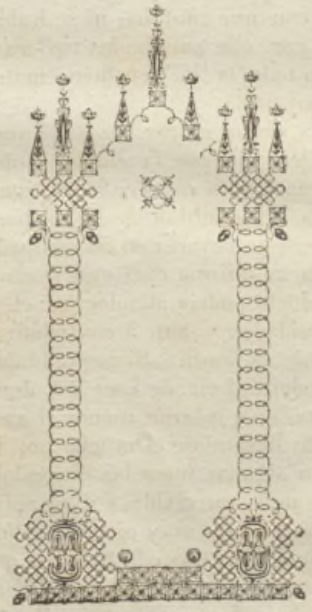
Teodoro habia adquirido á los tres años de estar en la escuela los conocimientos elementales mas necesarios en el trato social y sobre todo una forma de letra gallardísima que llamaba la atencion de cuantos habian visto sus planas.

Los padres siempre pobres carecian de los medios de proporcionarle una carrera análoga á la instruccion preliminar que habia adquirido y á las buenas disposiciones con que contaba; ni se hubieran tomado mucha pena por ello aunque los tuvieran, porque no habian tocado todavía los beneficios materiales de la instruccion primaria.

Cierto dia vieron entrar en su humilde habitacion un caballero que por la elegancia de su traje y nobles maneras daba á conocer la distinguida clase á que pertenecia. Preguntó desde luego por Teodoro y manifestó deseos de llevarlo en su compañía para proporcionarle en su misma casa una decente colocacion con cuyo producto podria atender por el pronto á sus primeras necesidades, y aun á contribuir á mejorar la infeliz suerte de su familia. Si sorprendidos estaban los padres de Teodoro al oir de boca del desconocido tan lisonjera oferta, no quedaron menos al ver que al despedirse de ellos llevándose el muchacho, les entregase un bolsillo con algunas monedas diciéndoles: "Teodoro es un niño muy apreciable por su aplicacion y sus virtudes, lee y cuenta muy bien, y sobre todo tiene una gallardísima letra. La educacion es quien ha producido estos beneficios, por ella vendrá á ser Teodoro un dia el consuelo de su familia, la delicia de sus amigos y quien sabe si el apoyo de su patria, de otro

modo acaso el infeliz hubiera perecido de miseria, y ustedes tendrian que llorar toda su vida."

Desapareció el desconocido llevándose á Teodoro con el beneplácito de sus padres, despues de haberle dejado las señas de su habitacion. En el siguiente cuadro veremos á este niño en otra situacion diferente.



J. Avrial lit. Lit. de J. Aragon.

ESCRIBIENTE.

EL ESCRIBIENTE.

El baron de N. habitaba una casa magnífica en una de las calles mas principales de Madrid. Poseía grandes riquezas y tenia para el manejo de sus intereses, su secretaría correspondiente con varios dependientes, su contador y su mayordomo, con una porcion de criados empleados en su servicio. Sin embargo, necesitaba del auxilio de un jóven á quien pudiera confiar los negocios mas secretos de familia, y que á una forma de letra correcta y cursiva uniese la honradez y la prudencia necesarias para el desempeño de tan delicado cargo. Este baron era aquel mismo personaje que habia sacado á Teodoro de la casa paterna para hacer su felicidad, y Teodoro fué inmediatamente el elegido para las funciones de secretario íntimo.

Desde el instante en que Teodoro tomó posesion de su nuevo empleo, fue mas bien que el dependiente de la casa del baron de N. el amigo del mismo. El trato afable y cortés del baron, le hacian apreciable aquel

género de vida, al mismo tiempo que su gratitud, su actividad y su celo le aseguraban cada vez mas en la posesion de la confianza de su protector. Teodoro estaba encargado de la correspondencia privada del baron, y del curso de los diversos expedientes que relativos á sus intereses, pendian en los tribunales de la corte. En una palabra, era el escribiente, el secretario y el agente general del baron.

Con el sueldo pequeño que desde luego le fué señalado, socorria las necesidades de sus infelices padres, y se equipaba de cuanto era preciso para presentarse en la calle con un traje decente.

Todas las mañanas entraba temprano en el despacho del baron, y despues de escribir algunas cartas que él mismo le dictaba, salia á averiguar el estado de los expedientes, y llevaba los autos á recojer la firma, unas veces del procurador y otras del abogado, con lo que activaba notablemente el curso de los negocios. Si algun rato le quedaba desocupado, lo empleaba en leer y en estudiar cosas que pudieran serle de grande utilidad, cuya calificacion era hecha préviamente por su principal, como hombre entendido, y tan entusiasta por los progresos de la educacion, como habreis podido inferir de su noble comportamiento. Cuantos conocimientos eran aplicables á la edad y al estado de Teodoro, otros tantos le procuraba el baron, pagando los maestros que le enseñaban, y costeando los libros indispensables. Estudió gramática latina y luego filosofía.... graduose despues de bachiller, haciendo los ejercicios literarios mas brillantes que se habian visto hasta entonces en la universidad, y en seguida emprendió la carrera de leyes, bajo los mismos auspicios de su protector, y sin desatender, por supuesto, las obligaciones de escribiente. Cuando el estudio se toma con aficion, no es molesto ocuparse de alguna otra cosa á la vez; ya sabeis vosotros que muchos estudiantes cu-

yas familias no pueden suministrarles los recursos necesarios para vivir en la corte, adoptan el de ponerse á servir en cualquier casa principal con la condicion de que les permitan emplear en el estudio de su carrera las horas indispensables. Pues bien, estos infelices que á tanta costa adquieren su instruccion, y que tantos malos ratos y tantos sacrificios hacen por obtenerla, son por lo general los que mas adelantan. Conocen que la educacion es su único patrimonio, y como no tienen padres ni hermanos que los cuiden y acaricien como vosotros, redoblan sus esfuerzos de una manera prodigiosa, hasta salir con el auxilio de la educacion del estado de dependencia en que se encuentran.

Teodoro se hallaba con corta diferencia en semejantes circunstancias; pero su natural aplicacion al estudio, le hubiera hecho seguramente aun en cualquiera otro caso un eseo lar distinguido.

Llegó al término de su carrera, habiéndose hecho cada dia mas digno del aprecio de su principal. Los conocimientos que habia ido adquiriendo durante sus estudios en la ciencia del derecho, le sirvieron de mucho para el manejo de los negocios contenciosos del baron, quien conocia palpablemente las ventajas que le resultaban de haberlos fiado desde un principio al celo, actividadé inteligencia de Teodoro.

Graduose de licenciado, y obtenido el título, instaló su bufete, siempre bajo la proteccion del baron, que agradecido á sus buenos servicios se habia propuesto no abandonarle jamas. La fama de Teodoro se habia generalizado porque su voz enérgica se oia de contínuo en los estrados y en defensa de la inocencia y de la razon, penetraba hasta el corazon de los jueces. Teodoro era ya un gran abogado y habia principiado á hacerse rico. Sus padres habian mejorado notablemente de situacion, porque Teodoro les habia proporcionado recursos para comprar unas tierrecilla y hacerse

propietarios. Entonces conocieron estos los beneficios de la educacion. Recordaban con placer las advertencias y los consejos del Sr. alcalde, y se reprendian á sí mismos el descuido de no haber mandado antes su hijo á la escuela.

No tardó mucho Teodoro en ser nombrado juez de la audiencia, porque sus méritos particulares y las relaciones del baron le proporcionaron en breve el elevado carácter de magistrado. Entonces le fueron mas que nunca útiles las ideas provechosas de sana moral que habia adquirido siendo niño, en la escuela de primeras letras.

Hallábase cierto dia como juez competente en la vista de un proceso formado contra dos hombres criminales acusados de haber causado fraudulentamente la ruina de una familia respetable. Desde el momento en que el relator principió la lectura del extracto de la causa, notóse en el semblante de Teodoro la impaciencia y la agitacion de que estaba poseida su alma. Escuchó sin embargo á este, al fiscal y á los abogados, y concluido el acto quedó solo con los demas jueces para pronunciar la sentencia que fue como era de esperar arreglada á justicia, mandando la devolucion de los intereses usurpados á su dueño respectivo, y castigando con una pena correccional, mas el pago de las costas del proceso, á los usurpadores. Teodoro se retiró á su casa con la satisfaccion de haber administrado justicia, devolviendo á una familia apreciable los bienes de su fortuna; mas todavía sentia él en su interior una satisfaccion doble, hija de algo mas que de un feliz presentimiento. Al siguiente dia un anciano respetable llama á la puerta de Teodoro. Era el hombre honrado á quien con un acto de justicia acababa de devolver los bienes de su fortuna, y con ellos el repóso de su vejez. El deseo de dar gracias á un juez que tan bien habia sabido comprender los deberes de su ministerio, era

el que le habia movido á dar aquel paso de pura atencion y cortesanía.

Teodoro en vez de esperar que el anciano entrase hasta su bufete para recibirle con la gravedad y la etiqueta que reclamaba la dignidad de su estado, corre presuroso á su encuentro y le recibe en sus brazos. El anciano sorprendido de tan inesperada demostracion no sabia qué hacer ni qué decir, hasta que Teodoro conmovido exclamó: ¿no os acordais de aquel Teodoro á quien con tanta afabilidad y con tanto cariño enseñásteis las primeras nociones de su educacion? Vos erais mi maestro cuando yo obtuve en la escuela el cargo de Repetidor: vos imprimísteis en mi alma los sentimientos de honradez y de virtud que me acompañarán hasta la tumba: vos establecísteis la base de mi carrera, y haciéndome entrar en la senda del deber, inspirándome afecto al estudio y estimulando mi aplicacion, hicísteis de un ser que apenas tenia de racional mas que la figura, un hombre moralmente perfecto: me arrancásteis de la miseria y de la ignorancia, y tal vez de los brazos del crímen para hacerme apreciar los conocimientos humanos, las excelencias de la religion y de las virtudes sociales: por vos disfruto en el dia de bienes y de honores: por vos viven cómodamente mis queridos padres: por vos existo, mi amado maestro, y por vos en fin he tenido la dulce satisfaccion de contribuir á que se os administrase pronta y recta justicia. Nada teneis que agradecerme, he cumplido mi deber, ahora pensad en que podré seros útil particularmente. Entráronse ambos al cuarto de Teodoro donde se reprodujeron las demostraciones de recíproco afecto y las consideraciones filosóficas y exactas sobre la importancia de la primera educacion, y el aprecio y respeto que debemos siempre á los maestros de quienes recibimos tan inapreciable beneficio.

EL CÓMICO.

Ya recordareis que Bautista, el pequeño saltinbanqui, fue arrancado de su posicion desgraciada y conducido por un cierto personaje al colegio de declamacion; pues bien, en el que con el título de María Cristina se habia establecido en Madrid, tuvo entrada el jóven Bautista recibiendo en él los primeros elementos de tan difícil arte.

Precisado yo á describir la historia del jóven cómico, que debia ocupar un lugar preferente entre los cuadros de los *Niños pintados por ellos mismos*, traté desde luego de poner en práctica todos los medios que estaban á mi alcance para adquirir por mí mismo las noticias y los datos necesarios. Las vacaciones de Pascua me dejaban el tiempo indispensable á este fin, y despues de mil ruegos pude conseguir de mi padre, que mediante sus relaciones obtuviese para los dos billetes de convite á la funcion dramática que la noche del segundo dia de la Pascua iban á ejecu-

J. Aurial lit. Lith. de J. Aragon

COMICO.

tar los alumnos del referido colegio. Fácil es inferir la impaciencia con que yo aguardaría el momento de la representacion. Anticipadamente nos constituimos en el teatro, que nada tenia de particular, porque aunque decentemente adornado é iluminado con profusion, no pasaba de ser una sala dispuesta á este fin con la diferencia de que no presentaba la forma semicircular de los otros teatros públicos. La orquesta dió principio á una agradable sinfonía. Sonó despues un silbido y se levantó el telon. El drama que se ejecutaba era *Florentina*, pieza en un acto, Bautista hacia el papel de don Fabian de Centones.

Preséntase en escena, y al momento conocí al pequeño saltin-banqui que me parecía en aquel momento tan tímido y entre-cortado, que me hizo dudar por el pronto del buen éxito de su empresa. Este recelo se aumenta por instantes y arrebatado por el interés que me inspiraba su crítica posicion, principié á aplaudirle estrepitosamente, y muchos de los circunstantes que sin duda habian comprendido mi intencion, hicieron otro tanto.

Bautista cobra ánimo de repente y adquiere la energía que la timidez le habia embargado. Nuevos aplausos suenan despues; pero entonces eran ya merecidos. Bautista iba sacando todo el partido posible de su papel, y hubo escenas en que se manifestó tan poseido del carácter y de la situacion que representaba, que no pudo menos de parecer sublime á los ojos del público. La pieza continuó y se concluyó á satisfaccion de todos, y Bautista fué nuevamente aplaudido al fin y coronado en medio del escenario. Este es el premio mas estimable para cualquier actor.

Salimos del teatro muy complacidos, y como yo manifestase á mi padre deseos de dar la enhorabuena á Bautista; me condujo á las habitaciones destinadas al vestuario de los cómicos donde al momento encon-

tré al jóven actor que era el objeto de mi curiosidad en este instante. Sin embargo, Bautista mirado de cerca no parecia el mismo que acababa de salir de las tablas. Aquel color exajerado que daba á su semblante en la escena el carácter de una edad provecta, no era otra cosa que el resultado de una porcion de chafarrinones pintados hábilmente en su cara para designar las arrugas que produce la edad en el rostro de los hombres. El sonrosado de sus mejillas estaba sostenido por otros toques de pintura que no eran en realidad sino dos manchas encarnadas que contribuian á dar á la fisonomía de Bautista, considerada de tan cerca, el aspecto mas ridículo. Otro tanto se observaba en los adornos de su traje. Lo que parecia desde la luneta oro puro y resplandeciente, aquellos galones y exquisitos bordados, eran solo tejidos dorados de lo mas ordinario que se fabrica. Aquel espadin cuya empuñadura brillaba cual si fuese guarnecida de finos diamantes, era un instrumento enmohecido, con su guarnicion de acero y su baina antigua, cuyo valor efectivo no podria exceder de dos pesetas. No dejó de llamar mi atencion por el pronto esta ilusion de la vista; mas á pesar de todo, mi diestra no tardó en enlazarse con la de nuestro cómico para asegurarle la satisfaccion con que habia presenciado la funcion en que él habia tenido tan buena y acertada parte. Bautista correspondió finamente á estas demostraciones afectuosas, y yo le repetí la enhorabuena. Con la mayor cortesanía nos suplicó le permitiésemos entrar á desnudarse en su cuarto, á lo que accedimos con los mas políticos cumplimientos. Creyendo que en esta operacion emplearía algun tiempo, tratamos de pasarlo examinando las particularidades que ofrece la vista interior de un teatro, pero nos encontramos agradablemente sorprendidos con la presencia de Bautista cuando creíamos que no habia tenido lugar ni aun para mudarse los zapatos. Ni peluca, ni

casaca, ni espadin, ni colorete, nada; Bautista parecia ya el mismo que antes de su entrada en el teatro, el Saltin-banqui, el discípulo de Micou. Nosotros, aprovechando esta ocasion, le preguntamos si estaba contento de su nueva carrera.—Mucho mas de lo que podeis figuraros, nos dijo: La dicha de que disfruto en el dia, me hace conocer con toda exactitud el grado de desventura á que me habian conducido las funciones de Saltin-banqui; mas toda vez que ya estais enterados de esta parte de mi historia, me creo dispensado de hablaros de ella. ¡Qué diferencia, Dios mio! cuando considero aquella situacion y la comparo con la presente, no puedo menos de dar gracias al cielo por haberme proporcionado un cambio de fortuna tan apreciable. Aqui soy tratado con decoro y con dignidad: no me veo obligado á ser de contínuo el objeto de la risa estrepitosa de un público ignorante, ó de los dicterios y las insolencias á que con frecuencia se entregaba el mismo. Tampoco me mortifica el carácter brutal de aquel Maese Micou que comerciaba tiránicamente con la delicadeza y el amor propio de los que estaban bajo su direccion. Aqui tenemos la seguridad de ser elogiados cuando lo merezcamos, al mismo tiempo que de reconocer nuestros errores artísticos, mediante una prudente crítica. El público ante quien nos presentamos es circunspecto y tolerante. Para obtener su aprecio hacemos nosotros los esfuerzos mas considerables, porque ya conoceis que nuestra corta edad ofrece dificultades casi insuperables para conocer y entender bien el espíritu del diálogo, penetrando en la mente del autor hasta dar á sus intenciones la expresion que él mismo ha concebido. Las inflexiones de la voz, la posicion escénica, la variacion del semblante, todo está sujeto á ciertas reglas que deben tenerse presentes y cuya aplicacion con sus correspondientes modificaciones tiene por base la inteligencia del actor. Pero con

el auxilio de nuestros maestros que nos presentan á cada paso por modelo á los sábios artistas españoles. La-Torre, Luna, Romea, Lombía y otros cuyos nombres bastan á hacer el elogio de su inteligencia artística, procuramos seguir sus pasos aunque á larga distancia, y á fuerza de estudio y de trabajo adelantamos en esta carrera. No creais que es cosa muy fácil esto de poner en escena un drama cualquiera: antes de llegar á inspirar á cada uno la verdadera inteligencia de su papel, antes de darle el sentimiento de su situacion dramática, es necesario emplear varias lecciones y practicar varias tentativas inútiles. Considerad cuánto será preciso trabajar antes de conseguir que cada discípulo comprenda bien el momento en que debe salir ó entrar en la escena con arreglo á las acotaciones de la pieza. En este pequeño teatro carecemos de traspuntes, y por necesidad la verdadera posesion del papel debe suplir su falta. Por eso es tan difícil el éxito de cualquier representacion, y cuesta tanto trabajo el infundir en todos los personajes aquella unidad que forma la ilusion del teatro y el interés de los espectadores. Supongamos por un momento que un actor equivoca su salida presentándose antes de tiempo en la escena. Al momento reconoce su falta, se aturde, vacila, tiembla; nada tiene que contestar al personaje que habla: este cree haber equivocado su relacion cuando el otro está delante porque lo que dice no debiera escucharlo: ambos se confunden, el diálogo se interrumpe, las demostraciones del público aumentan su confusion y todo se ha perdido. Igual desgracia acontecerá si un personaje se coloca á la derecha en vez de colocarse á la izquierda del otro que ha de dirigirle la palabra. Este puede muy bien volver la cabeza y dirigir la accion al lado opuesto del en que se encuentra aquel, lo que producirá indispensablemente un efecto desagradable que no podrá menos de escitar la risa de los es-

pectadores. Hasta el apuntador ha de observar sus reglas particulares, y sobre todo no ha de pronunciar una palabra que no sea de la relacion, ni interrumpir ni alterar el órden del diálogo. Cualquiera advertencia que haga á un actor, cualquiera expresion que le sugiera la impaciencia, puede comprometer el éxito del drama y aun la reputacion del cómico. Dias pasados uno de mis condiscípulos (continuó Bautista) se hallaba en la escena y en lo mas interesante del diálogo le abandonó la memoria y se quedó parado. El apuntador le dió la palabra por dos veces; pero sea que la turbacion no le dejase comprender, ó que no llegase á suoido realmente, lo cierto es que el pobre muchacho permanecia sin acertar á pronunciar una sílaba hasta que el apuntador algo incomodado le dijo en tono mas subido *vamos bobo*, y vamos bobo repitió el muchacho en el tono de su declamacion, sin reparar en que aquellas palabras lejos de ser de la comedia, solo podian referirse á él personalmente. El público prorumpió en una carcajada estrepitosa, y el desgraciado muchacho conoció aunque tarde su funesta equivocacion.

Nuestra educacion artística exije por tanto mucho estudio y mucha aplicacion. Y aun cuando lleva en pos de sí las incomodidades y los disgustos que son consiguientes, ofrece desde luego cierto género de recompensas que en otras carreras, en otras profesiones solo se alcanzan despues de haber llegado á la perfeccion. Vosotros los estudiantes, si adquirís un premio, si habeis obtenido la nota de sobresaliente en un exámen, habreis observado que vuestra gloria no sale de entre las paredes de la cátedra sino para fijarse en el círculo de vuestra familia. Nosotros cuando nos presentamos al público poseidos del papel que cada uno representa, y con la soltura y el desembarazo que son propios de esta seguridad, no solo conseguimos el aprecio de nuestros maestros, sino tambien el aplauso y los

elogios de infinidad de personas que en saliendo del teatro transmiten de boca en boca nuestra reputacion y nuestro nombre. La noche en que un actor es aplaudido del público, no es la noche, es el dia de su triunfo: mil personas lo celebran y luego dos mil, y luego tres mil, y despues todo un pueblo, toda la corte, dentro de poco la mayor parte de la Nacion, y mas adelante el nombre del actor distinguido suele repetirse con entusiasmo en toda Europa. El cómico es el artista privilegiado que á cada momento tiene la ocasion de hacer conocer su instruccion particular y sus buenos modales; con una y otra circunstancia puede captarse la benevolencia del público que le paga y le aplaude á la vez: sus producciones tienen un valor reconocido que nadie pone en duda cuando se trata de tomar un billete para presenciar una funcion nueva. Pasaron para no volver jamas aquellos tiempos de triste recuerdo en que esta profesion honrosa y distinguida era mirada con insultante desprecio: hoy se hace justicia al mérito allí donde se encuentra, y en pocas carreras se halla mas pronto y mas frecuentemente que en esta profesion.

Asi se explicaba nuestro jóven cómico acerca de la carrera que habia abrazado: asi demostraba la aficion con que la habia emprendido y la fé que tenia en el porvenir de la misma, todo lo cual hacia concebir la esperanza de los progresos que debia hacer en ella. Acabada esta relacion que habiamos escuchado con complacencia, nos condujo al interior del escenario cuya vista produjo en mi alma una impresion que no acertaré á explicar. Aquella perspectiva suntuosa que yo acababa de admirar desde mi asiento en el salon, no era mas que un conjunto desordenado á mi parecer de gruesas pinceladas que hacian de cerca un efecto desagradable; aquellas hermosas macetas del jardin eran unos borrones asquerosos. Aquella montaña que

se divisaba en lontananza, y cuya cumbre parecia elevarse hasta el cielo, al través de un horizonte delicioso, era una línea irregular que yo tocaba con el dedo y no pasaba de la altura de mis hombros. Todo era allí tosco é imperfecto. La maquinaria que yo suponia un portento maravilloso, estaba reducida á una infinidad de cuerdas, poleas, bastidores y telones de lienzo ordinario. Fuera de la escena en la parte interior habia grande oscuridad, algun cabo de vela de sebo suministraba escasa luz en determinado sitio, lo demas se hallaba como en tinieblas... Tal era la vista interior del teatro. Confieso que mi ilusion quedó desvanecida y perdí la esperanza de volver á encontrar placer en la representacion de una comedia. Sin embargo, á pocos dias tuve ocasion de volver al teatro, se ejecutaba una funcion nueva, en la que Bautista tambien hacia su papel, y no obstante quedé muy complacido: la imaginacion preocupada de las impresiones que le eran transmitidas por la vista del momento, no daba acogida á la idea que habia formado anteriormente, y yo disfrutaba de la misma ilusion, del mismo efecto que la vez primera.

Por desgracia dentro de poco tiempo aquel establecimiento donde Bautista recibia su educacion, dejó de existir y nuestro jóven cómico, exhortado por hombres inteligentes, y auxiliado por su protector, salió de España con el fin de recorrer los principales teatros de Europa. Bautista tenia mucha aficion á su carrera y descubria las disposiciones mas brillantes.... Bautista continuará sus adelantos, perfeccionará sus conocimientos, y llegará á ser un dia digno sucesor de los artistas españoles de que ya dejamos hecha referencia. Esta profesion como todas exije vocacion y despejado talento de parte del individuo que se proponga hacer progresos en ella. Bautista no hubiera salido jamas de la esfera de un miserable y ridículo payaso.... mas con el

auxilio de una educacion especial, vendrá á ser un cómico de reputacion distinguida.

La aplicacion, la laboriosidad y el amor al estudio obtienen siempre una justa recompensa.

J. Avrial lit. de Bachiller

EL PASTORCITO.

EL PASTOR.

No deja de necesitarse audacia para emprender la obra que he acometido. Escribir un artículo de algun interés, un pobre colegial, un principiante en la carrera de las letras, es empresa no menos difícil que arriesgada. Pero si he dado principio á este trabajo no es porque desconozca los inconvenientes de su misma naturaleza ni mi propia insuficiencia: he contado sobre todo con la indulgencia del público..... ¿me será negada? ¿me habré equivocado tal vez si he llegado á pensar que la escasez de talento puede suplirse de algun modo con el sentimiento de cariño que cada uno conserva hácia el pueblo que le vió nacer, y si he creido que este afecto patriótico ha de proporcionarme la benevolencia de mis lectores y servir ante sus ojos de excusa á mis defectos?..... ¡es tan dulce á un pobre desterrado hablar de su pais, dirigir un instante sus miradas y su imaginacion hácia aquel lugar donde ha pasado entre los placeres inocentes de la niñez los dias mas felices de su vida!.....

Cierto que Madrid es una poblacion hermosa, grande y rica; sin embargo, Madrid no es para mi otra cosa que el lugar de mi destierro.

Difícil me seria daros una idea exacta de la pena y el dolor que sufrí en el momento en que me separaron de mis queridas montañas, en aquel momento en que obligado á abandonar los matorrales y las rocas, me despedia con las lágrimas en los ojos de aquellos sitios por donde habia dado los primeros pasos vacilantes de mi infancia. ¡Oh! allí todo era contento y alegría; aquí todo es tristeza para mi. ¿Cuándo llegará el dia en que vuelva á disfrutar de tantos placeres reunidos? ¡Cómo se dilatará mi alma y palpitará tranquilo mi corazon cuando me halle otra vez sobre la altura de una colina haciendo resonar en los bosques el eco del parche de mi sonoro tamboril!

Al emprender mi viaje para la corte, todos mis compañeros envidiaban mi suerte y me decian: dichoso tu que vas á Madrid, porque para ellos es Madrid un simulacro de la gloria donde se encuentran las realidades de aquellas ilusiones fantásticas que forman el asunto principal de las historietas y los cuentos que diariamente se refieren entre los pastores durante las horas de la siesta en la temporada del verano; mas yo he tocado la verdad y adquirido el triste convencimiento de haber dejado en mi pais todas mis afecciones por habitar otro pais que miro como extranjero.

La reclusion cuasi absoluta, la disciplina rigurosa á que he debido someterme desde mi llegada á la pension no podian menos de ser perjudiciales. Acostumbrado hasta entonces á una vida libre y á una situacion errante, considero con pesadumbre el aspecto sombrío del colegio. ¡Ah, ¡qué bella y qué hermosa se ofrece ahora á mi imaginacion la naturaleza con sus irregularidades sublimes! El estrepitoso ruido de una orquesta, la decoracion mas sorprendente de un teatro,

el aplaudido efecto de un concierto, todo es nada á mi imaginacion, que me presenta con exactitud los encantos y las delicias de una mañana de primavera en los risueños valles de mi pueblo. Cuando yo me considero recostado muellemente sobre la verde y matizada alfombra de una pradera, á la orilla de una fuente ó de un cristalino arroyuelo, mientras el sol que aparece en el horizonte baña las cumbres y los cerros, y dorando las copas de los pinos, infunde á la naturaleza el espíritu de su animacion, y los pajarillos cantan saltando alegres de uno en otro árbol, y las flores abren sus capullos y despiden su delicioso aroma, entonces soy por un momento feliz, porque la ilusion grata de aquellos goces apreciables me tiene absorto y moralmente separado del caos en que realmente habito; mas bien pronto por desgracia el corazon se oprime de nuevo, y todos los accidentes que concurren á formar mi desventura, se presentan sucesivamente á mi memoria de una manera clara y palpable.

Mi padre que desde pequeñito me habia destinado á la vida de pastor solo con el fin de robustecer mi naturaleza, habia comprendido perfectamente lo sensible que me era abandonar el hogar doméstico y las costumbres campestres, y por eso quiso mitigar este mismo sentimiento y atenuar el pesar que me causaba ofreciéndome el permiso de volver á casa en la época en que los rebaños merinos pasan por la corte para dirigirse á las Castillas durante la temporada del verano. Excusado es manifestaros cuan poco se apartaria de mi memoria la idea de tan halagüeña promesa. Llegó por fin la época en que principian á aproximarse á Madrid los mencionados rebaños y ni una mañana siquiera, dejaba yo de llegarme á la Tela (1)

(1) Sitio extramuros de la corte donde suelen pernoctar á su paso los rebaños de merinas.

donde encontraba siempre alguno, pero no cabalmente los que buscaba, hasta que cierto dia un pastor me reconoce, viene hácia mí, me saluda con expresion y me dice con cándida sencillez: »ya estamos aqui, mañana continuamos nuestra ruta. ¿Usted vendrá con nosotros? tenemos órden de su padre para conducirlo á caballo en una buena yegua que traemos en el hato » Estas insinuaciones me hicieron saltar de gozo y prorumpir en otras demostraciones de alegría. José era tan bueno, el pobre José jamas me habia parecido tan amable. En fin, llegó la noche y fué preciso que yo me proveyera de un traje análogo al de los pastores, con quienes iba á emprender mi viaje. Al dia siguiente no hubo necesidad de avisarme. Media hora antes de la que tenia por costumbre levantarme de la cama, me habia arrojado de ella y antes que el zagal viniera á darme aviso ya estaba yo fuera de la puerta de Segovia dispuesto á montar á caballo. Fiel mi compañero inseparable seguia todos mis pasos dando muestras de alegría y de contento. Este precioso animal no solo por la fidelidad que le distingue sino tambien por la belleza de sus formas que le hacian el mas hermoso mastin de cuantos llevan carlancas en la sierra, movia la cola sin cesar y saltaba á mi rededor continuamente.

Los rebaños estaban reunidos y los pastores colocados al frente; á los costados y detras de sus manadas respectivas. Cada una de estas se distinguia por la marca especial de su dueño, y cada rebaño tenia su dotacion correspondiente de perros guardadores y de caballerías para conducir el hato.

Estos rebaños se compondrian de unas dos mil cabezas. El que se hallaba el primero en la direccion del camino de Castilla á la señal de un silbido y de las voces del pastor, se vió colocado repentinamente en el órden. de la marcha. Es de admirar la exactitnd y la precision con que los animales de diversa especie que for-

man parte de estas expediciones ocupan siempre su sitio respectivo. Ocho ó diez mansos con sus grandes esquilones y su cara venerable son los que forman la guia y llevan la direccion de todos los rebaños. Algunos mastines con collares de hierro marchan á vanguardia como en descubierta, otros á los costados de los rebaños, y algunos mas siguen á retaguardia mezclados con las caballerías que forman una especie de brigada con destino á la conduccion de los víveres necesarios. Un pastor precede siempre á los mansos y es quien dirige los movimientos de la marcha. Para que los corderos, las obejas que le siguen queden parados donde convenga, no debe hacer otra cosa que obligar á pararse á los mansos y hacer á estos la señal de su marcha para que todo el rebaño le siga. Dejóse oir esta en el momento que yo me encontraba ya á caballo, y bien pronto emprendimos el movimiento al monótono compás de las esquilas y los cencerros mezclados alternativamente con el eco de balidos infinitos, En este órden caminamos todo el dia. Los pastores entonaban de cuando en cuando sus cantares con cierta cadencia análoga al detenido compás de los cencerros. Hicimos alto por fin, y al momento ví colocar el aparato de cocina pastoril del cual pendia un gran caldero. Luego comimos nuestras migas, una fritada de carne y la indispensable sopa de leche. Deliciosa fué para mi aquella noche en que durmiendo á pierna suelta no me impacientaba la idea de la leccion ni del severo semblante del maestro. Encontrábame en el elemento en que nací, y mi alma estaba embriagada de delicias.

Al salir el sol emprendimos de nuevo nuestro viaje y otro tanto se repetia los demas dias, hasta que llegamos al fin á la Sierra de Cameros donde estaba el pueblo de la residencia de mis padres. Salieron estos á recibirnos, y ya podeis figuraros cual seria mi satisfac-

cion. En aquel momento no hubiera yo trocado mi felicidad por todas las riquezas del mundo. La vida pastoril tenia para mí muchos mas atractivos que la vida del colegio, y es que me ofrecia mas libertad, mas independencia, y que yo ignoraba los beneficios que debia reportarme la carrera de las letras, aun cuando algun dia llegase á ser tambien como mi padre un pastor propietario.

La vida de los pastores tiene mas de monótona que de fatigante. Desde el dia en que vuelven con sus ganados al pais hasta la época del esquileo, y lo mismo cuando los conducen pasado el calor á otro clima mas templado; solo deben ocuparse en dirigir los rebaños á las praderas inmediatas hasta la hora de la siesta, repitiendo igual operacion por la tarde. Por la mañana cuecen la leche y la preparan á la fabricacion de los quesos. Nada importa que se separen algun tanto del ganado con tal que no le pierdan de vista para recorrer las montañas vecinas. Este constante ejercicio y la pureza del aire que respiran, asi como la frugalidad de sus alimentos, dan á su naturaleza un vigor extraordinario que acelera el completo desarrollo de sus facultades físicas. A los trece ó catorce años se encuentran por lo general con las fuerzas y la estatura del hombre mas robusto que habita en las ciudades. Los domingos bajan alternativamente á las aldeas y se mezclan alegres en los bailes y las danzas con las jóvenes del pueblo. Esta diversion es para ellos el privilegiado objeto de sus afanes, y la distraccion mas completa á que se entregan.

Cierto dia de los mas calorosos del mes de junio se encontraba el rabadan José pasando la hora de la siesta á la sombra de un frondoso pino, los otros pastores estaban sentados á su rededor, y él les dirigió la palabra de esta manera: — Mirad aquella cabaña que al pie de la cumbre se encuentra en medio de aquel

matorral espeso: Ella es el patrimonio del anciano Rivaroz, y la única herencia de sus dos hijos Manuel y Andrés. La historia de estos pastores es bien interesante y yo voy á referírosla.

MANUEL Y ANDRES.

Rivaroz, á pesar de su vejez trabajaba todavía, y merced á la economía con que vive y á la sobriedad con que se alimenta, puede atender á la subsistencia de sus dos queridos hijos Manuel y Andres, que constituyen el todo de su familia. Manuel que es el mayor hace algun tiempo que se dedicaba á guardar los rebaños de su amo, y ayudaba aunque bien poco, á cubrir las obligaciones de su buen padre. Andres cuando tenia trece años nada ganaba aun. El trabajo de Rivaroz era indispensable por consiguiente á su familia; mas el suceso que voy á referiros pudo causar la desgracia de toda ella.

Cualquiera que vea á Rivaroz, que observe su fuerte estructura, su cuerpo derecho como el de un muchacho, aquella mirada viva y penetrante, creerá que todavía le restan muchos años de vida con el vigor y la fortaleza propia de la juventud. Pero en realidad estas apariencias son por cierto bien engañosas porque examinándole con atencion se observa que sus movimientos carecen de energía, y que á pesar de su

MANUEL Y ANDRES.

esvelto talle tiemblan sus manos, falsean sus piernas sin cesar, y necesita de grandes y costosos esfuerzos para levantarse temprano y dedicarse al trabajo de cada dia. Las excesivas fatigas, las crueles privaciones y sensibles disgustos han debilitado antes de tiempo su fuerte constitucion. El conoce que sus facultades físicas se disminuyen por momentos, y teme con razon que dentro de bien poco se verá privado tal vez de dedicarse á ningun género de trabajo, en cuyo caso perecerá víctima de la mas terrible indigencia. Yo me compadezco de su situacion, y vosotros extrañareis como él no reclama los auxilios de sus amigos. Pero Rivaroz es sumamente pundonoroso para hacernos saber los rigores de su miseria, y sufre y padece en silencio, y sus hijos le imitan. Entretanto Manuel descubre una actividad extraordinaria y un excesivo amor al trabajo. Ademas del cuidado del rebaño que se le confia se ha hecho un cazador perfecto, y diariamente manda á la poblacion á vender su caza; cuyo producto es destinado al alivio de su familia; no obstante, á pesar de sus esfuerzos va en aumento la miseria de esta y el triste semblante de este infeliz muchacho da clara idea del cruel pesar que aflije su corazon, porque ha perdido la esperanza sin duda de luchar con ventajas contra la pobreza que agobia á su familia. Andres no está al lado de su padre, y voy á manifestaros el motivo.

Un dia en que Manuel se habia alejado cazando por la montaña mas de lo que tenia de costumbre, se encontró con una cuadrilla de hombres armados y entabló conversacion con ellos. Esta fué haciéndose cada vez mas interesante, y duró hasta una hora avanzada de la noche. Al dia siguiente Manuel habia desaparecido. Pasaron otros dias despues sin que nada se supiese de este jóven cuya imprevista ausencia tenia llena de dolor y consternada á su desgraciada familia:::: ¿Qué será del pobre muchacho? :::: Manuel; el sosten

y la esperanza de su anciano padre, el director y el apoyo de su querido hermano, el objeto del amor de entrambos! nadie lo sabe. Andres abatido y lleno de sentimiento se acerca á nosotros para referirnos la causa de su pesar, indicando al mismo tiempo la triste posicion de su querido padre. Corrimos al socorro del anciano facilitándole algunos auxilios, y si hubiéramos sido ricos le hubiésemos dejado nadando en la abundancia. — ¿ Y Manuel ? ¿ dónde está Manuel? repetia á cada instante con un acento que era la expresion del dolor y de la inquietud mas amarga. Andres habia resuelto buscar á su hermano por todas partes. Decidido con este objeto á recorrer las montañas y no parar hasta encontrarle, aunque fuera preciso salir de ellas, llena su morral de provisiones, toma su cayado y emprende su camino. Rivaroz no habia intentado detenerle porque lloraba sin cesar la ausencia misteriosa de su hijo Manuel. Andres no podia vivir sin su hermano, y partió acompañado de las bendiciones de su padre y de las alabanzas de sus amigos. Algunos dias pasaron sin recibir la menor noticia del uno ni del otro. Hasta que una mañana vimos pasar por el camino próximo un carro cargado de prisioneros, y escoltado por una partida de caballería. La curiosidad nos hizo descender de la montaña para examinar de cerca aquellos desgraciados, pero cual sería nuestra admiracion y nuestra sorpresa cuando reconocimos entre los prisioneros al pobre Andres, aquel infeliz muchacho que dias antes habia salido en busca de su hermano. ¿ Qué habrá hecho este infeliz para ser tratado de tan cruel manera ? Nuestra imaginacion vagaba en conjeturas, cuando de repente oimos un gran grito y vimos que un hombre á todo correr se dirigia hácia el carro, y precipitándose entre los caballos de la escolta y las mulas del tiro gritaba con desesperacion : »¡Andres! ¡Andres! ¡hermano mio, de-

jad á mi hermano, volvédmele! ::::»—Este hombre era Manuel, en efecto, que reclamaba á su hermano. Los soldados le rechazaron con fiereza, continuaron su camino, mientras que del interior del carruaje salia una voz que decia:— »Manuel, vuelve á casa de nuestro padre, ocúltale mi situacion, y procura el alivio de la suya: prolonga los dias de su existencia: él necesita de tí, á Dios.» Manuel que veía alejarse el carro sin esperanza de abrazar á su hermano, cayó en el suelo privado de sentido, nosotros corrimos á su socorro, y dentro de pocos instantes le volvimos á la vida.

"¡Andres! ¡hermano mio! ¡Oh amigos, si supierais!::::» —Tales fueron sus primeras palabras, y luego que se hubo serenado un poco, sentado en un ribazo nos habló de esta manera.

"Yo habia abandonado el cuidado de los rebaños porque veía que este trabajo lejos de bastar á cubrir las necesidades de nuestra familia, daba lugar á que la miseria se apoderase de nuestra cabaña, y que mi pobre padre arrastrase una existencia penosa cuando su edad y sus achaques reclamaban la tranquilidad y el reposo que no puede existir donde prevalece la indigencia. ¿Qué habia yo de hacer? Aqui no habia medio de mejorar de situacion: estaba desesperado cuando me encontré con una partida de contrabandistas que haciendo la pintura mas interesante de su vida y sus costumbres, me ofrecieron las seguridades mas completas de una utilidad prodigiosa. Acepté sus insinuaciones con el fin de contribuir prontamente á mejorar la suerte de mi desgraciada familia, y desde luego me hice contrabandista. El contrabando no es reputado entre ellos como una profesion vergonzosa, ni aun tiene entre nosotros el concepto de criminal, que en todo caso hubiera bastado á separarme de la compañía de aquellos hombres; sin embargo, la vida del contrabandista está llena de riesgos, porque las leyes del pais prohiben esta

especie de comercio, y los que á él se dedican, sin un momento de reposo se hallan precisados á hacer uso á cada instante de sus armas poniendo en riesgo la vida. Los primeros dias pasaron sin contratiempo; pero en el momento de cojer el fruto de nuestros afanes con el que ya me prometia hacer la felicidad de mi familia, fuimos sorprendidos por el resguardo. Trabóse una pelea terrible entre una y otra parte, y aunque nosotros éramos menos en número, no cedimos hasta apurar los cartuchos. Yo acababa de disparar el último tiro cuando me sentí herido y tuve que echar á correr. En este instante oigo un acento que penetra hasta lo interior de mi corazon: era la voz de Andres que habia salido al encuentro, de Andres, que me buscaba y cuya sorpresa al verme herido, no podré yo pintaros exactamente: — Andres (le dije sin parar mi carrera) »déjame huir que me persiguen: soy contrabandista!»— ¡Dejarte marchar! no, no es posible, abandonarte asi cuando tu sufres, cuando estás herido! ¡Ah! no, no de ninguna manera; yo le rogaba, le suplicaba que me dejase marchar, pero todo era inútil. Entre tanto yo sentia que mis fuerzas se debilitaban con la sangre que derramaba la herida, los objetos se obscurecian á mi vista, y caí sin sentido en los brazos de mi hermano, y cuando volví de mi desmayo me encontré solo en el centro de un barranco. Una camisa hecha pedazos y rodeada al cuerpo, oprimia la herida y habia restañado la sangre. Un morral con algunas provisiones se hallaba á mi lado y un cayado tambien. ¡Ah! era la camisa y el cayado de mi hermano! Le llamé varias veces y nadie me respondia.. ¿Dónde estará Andres? me preguntaba á mí mismo. Quise incorporarme y no me fué posible, la debilidad me habia dejado sin fuerzas.... Una semana entera pasé en tal estado sin poder dar un paso por la montaña. ¡Qué largos me parecian los dias! ¡qué noches tan eternas!.... En fin, aunque con

trabajo al cabo de este tiempo, conseguí trepar por aquellos cerros, pregunté por mi hermano á unos pastores, y supe que habia sido conducido preso por contrabandista!... » Escuchamos, no sin derramar lágrimas la precedente historia que Manuel acababa de referir con la expresion del sentimiento.»

De entonces acá Manuel continúa melancólico y taciturno, no habla sino de su hermano Andres, ni quiere oir hablar de otra cosa.»

Asi concluyó el rabadan José su narracion, dejándonos con el deseo de saber cual fue la suerte del generoso Andres porque él mismo lo ignoraba...

Concluyó la temporada de las vacaciones... Volví á mi colegio, y en todas las cartas que dirigia á mi padre le preguntaba por Andres con la mayor impaciencia, hasta que últimamente he recibido la en que entre otras cosas me dice lo siguiente.

» Tu me preguntas, querido niño, cual ha sido la suerte de Andres Rivaroz, pues mira: » Los buenos modales, la dulzura de su carácter y las demas circunstancias recomendables, le dieron un lugar preferente entre los demas prisioneros. El juez de la causa le cobró un interés decidido, y trató de disminuir el grado de la criminalidad que se le imputaba, exortándole á que declarase las circunstancias atenuantes del desliz en que habia incurrido, tomando parte con los contrabandistas, y confesase los verdaderos motivos que le habian hecho comparecer en el acto de la derrota. Pero todo era en vano. Aunque nadie hubiera podido probarle la ejecucion de una falta que no habia cometido, persistia sin embargo en declarar que él era el verdadero contrabandista, y hablando como hubiera hablado su hermano, manifestaba ante el tribunal la necesidad en que se habia visto de hacer el contrabando para impedir que su anciano padre pereciese de miseria. Esta declaracion sencilla, pero altamente ex-

presiva y significante excitaba en el corazon de los jueces el sentimiento de la compasion, y contribuyó un poco á dulcificar la pena que imponen las leyes del reino al que es cogido con las armas en la mano, con perjuicio de los intereses de la Hacienda pública. Fué sentenciado á una corta reclusion que era el castigo menor que se podia imponer en tal caso. Ahora ya está en libertad, vive en el seno de su familia, y es el consuelo de su padre y la delicia de su hermano. Aquí hemos admirado todos la conducta de este jóven virtuoso hasta el heroismo: los mejor acomodados le hemos hecho algun obsequio: cada cual le ha regalado un par de obejas y alguna cabra. Andres hace prosperar su rebaño que se aumenta considerablemente, y produce lo bastante para atender á la cómoda subsistencia de su familia. Rivaroz es ya dueño de mas de cien cabezas de ganado merino, y todo lo debe á la generosa accion de su virtuoso hijo. En la cabaña paternal resplandece la alegría. La abundancia y la felicidad han reemplazado en ella la miseria y el disgusto. En cuanto pone su mano Andres, otro tanto prospera y prevalece porque la Providencia divina vela por la conservacion de los hombres justos, y bendice los pasos de los buenos hijos.

J. Arrial lit. Lit. de Bachelt

EL LEÑADOR.

EL LEÑADOR.

No falta quien asegura que un pobre leñador es la expresion mas completa de la miseria humana. En efecto, nada hay mas triste que el pais donde habitan estas familias y las chozas miserables en donde se guarecen del rigor del la intemperie. No hay que buscar en sus inmediaciones los vestigios de la civilizacion. La inteligencia de estos habitantes permanece sin cultivo, y mueren por lo general sumergidos en la ignorancia: su carácter es tan sombrío y melancólico como los sitios en que moran, en los cuales la naturaleza se presenta siempre la misma, siempre melancólica. Alli reina un silencio espantoso que solo se interrumpe durante la noche por los ahullidos de los lobos y el ruido que forman los vientos al pasar con violencia al través de las espesas ramas de los pinos que les rodean y de las paredes imperfectas de sus chozas miserables. En el interior de estas, solo se en-

cuentra un monton de heno ó de hoja seca que les sirve de cama, y una piedra tosca sobre la cual encienden sus hogueras para condimentar el frugal alimento y mitigar la impresion desagradable del riguroso frio del invierno. El pan de maiz ó de centeno, algunas batatas cocidas ó asadas, y tal cual potage de habas ó de lentejas, forman las delicias de su mesa:::: ¡Ah, y cuántas fatigas cuántos trabajos les cuesta adquirir el referido alimento!

El pequeño leñador se ve precisado desde que amanece el dia á abandonar el sueño para seguir á su padre y ayudarle en sus trabajos. Mientras este se ocupa en derribar un árbol á los golpes de su hacha, el infeliz muchacho se dedica con afan á recoger las raices de algun pino que el huracan ha arrancado de la tierra, y con estas y algunas ramas secas que recoge forma su hacecito que llegada la noche conduce sobre su espalda. Si su padre tiene la fortuna de poseer un borriquillo ó una carreta con su par de vacas, es el pequeño leñador quien tiene el encargo de llevar á vender su leña á los mercados vecinos. Entonces con el producto de esta industria, compra lo mas necesario para su subsistencia y regresa á su choza alimentado con un pedazo de pan y un cacho de cebolla. En la temporada de invierno mientras que las nieves y las ventiscas no les permiten salir de la cabaña, los leñadores suelen ocuparse en fabricar aros y gamellas que venden llegada la primavera á un precio muy pequeño. ¡Hé aqui descrito el cuadro de una triste existencia monótona siempre, siempre la misma!... No creais sin embargo que carece de algunos goces apreciables, no. Ellos son pobres, muy pobres, pero tienen la dicha de amarse mútuamente. El padre está gozoso de una caricia de su hijo, y el hijo muy contento de una mirada alegre de su padre ó de un beso cariñoso de su madre. El lecho en que descansan es bien duro, pero

el sueño á que se entregan es tranquilo; ni la ambicion, ni los remordimientos, ni la envidia lo interrumpen, porque si bien es cierto que los bienes que poseen son muy limitados, tambien es verdad que sus deseos y sus necesidades lo son mas todavía. Concluido el trabajo penoso de un dia, el pequeño leñador sabe que tiene que agradecer á Dios, y que esperar de su bondad infinita algunos auxilios ulteriores. Dios proteje á sus criaturas y cuida de aquellas que parecen mas abandonadas para proporcionarles los dulces consuelos que suelen ser desconocidos de los ricos y de los grandes de la tierra.

Una pobre y honesta familia de leñadores habitaba en lo mas espeso de uno de los bosques principales en las montañas del Norte de la Península. Componíanla el padre, la madre y dos niños, de los cuales el mayor que tenia doce años se llamaba Pedro, y con el nombre de Gerónimo, se conocia el otro que acababa de cumplir cuatro años solamente. Pedro se distinguia por el tierno afecto que profesaba á su hermanito. La amistad que reinaba entre ambos era tan íntima que causaba admiracion á todos cuantos tenian noticia de él; vivian pues estos cuatro seres privilegiados sino en medio de la abundancia, al menos en el seno de la paz. Sin embargo, esta fue alterada cierto dia por un suceso fatal que hubo de causarles muchos disgustos. En el acto de cortar el tronco de una robusta encina, dió el padre con su hacha un golpe en vago y se hirió gravemente en la pierna; no es posible esplicar las demostraciones de dolor á que Pedro se entregaba, cuando oyendo el ay en que prorrumpió su padre, volvióse hácia el y vió correr su sangre en abundancia por la herida. En tan crítico momento no debia perderse un instante, y Pedro rasgó su camisa y curó con ella y lió la pierna de su padre: á poco rato condujo á este apoyado sobre su espalda

hasta la choza en que debia recibir los auxilios que le prodigára el cariño de su esposa. La herida si bien era de considerable extension, no habia penetrado tanto que dejase de ofrecer las esperanzas de absoluta curacion; sin embargo, reclamaba mucha quietud, y no le permitia salir de la cama en mucho tiempo. Sucedia esto en el otoño, época en la que por lo general los trabajos de los leñadores, son mas productivos y mas frecuentes. Imposibilitado de trabajar el padre, la ruina de toda la familia era consiguiente. ¡Qué desconsuelo infundia en el corazon de aquellos desgraciados la idea horrible de su triste porvenir! Pedro se esforzaba en vano en consolar á su padre y á su madre: estos infelices esposos conocian por la experiencia el rigor de su suerte y la dificultad de mejorarla. A cada instante la afliccion y la pesadumbre hacia asomar lágrimas á sus ojos, y aquella cabaña donde hasta entonces habian resonado de contínuo solamente los suaves acentos del amor conyugal y de las caricias fraternales, era ya el teatro del dolor donde solo se escuchaban gemidos y lamentos. El amor filial sugirió á Pedro una resolucion que debió calmar algun tanto los temores de la familia.—Padre mio, exclamó el muchacho, ya voy siendo grande, y me encuentro con fuerzas superiores á mi edad: no dudo que poniendo un poco de mi parte podré concluir el trabajo que habeis comenzado, y tendremos de esta manera lo necesario para pasar el invierno, y atender á la curacion de vuestra herida.. Con que no aflijirse, porque estoy resuelto á trabajar con ardor y con coraje.—Pedro, te engañas indudablemente, eres muy jóven todavía, hijo mio, tu no podrás:::::—Que si vaya, padre, yo emplearé mas tiempo que V.; pero al fin conseguiré mi objeto.—Yo te aseguro que lo veo imposible, ademas puedes herirte fácilmente con el hacha, y entonces en lugar de un enfermo tendremos dos y se aumentará el conflicto y la infelicidad de la

familia.—Que no, padre, tengamos esperanza en Dios que él me protejerá.—El padre lloraba de alegría al considerar que tenia un hijo tan virtuoso. Pedro, consecuente en su resolucion, al amanecer del dia siguiente tomando un pedazo de pan debajo del brazo y cargando al hombro la hacha de su padre, se preparaba á salir de la cabaña para comenzar su trabajo: pero Gerónimo que le habia visto le detuvo para decirle.—¿A dónde vas, hermano?—A trabajar al monte.—¿Sin que yo te acompañe?—Sí, es preciso que te quedes con padre, que estés á su lado para cuidar de él.—Eso ya lo hará madre.—Sí, pero como sale alguna vez, habrá de dejarlo solo.—Ya sabes que desde que está enfermo no lo abandona un instante. Ademas, yo quiero hacer lo mismo que tú, quiero trabajar tambien para ganar nuestro sustento.—En fin, no lo puedo permitir si padre no accede á tus deseos.—Deja, Pedro, que vaya contigo; exclamó el padre que escuchaba esta conversacion desde su cama; tiene razon, no debe quedarse en casa para no hacer nada, mientras tú vas á trabajar para todos nosotros: él te ayudará.

Pedro no deseaba sin embargo otra cosa que llevar á su lado á su querido hermanito. Abrazaron ambos á su padre y partieron llenos de gozo con la idea de hacer alguna cosa en provecho de su familia. Estimulábanse mútuamente al trabajo, y el pequeño decia con frecuencia al mayor: —Descansa un poco, hermano, estás ya muy fatigado y lleno de sudor.— Es preciso hacer algun esfuerzo, sino jamas concluiria el trabajo.—Sí; pero ya sabes que padre te ha dicho que no hagas mas de lo que puedas; si trabajas demasiado, se lo diré y te regañará. Pedro descansaba un poco por dar gusto á su hermano, y emprendía de nuevo su trabajo con doble coraje. Esta escena se repetia muchos dias seguidos; el padre y la madre estaban ad-

mirados de los progresos que Pedro hacia en el trabajo. Este abrazando á su padre alguna vez le decia: —Ya veis como voy creciendo, mis fuerzas ademas se aumentan cada dia, ¡ah! ¡no os dé cuidado!

Avanzaba la estacion naturalmente, el frio del invierno se dejaba ya sentir, los dias eran cada vez mas cortos, y cada dia anochecia mas temprano en el interior de los bosques. Una tarde que Pedro estaba trabajando algo mas distante de lo que tenia de costumbre distraido con el afan de adelantar en su obra, dejó de trabajar despues de la hora en que solia hacerlo de ordinario; sin embargo, creia que aun tendria tiempo de llegar á la choza antes de la noche; pero de repente se levanta un temporal terrible, y la oscuridad mas completa se esparce por todo el bosque. En vano los dos hermanos se apresuran; los árboles mas fuertes se estremecen y se encorban al ímpetu furioso de los vientos, la lluvia principia á caer sobre las hojas de los árboles, los relámpagos y los truenos aumentan el horror de la tempestad, una densa niebla cubre todo el bosque, cual si fuera un espeso velo rasgado de vez en cuando por el deslumbrante resplandor del rayo y de la centella, que sirve para hacer despues mas horrible la oscuridad que predomina. Inquietos y sobresaltados nuestros pequeños leñadores, apresuran su paso cuanto les es posible; pero á cada momento tropiezan con los troncos de los árboles y caen en medio de las malezas. Con las manos ensangrentadas huyen sin reflexion delante de la tempestad creyendo que aun podrán ganar terreno. Mas ¡ah! que una enorme roca les impide continuar su marcha y les hace convencer de que han equivocado el camino. Un pequeño hueco que forman las piedras de la misma ofrece á los dos hermanos un abrigo contra la tempestad, y guarécense en él creyendo que pasado el nublado les será fácil hallar todavía la senda que condu-

ce á su cabaña; pero la tempestad se prolonga, las horas pasan, el sueño y la fatiga cierran los párpados de Gerónimo, y el pequeño niño queda dormido en los brazos de su hermano. La lluvia habia aumentado el frio de la noche. Pedro observaba con compasion á su pobre hermanito que tiritaba de frio en medio de su sueño. ¿Mas qué podria hacer en su beneficio en situacion tan crítica? Quítase con cuidado la chaqueta y la extiende suavemente sobre el cuerpo de su hermano: aplica el rostro de este hácia su mismo pecho para comunicarle calor. Pedro no obstante tiene mucho frio; mas figurándose que de este modo podrá salvar tal vez la vida de su hermano, apenas siente el rigor de su propio sufrimiento. Durante esta larga y horrorosa noche, Pedro sin cerrar los ojos tenia el oido en acecho y la mano sobre el mango de la hacha, esperando el momento en que algun lobo hambriento se acercase para defender á toda costa la existencia de su querido hermano. En fin, la tempestad se disipó al amanecer del dia, y el sol principiaba ya á esparcir la claridad en el bosque destrozado. Emprenden su camino los dos hermanos, ¡mas oh, nuevo terror! aquel sitio es para ellos desconocido enteramente. Multitud de sendas se encaminan hácia una y otra parte: ellos no saben cual tomar ó si será mejor viajar sin seguir ninguna: entregados al acaso emprenden la marcha y siguen andando sin cesar..... El sol se encuentra ya á la mitad de su carrera sin que ellos conozcan el sitio donde estan; el dia se acaba, la noche vuelve..... las fuerzas de estos infelices se hallan medio extinguidas; Pedro ha dado á su hermano el último pedazo de pan que le quedaba.—¿Será preciso morir aqui? ¡vendremos á ser presa de los lobos!... ¡vamos! un poco de valor, hermanito. ¡Veamos si todavia podemos adelantar mas!..... dan algunos pasos... allá á lo lejos se descubre una dilatada

llanura, y mas lejos todavia el resplandor de la luz artificial.... el pequeñito ya no puede mas..... sin embargo, allí donde se descubre la luz hallarian indudablemente su socorro! Pedro carga con su hermano á la espalda, y con vacilante paso se adelanta y sigue marchando..... La luz se aumenta por grados á su vista..... ya está bien cerca, á la distancia de unos cincuenta pasos.... ¡pero las fuerzas de Pedro le bandonan y cae al suelo sin sentido! su hermanito le llama en vano... en vano quiere volverle á la vida con sus abrazos y sus lágrimas; dirígese como puede hácia la casa que descubre, y haciendo un esfuerzo por salvar á su hermano se acerca allí mismo donde el ha comprendido que Pedro queria llegar.....

Los que habitaban aquella casa apenas podian comprender lo que el infeliz niño queria decirles entre los sollozos que le ahogaban; sin embargo se deciden á seguirle y encuentran el pobre Pedro tendido sobre el suelo, sin conocimiento aun, y le conducen al palacio, (porque este era un palacio) y mientras que suministran á Pedro los auxilios necesarios, su hermanito Gerónimo refiere la historia que acabais de oir. La Condesa de S. B. á quien pertenecía el dominio de aquel territorio no pudo contener las lágrimas al escuchar de boca del niño tan interesante relacion, y se manifestó en extremo compadecida de la suerte del infeliz Pedro. Cuando este hubo recobrado sus fuerzas, la Condesa le ofreció cuidar de su educacion y de su suerte si queria permanecer en su compañia; mas Pedro no era de aquellos hijos que prefieren la abundancia y las comodidades á las tiernas caricias de su padre y de su madre: manifestó su gratitud á la Condesa y la dijo: *"que el queria mejor comer un pedazo de pan negro en el seno de su familia, que bizcochos lejos de ella"*

La Condesa elogió estos sentimientos y dispuso que

acompañados de un criado de la casa volviesen los niños á su choza, llevando al mismo tiempo el auxilio de su médico para que atendiese á la curacion de la herida del pobre leñador. No es fácil describir la alegria y el gozo que experimentaron los desgraciados padres de Pedro y Gerónimo al verlos entrar en su choza cuando creian haberlos perdido para siempre. Los besos, los abrazos, las lágrimas de alegría y las caricias mas tiernas se repetian sin cesar. El padre movido de un noble orgullo no podia contener las lágrimas al considerar la heróica conducta de su hijo Pedro, y sobre todo el acto de haber renunciado la felicidad que se le ofrecia por no separarse del lado de su familia. La Condesa llena de admiracion por la conducta de Pedro, habia cobrado grande interés hacia la suerte de su padre. Hizo construir una casa pequeña, pero cómoda, en medio del bosque que cedió á esta familia facilitándola ademas cuanto era necesario para el cultivo de un pequeño terreno que les cedió igualmente, con todo lo cual viven en el dia al abrigo de la indigencia.

¿No admirais como los arcanos de la Providencia son impenetrables, y como sus altos juicios tienen por objeto cambiar la suerte de los hombres, cuando parece que se deleita en hacer merecer los favores que prodiga?..... Si Pedro no hubiera sido tan buen hijo, no hubiera ido á trabajar tan jóven al monte; menos enérgico, menos perseverante, hubiera perecido tal vez en medio de la tempestad; si no hubiera sido tan buen hermano no hubiese adquirido la estimacion y el afecto de la Condesa. Asi es que por un órden inexplicable y digno de admiracion por sus resultados, los acontecimientos se suceden, se ligan y se encadenan de una manera imperceptible que une los reveses á la prosperidad y la prosperidad á los reveses; el hombre ignora la causa, y solo ve los efectos; que reconozca

pues el poder de la Suprema Inteligencia, y confie humildemente en la bondad y la justicia del que dirige los soles y los mundos... amará los padres y mostrarse reconocido á los bienes que hemos recibido de ellos, es un sentimiento sencillo y natural que no merece grandes elogios.—Imposible parece encontrar un niño tan mal nacido que niegue á sus padres el cariño y el respeto que les debe..... pero preferir como Pedro el amor filial al deslumbrante resplandor de la opulencia: desplegar como él una energía muy superior al vigor de su corta edad: hé aqui dos sentimientos nobles y generosos, dignos de la alabanza de los hombres y de los beneficios que el cielo les habia reservado.

tostada frente. De todos modos, él se ocupa sin cesar de las tareas rurales y pasa la mayor parte de su vida en el campo.

El Hijo del labrador sigue por lo comun las costumbres de su padre, y sus trabajos, aunque en miniatura son iguales enteramente. Hasta la edad de siete años sin embargo, sirve como de estorbo á su familia, inútil para todo, ocupa alguna vez la atencion y el cuidado de su madre, y eso que casi siempre se le ve arrastrarse por el corral ó por el patio, y revolcarse sobre el estiercol. De este modo llega á los cuatro ó cinco años, y su naturaleza se desarrolla maravillosamente: nada ha hecho todavía; pero está acostumbrado á ver practicar las mismas cosas cada dia. Asi es que conoce perfectamente cuál sea el pienso que se debe dar á las mulas, cuál el de los caballos, cuál el alimento que conviene á los cerdos, á los pollos, y á las gallinas. Los enseres de la labranza los conoce y distingue de la misma manera, y aun sabe el nombre propio de cada uno. Tambien conoce las épocas de la sementera, de la siega y de la vendimia. Nacido y criado entre las faenas de la labranza, le son familiares todos estos conocimientos. Cuando llega á la edad de trece ó catorce años, se encuentra dispuesto á auxiliar á su padre en las fatigas del campo. El aire libre que respira, los sencillos alimentos con que se nutre, y su ejercicio puramente material han acelerado el desenvolvimiento de sus facultades físicas, proporcionándole una envidiable robustez; pero sus trabajos no siguen un sistema fijo é invariable; debe sujetarse á las circunstancias de la estacion, y sobre todo á la voluntad de su padre, que le emplea en todo aquello en que puede ser mas útil por el momento. Levantarse á las cinco de la mañana para recorrer el establo, barrer el estiercol, limpiar los pesebres, examinar si alguna bestia se ha puesto mala y renovar á todas el pienso. En

seguida se dirije á la cocina, ayuda á su madre á mondar las batatas y á disponer los almuerzos. Luego saca agua del pozo, echa de comer á los cerdos y barre los portales. Al hijo del labrador corresponde tambien el cuidado de los mastines, guardianes de la granja, que le salen al encuentro y le colman de caricias: es un gusto ver á estos animalitos como demuestran á su manera, el afecto que tienen al muchacho. Los bueyes y las vacas conocen hasta su voz y sus pasos. Cuando entra por las mañanas en el establo, se mueven como con impaciencia y le reciben con suaves mujidos, volviendo hácia él sus grandes ojos. Los animales mas bravos de esta especie se dejan aproximar sin resistencia del hijo del labrador. El caballo de su padre relincha cuando se acerca y golpea el suelo con sus pies. El muchacho le habla, y el animal que le comprende sale detras, y sin brida y sin ramal se deja dirijir y aun castigar de este niño de doce años. No es de temer que el caballo se ensoberbezca ni se resista; tal vez haria uno ú otro con un hombre; pero se dejaria guiar dócilmente de un niño porque la obediencia en este caso no es un yugo que se le impone, sino una autoridad que él acepta. Si la alqueria ó la granja se halla situada cerca de alguna gran poblacion, el hijo del labrador habrá de ir una vez al menos cada semana á vender los productos de sus campos; pero antes es preciso que arregle y limpie dichos objetos; que quite la tierra á las batatas, los tronchos y las malas hojas á las berzas, las raices á las cebollas, y esta ocupacion, sobre las que tiene ya de ordinario, hace su posicion mas difícil y enojosa, porque se acuesta á las doce de la noche, para levantarse á las dos de la madrugada y emprender su camino hácia el mercado. Su padre queda entretanto dirigiendo y auxiliando los trabajos de la labranza. No bien ha salido de la Granja el hijo del labrador, cuando rendido del sue-

ño y de la fatiga, deja caer las riendas sobre el cuello del caballo, y duerme tranquilo sirviéndole de almohada las berzas de la carga. El caballo sigue no obstante su bien aprendido camino, y continúa sin parar hasta la entrada de la poblacion, donde hace alto por costumbre. Entonces los dependientes del resguardo, se acercan para ver si dentro de la carga viene algo de contrabando, y el muchacho se despierta, permite registrar su seron, y penetra despues hasta el mercado.

En el verano su vida es diferente, porque desde la temporada de la siega, hasta que se concluye la de las heras, dia y noche habita al raso sin entrar en la granja, mas que en el acto de conducir las comidas y los almuerzos para los trabajadores. Recibiendo de lleno el fuego abrasador del estío, trabaja sin cesar, y su cuerpo bañado siempre de sudor se debilita á cada instante. Sin embargo, en esta temporada se mantiene con alimentos mas nutritivos, y con repetidos tragos de vino, reemplaza la pérdida de la humedad que le ocasiona la transpiracion contínua. Despues del estío viene el otoño y con él la época de la vendimia, operacion interesante y de las mas divertidas á que se entregan los labradores. Una parte de la cosecha, (la de los granos) se encuentra ya asegurada, y el ver sus trojes rellenas, da al labrador cierto ánimo y cierto aire de contento que hacen mas llevaderas las penalidades del trabajo. La recoleccion de la uva es para el hijo del labrador un motivo de diversion y de alegría. Saciado hasta el ahito con los productos de la cepa, se mezcla gozoso en las fiestas y las danzas con que los pueblos celebran dicha operacion, como en muestra del regocijo que les causa haber llegado aquel año al término feliz de sus principales tareas agrícolas. Sin embargo; á muy poco se verifica la recoleccion de la aceituna, que tambien es motivo de nuevas

diversiones. Luego principia la sementera y con ella comienzan otra vez los trabajos anuales del labrador, en cuyo caso el hijo del colono no hace mas que seguir y auxiliar las operaciones de su padre.

El traje del labrador es diferente segun la provincia á que pertenece; pero sus costumbres suelen ser casi en todas partes las mismas. Los domingos y dias festivos suelen reunirse en los juegos de pelota, de bolos y de barra. Tambien en la tarde de estos dias obsequian á las muchachas del pueblo ó del contorno bailando al compás de la gaita y del tamboril segun sus costumbres particulares. Como hasta ahora he tratado solamente de describir rápidamente los usos y costumbres del labrador, voy á referiros una historieta verdadera que servirá por lo menos para dar á este cuadro el colorido de un interés especial.

Vereis como es cierto que no hay regla general sin excepcion, y que los defectos morales pueden corregirse cuando el individuo pone de su parte los esfuerzos de su voluntad. Asi es que aun cuando un jóven aparezca de mala índole, todavía puede ofrecer esperanzas de un cambio favorable. Bajo las apariencias mas desagradables existe alguna vez un buen corazon.

La familia de N. N., ricos labradores de las cercanías de Valencia, se componia de siete individuos: el padre, la madre y cinco hijos. Habitaban una alqueria contigua al pueblo de Patraix, y hubiéranse contemplado felices á su modo, á no ser porque los disgustos que les proporcionaba diariamente la mala conducta de su hijo Luis, turbaban á cada paso el reposo y la tranquilidad de la familia. El genio indomable y el carácter altivo del muchacho, asi como otras malas cualidades que iba adquiriendo de dia en dia hacian temer que llegado á cierta edad pusiera á su existencia un fin desatroso, porque los consejos, las amonestaciones de su madre ni los castigos que le im-

ponia su padre, bastaban á separarle un instante de la senda del crímen que habia emprendido. El padre que tenia la mala costumbre de embriagarse alguna vez, cierta noche al retirarse de la ciudad en el deplorable estado en que se colocan con frecuencia los hombres á quienes domina tan aborrecible vicio, hubo de perder el camino y descarriarse. Muchos dias pasaron sin que la familia desconsolada adquiriese noticia de su paradero; hasta que el cadáver del infeliz fue descubierto en la orilla de una grande acequia. Nadie supo dar razon del motivo de aquella desgracia ni de las circunstancias que la acompañaron. La alquería de N. N. era el teatro de la afliccion mas amarga: Luis solo parecia insensible á aquel acontecimiento, pero no lo era en realidad, Luis no lloraba, porque no habia aprendido á llorar; ninguna promesa, ningun ofrecimiento, ninguna expresion de consuelo dirigia á su triste madre, ni procuraba acallar los lloros de sus hermanos :::::

Al siguiente dia al salir la aurora, se levantó sin hablar palabra, recorrió los establos y la caballeriza, dió de comer á las bestias; luego se dirigió al campo y puso en órden los trabajadores, despues fue á vender las legumbres á la ciudad, entregando por fin religiosamente á su madre el producto de su mercancía. Hablaba á los trabajadores con tal gravedad y tal juicio, que todos obedecian sin contradecirle. El órden mas perfecto, la disciplina mas rigurosa se observaba en todo lo relativo á la labranza de la casa. Los ingresos se verificaban con regularidad y con método, y los pagos se hacian todos con extraordinaria puntualidad. Causaba admiracion la nueva conducta de Luis á cuantos le habian conocido antes. Su madre veía con no menos sorpresa como las labores seguian un órden admirable, y todo lo relativo al gobierno interior de la granja marchaba con actividad y en buena

disposicion sin que se viese obligada á tomar parte alguna. Luis protegia los intereses de su familia, hasta el punto de que no se echase de ver en ella la falta de su gefe. Su conducta fue siempre la misma en adelante: no habia llorado ciertamente la muerte de su padre, pero en honor ó por respeto á su memoria habia arrancado con un solo esfuerzo hasta las raices de los vicios que creian en su corazon para ocupar su lugar en el instante con el sentimiento enérgico de las mas grandes virtudes. Si os place saber el secreto de transformacion tan maravillosa, yo os lo presentaré en el siguiente diálogo que tuvo lugar poco despues entre Luis y su madre.

---Estoy asombrada al ver como un muchacho enredador y travieso que nada dejaba á vida se ha convertido en hombre de juicio.—Es que antes tenia padre (respondió Luis mirando atentamente á todos sus hermanos que estaban alrededor escuchando sus palabras) ¿quién sino hubiera cuidado de todos vosotros?

El maravilloso cambio del carácter de Luis se explica pues fácilmente por el cariño que ha manifestado tener á sus hermanos, y porque conmovido su corazon por un esfuerzo de este sentimiento natural, quiso aliviar á su madre de la pesada carga que la desgraciada muerte de su esposo le imponia. A Luis no se puso por delante la dificultad de los trabajos á que hasta entonces habia reusado acostumbrarse, ni la privacion de los juegos, ni de los placeres con que estaba familiarizado; no vió mas que la necesidad de variar de conducta: solo una palabra se dijo á sí mismo: soy malo, perverso; pero yo seré bueno, no dentro de seis meses ni de un año, mañana, desde ahora mismo. Ya veis como cumplió su promesa: nada hay imposible para un buen corazon auxiliado de los esfuerzos de la voluntad.

EL TAMBORCITO.

Qué silencio tan prodigioso, qué aplicacion y qué celo tan esmerado en el estudio se observa dentro del colegio de ocho dias á esta parte! Es una delicia el vernos tan atentos, tan estudiosos y aplicados. Jamás habiamos notado hasta de ahora ese entusiasmo por los libros que nos hace aprender la leccion y recitarla como el padre nuestro; y es que nunca habiamos sido impulsados por un estímulo tan fuerte como el que ahora nos identifica con las letras. Mañana obtendrán el privilegio de salir á presenciar una revista los que mas se hayan distinguido por sus adelantamientos literarios en los ocho dias anteriores.

Llegó en fin el deseado dia, y las puertas del colegio se abrieron para permitir la salida á los niños laboriosos, que acompañados del director se encaminaban al sitio de la formacion, mientras unos cuantos *bordoneros* gemian encerrados en justo castigo de su

EL TAMBORCITO.

holgazanería. La alegría y locura de los unos solo podia compararse con la tristeza y desesperacion de los otros. Los jóvenes estudiosos disfrutaban del premio de la aplicacion, y con animados y multiplicados diálogos andaban sin sentir el camino, formándose cada cual los planes mas lisonjeros acerca de la vida militar y del brillante aspecto que debia presentar por fuerza una parada tan lucida. El ruido de los tambores y el eco de los clarines ya se dejan percibir, y los colegiales locos de alegria principian á gritar *bien, bien, ya estan ahí*, y no hubieran dejado de correr si el director no les hubiese advertido que se reportasen y tuvieran juicio, porque no siempre el marchar á la carrera es el medio de llegar mas pronto al sitio á que uno se dirige; y con este motivo les hizo ver, aunque de paso, los males que puede ocasionar el inmoderado ejercicio. Con esta advertencia saludable continuaron su paseo en buen órden, pero en extremo alegres y entretenidos con sus proyectos y sus cálculos. Yo, decia el uno, quisiera ser militar; es tan hermoso el uniforme, cuando uno llega á ser oficial con sus charreteras de oro, su sombrero apuntado con galon de oro tambien, y aquella espada tan brillante debe estar mas contento que si fuera Rey.—¡Oh! decia otro, pues yo te digo la verdad, mejor quisiera ser tambor, los tambores marchan siempre delante, y ademas pueden divertirse cuando quieran con su caja y sus baquetas: si mamá quisiera, tambor sería yo y no otra cosa. El dia era uno de los mas apacibles y claros del otoño, la atmósfera estaba en calma, el sol heria con sus rayos refulgentes las armas de los batallones y escuadrones que en prolongada línea se extendian dando á aquel aparato marcial un aspecto verdaderamente encantador. El armonioso conjunto de las bandas militares dejábase oir muy de cerca, y los ecos del himno de Riego causaban un efecto maravi-

lloso en el alma de nuestros colegiales. Entonces si que eran ellos felices. La gloria de disfrutar de aquel espectáculo no la hubieran cambiado por todos los placeres del mundo. Ya han llegado á la cabeza del primer regimiento.—¡Qué soldado tan hermoso es aquel, exclama Julio! ¡Qué bigotazos! Por su elevada estatura infiero yo que debe ser el coronel lo menos. Sí, y luego el uniforme que lleva bordado de oro y aquella gorra de piel con su magnífico plumero, ¡qué arrogante está! Mira, todas mis aleluyas y aquel peon que me regaló papá todo, todo y aun mas daría yo por ser como él.....

—Pues y aquel baston tan magnífico, añadia Félix, ya diré á papá que me compre uno semejante cuando llegue el mes de los aguinaldos..... Vaya que está elegante el militar, creo como tu que debe ser lo menos, lo menos el coronel.

—Os equivocais, niños, dijo sonriéndose el director..... Ese bizarro militar que excita vuestra admiracion, tan lleno de bordados y de galones de oro, ese que teneis por un coronel, no es sino el tambor mayor, y habeis de saber que hay grande diferencia del uno al otro. El primero manda todo el regimiento, mientras que el segundo apenas puede dar sus órdenes á los tambores y cornetas que le estan subordinados.

—Sí sí, los tambores, los tambores, exclamó Eduardo, saltando de alegría; mirad, mirad que bien alineados estan, qué juntitos, parece que entre todos forman uno solo. ¡Dios mio, qué hermoso es esto! ¡oh! atiende Alfonso, uno, dos, tres..... pero serán de nuestra edad poco mas ó menos ¿no es verdad? por de pronto, en cuanto á estatura asi, asi..... ¡Qué felicidad! Y tienen su caja y pueden tocar..... al menos es una caja de veras, y no como la que me regaló el otro dia mi padrino que es solo de madera con unos cercos de pa-

pel dorado ¡Cuánto daría yo por tener una caja tan hermosa! Si mi padriuo no me la compra pronto igual, prometo no irle á ver en todos los dias de mi vida.

La enagenacion de los alumnos fue en breve interrumpida por tres golpes dados en el bombo como señal de principiar un himno.

—¡Viva la música, viva la música! esto es mejor que los tambores, dijo Cárlos, con aquellos no se puede uno entender, y siempre el mismo ruido: la música es mucho mas agradable. Y al compás de la marcha principiaron á desfilar los cuerpos que habian acabado de pasar revista. De allí á poco rato el último de todos se dirigía á su cuartel, y nuestros pobres colegiales se vieron precisados á emprender nuevamente su regreso hácia el colegio. Excusado es manifestar que no habia necesidad de detenerlos ni que eran menos frecuentes las demostraciones de alegría. Pero la idea de los tambores permanecia grabada en su imaginacion y el deseo de imitarles era el pensamiento preferente.

El director que lo habia conocido, se propuso referirles hasta llegar al colegio la siguiente historia del *Tamborcito*.

Victor, que asi se llamaba nuestro héroe, tuvo la desgracia de que una bala cruel quitase la vida á su pobre padre en la batalla de Bailen, cuando el infeliz niño solo contaba seis años: su madre que era una de las cantineras mas y mejor acreditadas del ejército, tambien pereció en aquella batalla memorable, y él quedó huérfano y abandonado en medio del campo en que el plomo y el hierro llevaban la muerte por todos lados. Un viejo granadero que habia servido con el marques de la Romana y continuaba defendiendo la independencia española con patriotismo y valor, impulsado por aquel sentimiento de generosidad y com-

pasion tan propio de los héroes, recogió la criatura y la tomó desde aquel instante bajo su cuidado y proteccion. El cariño que iba cobrando de dia en dia á aquel huérfano desgraciado, le hacia ejercer sin violencia las funciones de un buen padre. Cuidábale con todo esmero y trataba á toda costa de proporcionarle cuantos gustos apetecia. Los momentos de libertad que le permitia el servicio, los dedicaba siempre á su pequeño huerfanito, que segun iba creciendo, adquiria por imitacion las disposiciones mas brillantes de soldado. Pero su edad no le permitia aun entrar al servicio en esta clase, y á fuerza de ruegos y de instancias consiguió por último servir á su patria en la de tambor, sin que el viejo granadero le perdiera por eso de vista. Era tambor del mismo regimiento. Sin embargo, el granadero hubiera deseado mejor verlo formar á su lado y poderle decir en el acto de la batalla, mira apunta bien... con serenidad, vamos á vengar la muerte de tu padre y á derrotar á los enemigos de la patria.

Mas tambien á los tambores se les infunde entusiasmo, se les hace entender que son individuos del mismo regimiento, que defienden una misma bandera, y que deben marchar los primeros en todos los combates.

En la batalla de la Albuera comprendió el general que mandaba las tropas españolas que era absolutamente preciso tomar un reducto: da las órdenes oportunas, y las bandas principian á batir el paso de ataque al frente de los batallones que marchan al paso de carga. El fuego granead del enemigo diezmaba los soldados españoles: los tambores del primer cuerpo cayeron todos muertos ó heridos, y solo un pequeñuelo queda ileso en medio de aquel diluvio de balas, y penetra por todo tocando sin cesar su calacuerda. Un escuadron de dragones sale de la emboscada y carga al batallon que formaba el primer cuerpo del ataque

el batallon, se replega y forma el cuadro; pero el infeliz tambor que se habia adelantado, es acometido por un soldado de la caballería enemiga que amenazándole con el sable, le manda callar; pero él se hace el desentendido y continúa con mas fuerza batiendo paso de ataque. El soldado le descarga tan terrible golpe, que hace rodar por el suelo el brazo derecho del *Tamborcito*: mas este sin proferir un ¡ay! siquiera mirando con semblante amenazador al soldado enemigo, continúa marcando el compás con la mano izquierda, mientras á borbotones salia la sangre de su herida y perdia por momentos el soplo que le quedaba de existencia. Su muerte era inevitable; pero al fin rechazados los enemigos cargó sobre ellos con doble ímpetu la infantería española, y nuestro pequeño héroe fue conducido al hospital donde se le prodigaron toda clase de auxilios y donde poco despues fue premiado por el general de la division con un distintivo de honor y una asignacion vitalicia de 300 ducados de renta.

No obstante, ¿creereis que aun no era este obsequio lo que mas lisonjeaba el corazon del bravo tamborcito? Pues sabed que ni la satisfaccion de haber merecido un premio, ni los dolores agudos de la herida, nada nada era superior para él en aquellos instantes á la gloria de haber derramado su sangre en el campo del honor en defensa de la independencia de su patria.

Mas historietas de este género hubieran querido escuchar los colegiales de boca de su director; pero insensiblemente se hallaban ya á las puertas del colegio y avocados otra vez al curso de sus ordinarias tareas escolásticas.

EL LAÑADOR.

Vamos, muchachos, vamos que la noche se acerca..... así excitaba el lañador á sus aprendices, á que encerrasen dentro del saco los útiles de su taller ambulante; los infelices niños escuchaban no sin pesar la órden de su maestro, sus pies estropeados del camino se resistian á pasar mas adelante; pero la voluntad del que mandaba era una ley para ellos, y no habia mas recurso que obedecer y callar. ¡Pobres niños!

El mayor tenia unos trece años de edad, hacia cinco dias que se habia separado de su familia para salir á probar fortuna, bajo la férula del lañador que reemplazaba brúscamente las funciones de su padre.

Nosotros, los que en el seno de nuestras familias disfrutamos de los cuidados de nuestros padres, y escudados en el regazo de nuestra madre contra las privaciones y la miseria, no vemos lo que pasa en el

EL LAÑADOR.

círculo de otras familias infelices, ignoramos tambien los padecimientos de aquellos séres desgraciados, á quienes la caprichosa fortuna obliga á ocuparse de sí mismos, y á ganar su sustento desde el instante en que apenas saben pronunciar una palabra y pueden mantenerse en pie. Francisco era uno de ellos y sus padres le destinaron al oficio de lañador. Ya sabeis que en todos es penosa la temporada del aprendizaje; pero en este se toca el extremo del rigor del noviciado. El lañador sin domicilio fijo, debe de ir de pueblo en pueblo, buscando trabajo y cargado con los enseres de su industria, viaja de una á otra parte sin poder fijarse en ninguna, ni permanecer mas tiempo que el preciso para componer los cacharros y la loza que le entregan al efecto las mugeres en los pueblos. *¿Hay tinajas que apañar, barreños, platos y fuentes?* Al oir esta voz que en tono alto y con particular cadencia pronuncian por las calles alternativamente el lañador y sus aprendices, no hay vasija rota de cualquier tamaño que sea, que deje de ser buscada por las dueñas y las criadas, para ponerla en manos del lañador, que por la pequeña retribucion de algunos cuartos, la une y la deja como nueva.

El lañador observa la mas rigorosa economía. Su alimento es muy frugal: jamás duerme en posada ni paga un cuarto de hospedaje. Por este medio logra ahorrar algun dinerillo, y los aprendices tambien van llenando su pequeña ahucha. Un aprendiz de lañador sale de su casa y no sabe cuanto tiempo deberá durar su expedicion; acaso mientras encuentre que trabajar su maestro, no pensará en volver al pueblo de su vecindad. Cuando el aprendiz está al corriente del mecanismo del oficio, tiene una parte en el producto de las composturas que él mismo ejecuta, y entonces ya aumenta su capital de una manera sensible. Es preciso que el importe de su trabajo pase ín-

tegro al fondo de ahorros particulares, y no gastará de él un maravedí aunque se quede sin comer todo un dia. Tal es la obligacion que á sí mismos se imponen estas gentes, y tal el deseo que mútuamente se inspiran de adquirir alguna propiedad. El maestro tiene obligacion de mantener á sus aprendices, y para contar con su fidelidad y con la eficacia de su trabajo, necesita interesarlos en los progresos de su industria, dándoles una pequeña parte de las ganancias y aumentando progresivamente esta retribucion, hasta el caso de que cada uno de ellos deje utilidades de igual valor, á los que ofrece por resultado la habilidad y la inteligencia de él mismo. Este fondo es destinado al fin, á la compra de alguna tierrecilla ó algun ganado, alguna casita tal vez hasta adquirir los medios necesarios de subsistencia, para no tener que abandonar en lo sucesivo el pueblo de su naturaleza.

Considerad cual sería el sentimiento y el dolor, que ha causado á la familia del pobre muchacho su separacion, y podeis inferir cuál será su contento y alegría, cuando vuelve al seno de aquella despues de su largo viaje. La madre, los hermanos y las hermanitas, salen alegres y gozosas á su encuentro y le colman de caricias sin afectacion: el dia de la vuelta á la casa paterna es un dia de regocijo, de verdadera fiesta, es de aquellos dias en que como suele decirse se echa la casa por la ventana. La siguiente historieta, os hará conocer mejor la índole y las costumbres de estas sencillas gentes.

En cierta aldea miserable, habia una familia tan pobre como honesta. Eran las 10 de la noche y á fines del mes de noviembre, cuando el padre, la madre y dos hijas, colocados al rededor del hogar de su cocina, se hallaban todos ocupados en sus labores respectivos. Hilaba la madre: la hija mas pequeñita dormia sobre las rodillas de su padre y este se en-

tretenia en tejer lia de esparto. La madre rompió el silencio que solo era interrumpido hasta entonces, por el ruido que hacian los borbotones de la olla, en que estaban cociéndose una buena cantidad de batatas.

---Vamos Margarita, dijo á su hija mayor, de cuyos ojos saltaban al mismo tiempo las lágrimas, consuélate hija mia..... ¿Qué hemos de hacer? Es una desgracia..... pero si no hay remedio..... mira, tu hermano Francisco llega mañana, ya ves, el pobrecito..... hace dos años que no lo hemos visto..... dos años que salió á ganarse la vida por el mundo..... hijo mio!..... es necesario que lo recibas con alagría.....

—Mira muger, replicó el marido, no vuelvas á hablar de ese negocio, es cosa concluida..... á lo hecho, pecho.

Margarita no pudo menos de ceder á la emocion del sentimiento que la dominaba y prorrumpió en abundante llanto. Tenia veinte y dos años la infeliz, y era un modelo de robustez femenil y al mismo tiempo de candor natural. Habia cobrado afecto á un jóven gallardo mozo del pueblo, y el dia en que debia verificarse su matrimonio era el siguiente, el mismo en que debia llegar su hermano Francisco; pero la fatalidad habia hecho que la única baca que poseía su padre, y que formaba todo el dote de la muchacha, se hubiere muerto la noche anterior, por cuyo motivo la familia del novio reusaba decididamente el proyectado enlace. He aqui el motivo de la afliccion y el desconsuelo de Margarita.

Al dia siguiente toda la familia de esta se disponia á recibir á Francisco y preparaban para celebrar su llegada una comida abundante y variada... Las tortas, la cuajada, y las torrijas no debian faltar á la mesa, despues de una olla podrida al estilo del pais capaz de dar abasto á los vecinos convidados. Cuan-

do entraba Francisco por el pueblo, sus padres salieron á recibirle en sus brazos, y los convecinos manifestaban tambien su alegría, solo Margarita era la que á pesar de sus esfuerzos no podia ocultar en su semblante la pena que oprimia su corazon. Francisco notó al momento la tristeza de su hermana.—¿Qué tienes, Margarita?—Mas ella en vez de contestar volvió la cabeza para ocultar las lágrimas que principiaban á correr por sus sonrosadas mejillas. Francisco iba á preguntarla de nuevo la causa de su pesar, cuando la madre le detuvo para referirle en pocas palabras la ruptura de la boda. Francisco antes de escuchar la última expresion de su madre, se dirije á su hermana para decirla:—Toma Margarita, toma, hermana mia, ahí tienes el producto de mis ahorros.... yo te lo cedo de buena gana..... Sé feliz, que yo no dejo de serlo contribuyendo á tu buena suerte. A otro año saldré otra vez á recorrer los pueblos que he recorrido y trabajaré doble para recuperar una cantidad igual á la que te entrego ademas de mi jornal ordinario.

Margarita fuera de sí, llena de contento se arrojó á los brazos de su hermano sin acertar á expresarle su gratitud. Todos aplaudieron la buena accion de Francisco que miraba con indiferencia las felicitaciones que le dirigian, porque para él no era sino muy natural lo que acababa de hacer.

Francisco habia hecho sin embargo una cosa muy digna de alabanza dando á su hermana una prueba tan remarcable de cariño y de desprendimiento. Pero lo que mas resalta en este rasgo sublime de generosidad, es la poca importancia que le daba él mismo, pues al contemplar la calma de su semblante, se conocia que solo obraba en su corazon la satisfaccion de haber cumplido con el mas insignificante de sus deberes, sin creerse digno por ello de los elogios que le

prodigaban. Francisco entendia que esta accion era muy natural en un hermano. Hé aquí la circunstancia especial que la hace mas grande aun á nuestros ojos, porque si es bueno ser generoso y desprendido, es heróico y sublime serlo con modestia.

EL MENDIGO.

Mendigar!..... seguir vergonzosamente á todo el que transita por la calle distraido y preocupado con la idea de sus negocios sin escuchar ni atender al que despues de invocar inútilmente la caridad, recurre al sentimiento de la humanidad con voz humilde y doliente, tender la mano para recibir el ochavo que deja caer el rico mas bien por evitarse la molestia del que le pide, que movido de un sentimiento de piedad y bendecir sin embargo su generosidad. ¡Ah! nada hay en el mundo tan miserable, tan vil y tan degradante para el hombre. No obstante, es preciso no condenar sin reflexion á todos aquellos desgraciados que en las calles y en las plazas públicas se presentan á excitar en favor de su miseria nuestra propia compasion..... Sí, la mayor parte merecen el desprecio y la execracion; pero hay algunos todavía muy dignos de nuestra piedad! ¿Sabeis cuantas causas pueden contribuir á arrebatar á una familia los medios de su subsistencia? Escuchad, ¿habeis oido el sonido alarmante de

Avriol lit. *Lith. de J. Arnoux*

EL MENDIGO.

cien campanas que pueblan el viento con sus pausadas vibraciones y los gritos de terror, los lamentos de la desesperacion de todo un pueblo, que espantado huye y se precipita en medio de las plazas y de las calles públicas?..... ¿Qué es esto?..... mirad como el cielo se cubre por aquel lado de un color rogizo que parece el reflejo de un volcan..... ¡el fuego! ¡Dios mio! sí, es el fuego que habiéndose cebado en el interior de una casa, rompe ya los tejados y se comunica y se extiende á las habitaciones vecinas: mirad como crece por instantes, como se dilata, como reduce á cenizas los edificios mejor construidos..... en vano harán esfuerzos para cortarle, su furor se aumenta por momentos á proporcion de la resistencia que se le opone, las vigas inflamadas dan horribles chasquidos y las casas van á desplomarse al instante! Mañana, el incendio se habrá acabado y solo se presentará á nuestra vista cenizas calientes aun, escombros calcinados, el hierro y el plomo derretido, la ruina, la desolacion, la desesperacion tambien. El fuego lo ha devorado todo. ¡Ah! aquella casa contenia toda la riqueza de una infeliz y numerosa familia, era el único recurso, la única esperanza de un anciano; pobre anciano, qué porvenir tan triste os espera!..... Y el torrente devastador que todo lo despedaza y esparce con horrible bramido sus cenagosas aguas por las campiñas mas fértiles!..... mirad como se avanza, como corre, como se precipita. Pocos minutos ha se descubria muy á lo lejos, miradlo ahora á vuestros pies; ¡huid! ¡dentro de un instante ya no será tiempo!..... El arrebata cual paja ligera en su horrible invasion los árboles mas robustos; las casas arrancadas como de cuajo hasta el cimiento, los cadáveres de familias enteras, fluctuan sobre las aguas y entremezclado todo, forman isletas espantosas en medio de un torrente horroroso que lleva la muerte y la desolacion á los paises por donde pasa.... Despues de

un incendio, todavía encontrareis algun vestigio de lo que fueron los edificios abrasados y aun de las familias que los habitaban; pero despues de una inundacion..... nada..... absolutamente nada..... hasta la tierra ha perdido su virtud generadora, y el sol será rechazado por la árida superficie de aquellas playas arenisca que antes eran campos productivos..... ¡Cuántas familias quedan entonces sin pan ni asilo!..... ¡oh! expectáculo horrible capaz de excitar la compasion en las almas mas insensibles! ¡El huracan, el granizo, el rayo, los hielos, son tambien calamidades espantosas que destruyen en un dia, en una hora, el trabajo y la subsistencia de un pobre labrador! estas desgracias horribles suceden á cada instante, y todas y cada una de por sí pueden sumir una familia en la mas espantosa miseria; sin embargo, aun hay otras mil causas capaces de producir tan sensible resultado. Por ejemplo: un pobre labrador atiende á la subsistencia de su familia con el producto de su trabajo: su esposa y sus cuatro hijos pequeñitos comen el pan que él compra con el sudor de su frente. La desgracia hace que el infeliz se caiga de un andamio ó se hiera gravemente con el hacha ó el azada. El hospital le abre sus puertas; pero su familia, su desgraciada familia que solo vive por él, ¿podrá esperar que el hospital atienda tambien á su subsistencia y al pago de su reducida habitacion? Agótanse todos los recursos durante la enfermedad del infeliz artesano: véndese uno despues de otro los muebles menos precisos; la necesidad acrece y la hambre apura, en cuyo caso se vende para comer las sillas, la cómoda, luego el catre, despues los colchones y las mantas, las sábanas en fin, todo, todo y la madre y los infelices niños duermen sobre la paja. La indigencia mas horrorosa va á apoderarse de la infeliz familia..... ¿y si muere el padre? ¡oh! la pluma no basta á describir el horror del misera-

ble estado á que queda reducida la desventurada familia. Pensad que estos casos son bastante frecuentes, que el invierno ademas interrumpe el curso de las obras y que durante algunos meses, por esta razon infinitos artesanos quedan sin trabajo. La guerra, esa calamidad espantosa que por tantos años ha poblado de hombres mutilados, de huérfanos y de viudas nuestra patria y ha generalizado la devastacion y la miseria entre multitud de familias..... la miseria ocasiona próximamente los vicios, asi como los vicios suelen ser la causa inmediata de la miseria tambien..... estas dos plagas se suceden mútuamente y hacen grandes estragos en las bajas clases del pueblo! Las preocupaciones hijas de la ignorancia en que estan sumidas aquellas, aumentan la ruina y la desolacion de las familias..... mirad pues como puede haber muchos mendigos dignos de la compasion..... sin embargo, es necesario hacer justicia á la filantropía de los españoles, algunos establecimientos públicos ofrecen religioso amparo á estos seres infelices, los Hospicios, las casas de Beneficencia, el establecimiento de san Bernardino, el colegio de Desamparados, el de la Union, el magnífico cuartel de los Inválidos, y otras varias instituciones parecidas á aquellas, son proyectos apreciables que en honor á la humanidad hemos visto practicar, crecer y multiplicarse en nuestros dias.

Creo que vosotros no podreis menos de interesaros como yo en todo aquello que tiene por objeto dulcificar los rigores del infortunio y prevenir los efectos de la desesperacion; asi es que observareis con complacencia cuanto la sociedad ha hecho en beneficio de las clases desgraciadas.

Penetrad en el interior de una casa miserable que sea el teatro de la indigencia, y vereis qué cuadro tan lastimoso se ofrece á vuestros ojos. ¡Allá en un rincon de una boardilla, vereis revolcarse sobre un monton de

paja vieja é infectada, dos ó tres niños á quienes está devorando la miseria! ¡Pobres criaturas! ¡Su semblante está pálido, su cuerpo estenuado, sus miradas son melancólicas, y sus miembros débiles tiemblan sin cesar! ¡Hace frio, mucho frio! Su miserable albergue está expuesto á la accion de los vientos..... allí no hay ni brasero, ni estufa, ni cosa que lo valga; el aire silba por entre las rendijas de la puerta... el tejado y la ventana están cubiertos de nieve... los pobres niños no tienen ni vestidos, ni aun una manta con que abrigarse.—¡La madre trata en vano de comunicar el calor de su seno al mas pequeñito; pero él llora.... la infeliz criatura se deshace en llanto porque tiene hambre, mientras su madre, aquella madre desgraciada, solo puede contestarle con sus lágrimas y sus suspiros; nada le ha quedado ya que vender para dar pan á sus tiernos hijos!—El padre busca inútilmente que trabajar; en ninguna parte encuentra donde ganar un jornal miserable..... El mayor de los tres hermanitos cubre sus carnes con algun arapo, y sale de aquella mansion.

Ya le habeis encontrado algunas veces en la calle y os ha pedido una limosna.... otras veces quiere escitar vuestra atencion, cantando algunas coplas para pediros dos cuartos con cierto género de derecho. Si se os ofrece practicar alguna diligencia, llevar algun encargo, ó conducir algun bulto, ya le teneis á vuestro lado ofreciéndose á serviros; sin embargo, aun le encontrareis en una noche de invierno acurrucado en la esquina de una calle, temblando de frio y medio muerto de hambre, que espera con silenciosa resignacion el momento en que una mano generosa, alivie el peso de su infortunio. Es este tan grande que todos los insultos, los desprecios y las injurias que algunos le prodigan, las escucha con resignacion y baja humildemente la cabeza: porque él es pobre, y el que le insulta es rico: porque él es débil y el otro tiene mas

fuerzas; ¡el uno le reprende ágriamente, el otro le amenaza! ¿mas qué digo? ¡amenazar á un pobre niño! no es posible, yo me he equivocado..... no hay persona alguna de corazon tan duro que sea capaz de hacer cosa semejante..... pero es cierto que unos le rechazan, otros le desprecian y la mayor parte huyen de su lado!..... ¡oh! algunas veces llora..... él se deshace en lágrimas; su hermana pequeñita tiene frio, su mas pequeño hermano tiene hambre.—¡Un pedacito de pan, señor, para estas pobres criaturas; señor, por Dios, que se están muriendo de hambre.... pan señor!—Mas no, no le ha hecho caso ó no le ha comprendido.—¡Es preciso dirigir la misma plegaria al segundo que pase, despues al tercero, y luego á diez, veinte, y á ciento, antes de recibir un ochavo miserable! ¡Es que el mundo es egoista é indiferente, y que sin el auxilio de la religion y de la ley, dos cosas santas que protejen y amparan á los pobres, moririan estos á cada paso sin el humano socorro, bien sobre la paja de una infeliz boardilla, ó bien sobre las aceras de las calles! ¡Bendigamos la religion y la ley!.... ¡Si nada podeis dar al pequeño mendigo, tened al menos piedad de él, porque es tan débil, y porque es tan pobre! Corre, hijo mio; corre miserable niño; preséntate á la junta de beneficencia: allí encontrarás los socorros que te se ofrecen con afabilidad y benevolencia; entra y dí á los hombres respetables que alli encuentres.—¡Señores, nosotros somos tres hermanitos; nuestro padre no encuentra que trabajar; mi madre está enferma; nosotros tenemos hambre, mucho frio ademas; yo vengo aqui sin temor ni recelo á presentarme á VV., porque sé que son afables y buenos!

Llega el dia en que ya no hallareis en la calle al pequeño mendigo que excitaba vuestra compasion, y es que la autoridad municipal se ha encargado de la subsistencia de esta infeliz familia, que en el asilo de San Bernardino disfruta ya no solo de los alimentos necesarios

para la vida, sino que tiene tambien sus vestidos y su cama en que acostarse.

Ademas, si vais á la escuela de aquel establecimiento, alli hallareis al pequeño mendigo instruyéndose en los primeros elementos de su educacion, y poco despues en los talleres interiores, siguiendo el curso del aprendizage de un oficio, bajo la inspeccion de su respectivo maestro, que llegará á hacer de este muchacho un entendido artista, capaz de proporcionar á su familia una decorosa subsistencia.--¿Qué hubiera sido de este infeliz, sin el auxilio que ofrecia á su miseria la caridad y la filantropía española?--¡Tal vez convertido en vagabundo hubiera seguido la carrera del crímen y llegado á un término desastroso! Pero el vendrá á ser de este otro modo un miembro útil á la sociedad, un hombre acaso que haga honor á su patria.

¡Compadeceos del pobre, socorredle cuando podais, y guardaos bien de insultarlo nunca! la naturaleza, la religion y la ley os lo ordenan, y tened presente que sus preceptos no se desobedecen impunemente. Para que mejor lo comprendais, voy á referiros una tradicion antigua, de cuya autenticidad no podré responderos, sin embargo de que os recomiendo la moral que encierra.

A mediados del siglo pasado, parece que en cierta ciudad de Andalucía vivia un platero llamado Rodriguez. Su tienda y su obrador eran de los mas acreditados, y él pasaba una vida cómoda y que hubiera podido llamarse feliz, sino hubiese sido la desgracia de tener un hijo. Este, que por lo general suele ser el consuelo y la alegría de las familias, era para la de Rodriguez motivo de desesperacion contínua. Verdad, que es imposible encontrar un muchacho mas travieso, mas ingrato, ni de peor corazon que el tal Mateo. Cuanto su imaginacion pervertida le sugería de malo y de diabólico, estaba ejecutado en el momento. Este era un niño

que á nadie respetaba, que asi se burlaba con sus infernales travesuras de un anciano venerable como de un niño inocente, y que ni reverenciaba á su padre ni á persona alguna. Era por cierto un jóven detestable. Su padre pedia todos los dias á Dios que cambiase el corazon de su hijo, y para merecer este beneficio de la misericordia divina, hacía muchas limosnas y se empleaba en repetidas obras de caridad.

Cierto dia hizo el voto formal á San Martin (santo de su devocion) de regalarle una capa de tisú si obtenia por su mediacion el favor de que Dios hiciese en el corazon de su hijo el cambio apetecido. Pero Mateo, aunque mas tarde será lo que su padre desea, seguia cada vez á peor, entregándose á los actos mas remarcables de perversidad, y olvidándose de sí mismo hasta el grado de robar á su padre una cantidad considerable de dinero. Al dia siguiente de su fechoría, salióse de casa muy temprano para unirse con una cuadrilla de vagabundos.... alegres y contentos emprendieron su camino, insultando á todos los que pasaban. Llegaron á una especie de ventorrillo distante de la poblacion, donde comieron y bebieron abundantemente, entregándose los pilluelos á una excesiva alegría; pero Mateo no dejaba de estar un tanto conmovido, de modo que sus camaradas le sorprendian de vez en cuando pensativo y caviloso; una voz interior le decia que habia cometido un crímen, y se habia hecho digno de la cólera de los hombres y de la ira del cielo; en vano se esfuerza á tomar parte en los juegos de sus camaradas; la idea de su falta, que se presenta siempre amenazante á su imaginacion, emponzoña sus placeres. Sin embargo, hace un esfuerzo, y como en un acceso de frenesí se entrega á toda clase de locuras. El sol se encontraba ya cerca del ocaso, los camaradas le anuncian que se vá haciendo hora de volver al pueblo; él desecha su proposicion, y les contesta con ironía que todavía tiene dinero, y

que no piensa volver á su casa mientras le quede un cuarto: sus amigos se marchan y lo dejan solo. ¿En qué pensará entretenerse? ¿qué hará de su dinero? En este momento pasa un pobre ciego que con voz triste y doliente le pide una limosna para continuar su camino.--Vaya V. en horamala ciego tonto, le responde el bribonzuelo; ¿cree V. que yo puedo entretenerme en considerar su miseria, y que tengo mi dinero para dárselo asi graciosamente? pues no señor; que yo quiero gastarlo en comer y en divertirme.—Dios se lo pague á V. señorito, contestó el ciego alejándose, y Mateo discurre todavía que es lo que podrá hacer del tiempo que pasa y del dinero que le queda, cuando un pobre gotoso con el aspecto del sufrimiento y los ojos anegados en lágrimas, se acerca á él y le dice: tenga V. compasion de un pobre estropeado que se dirige en romería á la Virgen de Balbanera, á cumplir una promesa.—Siga V. su camino, buen hombre, vaya donde quiera, y déjeme en paz, le contesta el insensible muchacho con aire de incredulidad y el tono del desprecio.—Dios se lo pague á V. dice el gotoso, y se marcha resignado. Mateo se pone á reflexionar, y no encuentra por mas que discurre nada en que invertir su dinero. En este instante pasa un anciano con su barba blanca y su semblante lleno de magestad, que expresa claramente el dolor y la tristeza que padece; lleva sobre sus brazos un niño de tres años.—Tened compasion de este miserable anciano y de este pobre niño, dice á Mateo mirándole con atencion; nuestra casita ha sido incendiada, nuestro único amparo se halla reducido á cenizas; ¡piedad señor, piedad!—Bah, parece que todos los pobres se han citado para venir á incomodarme, exclamó Mateo con aire de mal humor; no se puede estar aquí, me voy.... —No te irás, dijo una voz fuerte y severa, que acababa de oirse á su espalda; el muchacho vuelve la cabeza asustado, y se halla con que el anciano ha desapareci-

do, y se encontraba en su lugar un antiguo guerrero montado á caballo y rodeado de una nube resplandeciente. Mateo reconoce á San Martin; este soldado, que llegó á ser santo por su extraordinaria caridad, porque jamás habia reusado socorrer al pobre, habiendo llegado su virtud hasta el extremo de que repartidos sus bienes entre estos, no le quedaba otra cosa que una capa, cuya mitad dió á otro pobre mas desnudo que él todavía.—Jóven insensible é ingrato, antes de darte un castigo, he querido poner tu corazon á prueba; te hubiese perdonado si hubieses sido caritativo; la caridad es la virtud mas agradable á los ojos del Altísimo; pero tu con las manos llenas de un dinero que no sabias que hacer de él, has estado duro é insolente con un pobre ciego, por lo que vas á quedarte ciego en este instante. Tú, has sido cruel é insensible á la desgracia de un pobre gotoso, y vas á quedarte gotoso y pobre tambien: tú has sido insensible á las súplicas y á los lamentos de un infeliz anciano, y tus cabellos se encanecerán ahora mismo, y tus manos quedarán trémulas, y tu cuerpo será encorvado. Tu no podrás separarte de este sitio hasta que implorando la compasion de los transeuntes, hayas adquirido el dinero que se necesita para comprar la capa que tu padre ha ofrecido á San Martin.

Mateo lleno de espanto y de consternacion, se prosternó exclamando: ¡Misericordia, misericordia! mas ya no era tiempo. En vano trataba de indagar lo que pasaba á su lado; la luz no hacia efecto alguno en sus ojos; se habia quedado ciego; al primer paso que dió cayó en tierra, porque la gota le habia dejado cojo; su cuerpo encorvado, sus cabellos blancos; y sus manos temblaban como las de un anciano. ¡Espantoso castigo, pero justo y merecido! Entre tanto su padre inquieto y desconsolado, buscaba por todas partes á su hijo; sabiendo que el dia anterior se habia dirigido á aquel sitio, marchó

sin detenerse, pasó por delante de él y no le reconocía; preguntale si tiene alguna noticia del paradero de Mateo; este conoce la voz de su padre, se arroja á sus pies arrastrando por el suelo; mas este entiende que le pide limosna, y se la dá abundante, encargándole que pida á Dios por la conservacion de su hijo. Mateo esfuerza sus lamentos; el se hubiera alegrado ver á su padre, pero estaba ciego. Asegura en fin que él es Mateo, el hijo que busca, y quiere contarle cuanto ha sucedido; pero á las primeras expresiones cree que es un loco, y continúa su camino. Mateo quiere seguirle, imposible, porque está cojo: trata de llamarle otra vez para que le escuche, mas su voz se extingue dentro de su pecho, porque no tiene mas fuerza que la de un anciano, y su padre, su buen padre se marcha para no volver.--Despues de mil súplicas inútiles al cielo, y despues de haber llorado mucho, Mateo se resigna y principia á pedir limosna á todo el que transita; entonces experimenta por sí mismo cuantas humillaciones son consiguientes á la mendicidad; desprecios de los hombres de mal corazon, insultos de los pequeños burlones, de sus antiguos amigos que no le conocen ya. Aunque tarde, comprende Mateo cuanto él ha hecho sufrir á otros seres desgraciados con su conducta detestable, y se arrepiente de su grave culpa. Es muy fácil ser sensible y compasivo en el momento que uno sufre, porque entonces compara su padecer con el padecer de los demas. Mateo continuaba sus súplicas, y no cesaba de pedir porque necesitaba mucho tiempo todavía para recoger la cantidad necesaria á cumplir la ofrenda de su padre. Dos años habian pasado en tan triste situacion, sin haber recogido mas que la tercera parte poco mas ó menos del precio de la capa. Sin embargo, con cierta alegría contaba él el aumento progresivo de su pequeño tesoro. Considerad en cuanto apreciaria él aquel dinero, fruto de tantas penas y de tantas humillaciones.--Cierto dia

unos gritos dolorosos llegan á sus oidos: cada vez los escucha mas de cerca, y por último comprende que delante de él se encuentra un hombre que gime y se lamenta.—¿Qué es lo que os aflije, buen hombre? le pregunta el pequeño mendigo; pareceis muy desgraciado.—¡Ah! respondió la voz; mi anciano padre se encuentra en una prision, y el infeliz enfermo y achacoso como está, morirá sin remedio!..... Al pronunciar estas palabras, el desgraciado redoblaba sus suspiros.....—¿Y por qué se encuentra preso? Porque debe á un usurero trescientos reales.—Trescientos reales..... ¿y con esta cantidad obtendriais la libertad de vuestro padre? —¡Ah, sí!—Bien, pues, consolaos, aquí los teneis. Esta era cabalmente la suma que contenia la bolsa de Mateo, quien se desprendió de ella con una especie de satisfaccion, sin violentarse, sin lanzar un suspiro; aquella bolsa, esperanza única de su curacion: aquel dinero mas precioso para él que todos los tesoros del mundo, porque es el fruto de la compasion que su miseria ha excitado en el corazon de los transeuntes.....El buen hijo aceptó la oferta, bendiciendo mil veces la generosidad del pequeño mendigo.—Al momento una voz se oyó que decia: »mira y vé, levántate y marcha; recobra tu juventud y tu vigor, Mateo, porque tu caridad ha alcanzado el perdon de Dios.... las bendiciones del que sufre son como el humo del incienso, que se eleva hasta los cielos.....»

¡Oh maravilla! Mateo ha recobrado su vista, su juventud y su natural fortaleza..... Corre con celeridad y se arroja en los brazos de su padre, que le llora todavía: el padre lo recibe con inexplicable alegría, y agradecido á la proteccion de San Martin, cumple su promesa. ¿Tenia yo razon cuando dije que el carácter de Mateo cambiaría completamente?

le acercan, y todos le echan en cara su falta de cordura.—Un muchacho que vende por la calle debe ser muy prudente, le decian; si se mezcla en disputas en vez de cuidar de despachar su género, le sucede la desgracia que experimentas ú otra semejante....—Adquiere mala fama y sus amos no le ocupan ya fácilmente porque nadie quiere fiar su caudal, aunque sea en pequeño, á quien no ofrece la confianza necesaria.... El fosforero escuchaba apenas aquellas advertencias; mil ideas á cual mas tristes se agolpan á su imaginacion al contemplar el estrago que habia producido su caida... No falta quien se burla de su situacion, y él afligido hasta el extremo, duda si volverá ó no á casa de su amo. Las lágrimas corren en abundancia por sus mejillas, y sus lamentos no dejan de excitar la compasion de otras almas caritativas.... algunos de los que habian presenciado su desgracia y escuchaban sus sollozos, se acercan y le dán algunos cuartos..... pero sin embargo, aquel dinero no igualaba con mucho á la cantidad que debia importar la venta de sus fósforos; el no reunirla por completo en nada disminuiría la gravedad de aquel funesto acontecimiento, porque siempre su principal hubiera dudado de su conducta, y atribuido al juego ú otros vicios la falta que solo era debida á la casualidad ó á la inadvertencia.—Un caballero pasaba á la sazon por aquel sitio: llevaba de la mano un niño como de diez años de edad..... la inocente criatura, conmovida por los lloros del fosforero, manifestó á su padre deseos de averiguar la causa de la afliccion de aquel pobre muchacho, y se acercaron ambos á informarse por sí mismos; no tardaron mucho en conocer cuanto queda dicho, porque cien personas se lo referian á la vez.—El niño cada instante mas interesado en la desgracia del infeliz fosforero, no perdia ocasion de insinuar á su padre con sus miradas y sus ademanes, la satisfaccion que tendria de proporcionarle algun consuelo: el padre lo

EL FOSFORERO.

Yo he venido antes que tú, y este sitio me corresponde.—No señor, que hace un mes que yo lo ocupo y me pertenece de derecho.—Haber madrugado mas, señor mio.—Este diálogo entre dos muchachos que vendian fósforos el uno y quincalla el otro, habia excitado la curiosidad de muchas gentes que formaban un gran círculo en medio de la Puerta del Sol. La disputa se iba formalizando hasta que al fin vinieron á las manos.... el quinquillero echó la zancadilla al fosforero y este cayó en tierra con su cajoncillo.... al golpe se inflaman los fósforos, y casi todos quedaron reducidos á ceniza, en un instante..... Por el pronto solo trató de vengarse de quien tan innoblemente le habia ofendido; pero despues era la ruina de su mercancía lo que él deploraba.... ¡Volver á casa sin un maravedí, y sin los efectos de su comercio!.... La reprension y el castigo que le esperaba aumentaba su desconsuelo. Por otra parte, los que se interesaban en su desgracia, se

EL FOSFORERO.

le acercan, y todos le echan en cara su falta de cordura.—Un muchacho que vende por la calle debe ser muy prudente, le decian; si se mezcla en disputas en vez de cuidar de despachar su género, le sucede la desgracia que experimentas ú otra semejante....—Adquiere mala fama y sus amos no le ocupan ya fácilmente porque nadie quiere fiar su caudal, aunque sea en pequeño, á quien no ofrece la confianza necesaria.... El fosforero escuchaba apenas aquellas advertencias; mil ideas á cual mas tristes se agolpan á su imaginacion al contemplar el estrago que habia producido su caida... No falta quien se burla de su situacion, y él afligido hasta el extremo, duda si volverá ó no á casa de su amo. Las lágrimas corren en abundancia por sus mejillas, y sus lamentos no dejan de excitar la compasion de otras almas caritativas.... algunos de los que habian presenciado su desgracia y escuchaban sus sollozos, se acercan y le dán algunos cuartos..... pero sin embargo, aquel dinero no igualaba con mucho á la cantidad que debia importar la venta de sus fósforos; el no reunirla por completo en nada disminuiría la gravedad de aquel funesto acontecimiento, porque siempre su principal hubiera dudado de su conducta, y atribuido al juego ú otros vicios la falta que solo era debida á la casualidad ó á la inadvertencia.—Un caballero pasaba á la sazon por aquel sitio: llevaba de la mano un niño como de diez años de edad..... la inocente criatura, conmovida por los lloros del fosforero, manifestó á su padre deseos de averiguar la causa de la afliccion de aquel pobre muchacho, y se acercaron ambos á informarse por sí mismos; no tardaron mucho en conocer cuanto queda dicho, porque cien personas se lo referian á la vez.—El niño cada instante mas interesado en la desgracia del infeliz fosforero, no perdia ocasion de insinuar á su padre con sus miradas y sus ademanes, la satisfaccion que tendria de proporcionarle algun consuelo: el padre lo

habia comprendido.--¿Eres tu el único dueño de ese pequeño comercio?—No señor: por mi desgracia, la hacienda destruida que veis pertenecia á mi amo, que ha de recibirme cuentas á la noche de lo que me ha dado y de lo que le entrego.... Ya vé V., señor, añadió llorando fuertemente, que no pudiéndolo hacer en este dia, soy la criatura mas desgraciada del mundo.—Vamos, no te desconsueles; ya te sugerirá tu imaginacion algun ardid para engañar al principal, á fin de que él ignore la causa verdadera de tan desgraciado lance.--¡Ah! no señor, eso no; mi amo podrá castigarme, despedirme..... pero yo no mentiré..... La cosa que mas me encargó mi padre al tiempo de morir, fue que jamás ocultase la verdad, aunque fuera en contra mia.—¿Con qué no tienes padre, y sin embargo consentirás quedar del todo abandonado, antes que echar una mentira?—El otro niño enternecido con esta relacion, muestra cada vez mayor impaciencia...—¿Y á cuánto asciende la pérdida de ese caudal?--Unos treinta reales sería el importe de todo: la caridad de estos señores ha producido diez reales, con que son veinte los que me faltan..... ¡Veinte reales! ¡ah! en un año no me es posible ahorrar esa cantidad de mi escaso salario! pero si mi amo no me despide esta noche, yo le iré pagando poco á poco esta suma, aunque sea aminorando mi racion.....—¡Pobre niño! no; tu pagarás ahora mismo á tu amo el importe de sus efectos.... Toma, y le puso en la mano un duro.—El fosforero lleno de alegría no sabia como expresar su gratitud á aquel bondadoso caballero, y sobre todo á aquel sensible niño que tanto se habia interesado por su bien.... Ambos habian ya desaparecido, pero sus facciones quedaban grabadas en el corazon y en la memoria del fosforero.--Este fué á casa de su amo y contó su aventura, pero el amo solo hizo caso de que aquel dia le habia llevado á la mitad de la mañana el importe de la venta que siempre concluia al

llegar la noche. Otro tanto hubiera hecho en sentido inverso, á no ser porque la casualidad ó la Providencia mas bien, que siempre vela en favor de los niños que aborrecen la mentira, le libertó por tan extraño medio de una grande responsabilidad y de sus terribles consecuencias.—A la mañana siguiente ya se oía otra vez por las calles la voz del fosforero que con agradable cadencia decia; *Fósforos finos*, *de carton y de cerilla*, *fósforos*, *papel de Alcoy*.

El fosforero se encuentra en todas partes..... allí donde hay una funcioncita, una reunion cualquiera, allí está él llamando la atencion con su cajoncito colgado del cuello y un baston en la mano. A larga distancia se le oye, y él se mezcla fácilmente entre todos los círculos, porque en todos hay quien esté dispuesto á fumar su cigarro. El ejercicio de fosforero no es de aquellos que ofrecen grandes ventajas; pero él es un medio honesto de procurarse la subsistencia, y de huir de la mendicidad..... Por lo general los muchachos que se dedican á este género de industria son muy enredadores, y algo viciosos, con sus ribetes de fulleros; pero sin embargo, tambien puede haber entre ellos jóvenes dignos de mejor suerte, dotados de un bello corazon y de las mejores disposiciones.

Para que lo sepais, Andrés se llamaba el fosforero de quien he hablado antes.... Este muchacho desde el dia del incendio de sus fósforos, habia aumentado los objetos de su comercio, y ademas de las cerillas fulminantes llevaba cartones de luz, aromáticos y bolas de jabon: la fama de su género se habia extendido, y él solo despachaba mas que tres ó cuatro comerciantes de su clase. Tambien es verdad que buscaba solícito las ocasiones de adquirir parroquianos..... Cierto dia de fiesta, de los muchos en que varias familias salen á comer y divertirse en las praderas del Canal, esto es, á disfrutar lo que se llama un dia de campo: Andrés habia acudi-

do á aquel sitio, que despues de una larga temporada de lluvias estaba verde y delicioso. El Manzanares habia adquirido el aspecto de un rio formal, y aun aquel llenaba todo el cauce. Infinitos círculos de amigos se veian en la vasta extension de la pradera, que cantaban, bailaban y bebian alegres, y otros que se entretenian en correr y en varios juegos propios de un dia de campo. Andrés vagaba de una en otra reunion con el solo objeto que á cada paso anunciaba su consabida cantinela..... Por la orilla del citado Manzanares marchaba, cuando observa que un incauto jóvencillo queriendo acercarse demasiado, cae al rio y se sumerge en las cenagosas aguas del mismo.... Andrés que era buen nadador no puede contenerse, deja su caja y se arroja al agua para salvar de la muerte á aquel inocente... á duras penas, porque la corriente era demasiado impetuosa, pudo asírle los faldones del levita del desgraciado niño, y con grande trabajo sacarlo á la ribera antes que se hubiese ahogado, pero no sin que hubiera tragado gran cantidad de agua..... Olvidándose de su cajon y de sus fósforos, preocupado con la idea de volver á la vida aquel niño que acababa de arrancar de las garras de una muerte cierta, principió á dar gritos de socorro, y al momento vinieron muchas gentes que nada habian visto..... Un caballero corría acelerado hácia aquel sitio, preguntando á gritos por su hijo..... Se acerca, lo vé en aquel estado, y al instante procura los socorros necesarios..... Los médicos aseguran que nada debe temer por la salud de su hijo, porque dentro de poco recobrará el uso de los sentidos..... Un ay se oye en el instante.... Un grito de regocijo se escapa involuntariamente de la boca de aquel buen padre..... su hijo ha vuelto en sí..... Entonces pregunta aquel por el libertador de su hijo, y se encuentra con Andrés, Andrés, aquel Andrés á quien no ha muchos dias él ha favorecido con un acto de generosidad salvando su re-

putacion y precaviendo su miseria..... aquel Andrés que hoy le paga sin saberlo, con otro acto de generosidad que salva la vida de su hijo, y restituye á su familia la felicidad que hubiera perdido con aquella..... La generosidad bien entendida es una virtud que jamás queda sin recompensa..... El padre afortunado de aquel niño quiso agradecer el favor inapreciable que acababa de recibir de Andrés..... yo no podia dudar que quien tanta aversion habia manifestado á la mentira, tenia un corazon noble hasta el heroismo, y que un jóven tan virtuoso merecia una grande recompensa..... Hizo á Andrés que le acompañase á su casa, donde el resto de la familia le colmó de bendiciones y caricias..... Andrés ya no se separó del lado de aquel caballero, quien cuidó de su educacion despues y de su suerte, y Andrés es hoy un hombre respetable por su honradez, por sus conocimientos y por sus bienes de fortuna, ¡Oh virtud, virtud! sin ti no hay felicidad posible.....

EL DEPOSITO.

¡Qué hermosa temporada es la de las vacaciones! al cabo de algunos meses de encierro, de privaciones y de estudio, el pobre alumno sale de su colegio para disfrutar de la compañía de su familia, y participar de las diversiones que esta le proporciona..... La caza, las romerías, las funciones de los pueblos inmediatos, el exámen de las curiosidades mas notables, todo se deja para este tiempo apetecido..... Mi condiscípulo Enrique se habia empeñado en que fuésemos á pasar unos dias á Madrid, con el fin de visitar á una tia suya, superiora de las hijas de la caridad de S. Vicente Paul en la Inclusa..... Muchos deseos tenia yo de ver la corte; pero conocia la repugnancia que debian oponer mis padres á este viaje, y yo mismo dudaba mucho del éxito de nuestras pretensiones. Sin embargo, creia que yendo con su padre, é interesándose este con el mio que eran íntimos, todo se allanaría..... Enrique fue el primero que indicó nuestro proyecto á mi padre, y obtuvo la negativa mas

J. Arrial lit. Lit. de Bachiller.

EL ESPOSITO.

completa..... desconsolado yo hasta el infinito aquellos dias destinados al recreo, se convertian en siglos de amargura..... y no cesaba de llorar..... Nuestros padres hablaron por fin, y cuando yo temia que aquella entrevista acabase del todo con mis esperanzas..... oigo que mi padre me llama y me dice:—¿Con qué deseas ir á la corte?—¡Ah, sí papá! Enrique vá tambien; su padre le acompaña, y ya que no podeis hacer lo mismo, al menos permitidme.....—Bien, irás con Enrique, y cuidado como te conduces durante el viaje: el niño bien educado debe acreditar que lo está en todas partes y en todas ocasiones.—Dí gracias afectuosas á mi buen padre, y á pocos dias emprendimos nuestra marcha muy alegres, porque á cada instante repetiamos aquella antigua frase *desde Madrid al cielo.*

Nos apeamos en la fonda de la Europa, y luego fuimos á visitar á la tia de Enrique. Era sin duda la mejor persona que yo he visto; afable, caritativa, generosa: nos hizo mil agasajos; recibió á su hermano y á su sobrino con las mayores caricias, y se ofreció gustosa á manifestarnos el interior de aquel establecimiento, obsequio distinguido que se hace á las personas de consideracion, ó á cualquier viajero que se presenta.

En un magnífico salon se ven colocadas en órden muchas camas pequeñitas de forma de cuna, aseadas en extremo y cubiertas las cabeceras con un lienzo blanco, que en el invierno sirve de abrigo y en el verano preserva á los niños de la incomodidad de las moscas y de la accion de la luz. Unas sesenta nodrizas que habitan siempre dentro del establecimiento, cuidan de la lactancia de los niños, y reemplazan el cuidado de las madres. En otra sala contigua están las camas de estas, colocadas en buen órden y con modesta decencia. Por la noche las criaturitas son trasladadas al lecho de las nodrizas, donde disfrutan del alimento propio de su edad y del calor que les es tan necesario. Dos

hermanas de la Caridad permanecen siempre en vela, y están al cuidado de los niños y de las nodrizas, para que á aquellos nada les falte de cuanto exige de estas el método particular que se sigue dentro del establecimiento. Hay ademas su correspondiente enfermería, en la que se facilita á los expósitos con esmero admirable los recursos especiales que reclama el estado de su salud. En otra sala están los niños de ambos sexos que han llegado á la edad en que es preciso separarles de la lactancia, para acostumbrarlos á otro género de alimentos. Las hermanas de guardia tienen su retrete en el cual hay una campana y un torno. Cuando alguna criatura es depositada en él, la persona que la lleva toca la campana; la hermana que está en vela recoge el recien nacido y lo pasa inmediatamente á la sala de depósito, con las señas que suelen llevar la mayor parte escritas por sus padres. Estas señas se conservan como en depósito sagrado hasta el acto del bautizo de la criatura, que es cuando se le dá el nombre que han designado sus padres, y si esto no ha sucedido, se le pone otro que determinan los directores del establecimiento. Entonces el contenido del papelito que expresa alguna circunstancia particular, por la que se pueda venir en conocimiento de la identidad de la criatura, se estampa al pie de la letra en el libro de partida, y al niño ó niña se le pone al cuello una medallita con el número del registro.

Infinidad de niños expósitos se dán á criar fuera del establecimiento á personas de responsabilidad, á quienes paga el establecimiento mismo. A la edad de siete años, los niños ya criados devueltos á la Inclusa, pasan al colegio de niños *Desamparados*, tambien bajo la inspeccion de la junta municipal de beneficencia, donde reciben los rudimentos de la primera educacion, y aun se les inicia en los conocimientos de algun arte ú oficio. Las niñas de la misma edad pasan al colegio de niñas de la Paz, que puede considerarse como parte de la In-

clusa, y allí reciben una educacion esmerada, y aprenden las labores propias de su sexo. Mas de trescientas niñas vimos ocupadas con silenciosa aplicacion en la fabricacion de sombreros de paja, con preciosos calados y vistosos dibujos, en el ejercicio de esquisitos bordados, y en hacer guantes de piel y de malla con una perfeccion admirable. Tambien notamos las aulas destinadas al ejercicio de la lectura y escritura para las mismas.

Sor Teresa nos hizo varias observaciones curiosas é importantes acerca de las ventajas que la humanidad reporta de este útil establecimiento, y concluyó manifestándonos que mediante el sistema nuevamente establecido, se habia hecho la observacion de que morian proporcionalmente la mitad de los niños que antes. Esta idea consoladora hizo un efecto mágico en el ánimo del padre de Enrique, que prorumpió en exclamaciones de gratitud hácia las almas benéficas que con infatigable celo trabajaban en provecho de la humanidad.

Si mi conversacion no os desagrada, yo os referiré la buena conducta de uno de nuestros niños, añadió Sor Teresa.

Sí, sí, mi querida Tia, cuéntela V. yo se lo ruego.—Bien, pero mira que es algo larga.....

Cierto dia un tal Ricebal, rico comerciante de vinos que habia quedado viudo y sin hijos, vino á visitarme, y como deseaba pasar al colegio de Desamparados, le dí una recomendacion para el Rector de aquel establecimiento. La fisonomía alegre y el aire de franqueza de uno de nuestros huerfanitos le chocó vivamente y desde luego principió á hacerle proposiciones de cambiar de vida y de estado..... Habló en seguida al Rector y á los individuos de la Junta de Beneficencia, y obtuvo el permiso de llevarse al niño á su propia casa..... Pablo descubria las mejores disposiciones, se aplicaba y sobre todo no perdonaba ocasion de manifestar su gratitud á su bienhechor. Este tampoco escaseaba nada

de cuanto podia contribuir á la felicidad del jóven expósito. En la escuela hacia grandes adelantos y no tardó muchos años el señor Reicebal en ponerlo á la cabeza del comercio de su casa. Pablo tenia entonces 17 años; pero su celo y aplicacion estimulados por el deseo de mostrarse siempre reconocido á los beneficios de su protector, le distinguia entre el número de los dependientes de la tienda, y suplia con acierto é inteligencia las ausencias de Reicebal. Cada dia estrechaba mas y mas los lazos que le unian al huerfanito, y en verdad que él era digno de tan marcadas distinciones. El menor deseo de su bienhechor era para Pablo un deber que trataba de llenar al momento. Asi es que se habia adquirido la amistad de cuantos le trataban. Los criados que á su llegada le miraban con cierto género de desprecio, mudaron prontamente de concepto, y no podian menos de apreciar la conducta de Pablo, que tambien se hacia acreedor al cariño de los dependientes de la casa: los trataba con dulzura; jamás les reprendia con enfado, y nada les decia mientras no observase alguna cosa en perjuicio de los intereses de Reicebal, quien los confiaba ya todos al cuidado de nuestro huérfano. Un acontecimiento que hace demasiado honor á este para dejárosle de referir, dió nuevo impulso al entrañable afecto que Reicebal le profesaba.

Marchaban los dos en su carruage á visitar una quinta que á nueve leguas de la corte Reicebal trataba de comprar. Una legua antes de llegar á ella, debian dejar la carretera para tomar el camino único que conduce á la referida posesion, y este camino no era tan bueno que dejase de estar rodeado de derrumbaderos espantosos. La mañana habia sido hermosa, y á la mitad del dia hacia un calor insufrible, tanto que los viajeros deseaban el momento de llegar á la quinta para refrescarse. Mas de repente se forma una tempestad asombrosa, y al momento el horrísono estrepito de los

truenos y de los relámpagos sonaba sobre sus cabezas Los caballos espantados emprenden la carrera, y las bridas se hacen pedazos en las manos de Pablo que quiere enfrenarlos con todas sus fuerzas.—Este era un momento terrible: el carruaje conducido al arbitrio de los animales desbocados, á cada instante parecia irse á precipitar en aquellos profundos barrancos. La tempestad iba en aumento. Toda tentativa para salir de tan horrible situacion era inútil; saltar en tierra desde el carruage era imposible: parecia que las ruedas apenas tocaban en el suelo: tal era la rapidez y violencia con que escapan los caballos Una de las ruedas al chocar con un peñasco se rompe, y los pedazos hieren á un caballo, con lo que el animal furioso aumenta la velocidad de su carrera y cambia la direccion del camino. Los infelices viajeros ven el fondo del abismo que se encuentra ya á sus pies. Pablo de un golpe de vista comprende lo crítico de su posicion, y por salvar la vida de su protector y salvarse, salta precipitadamente al camino á riesgo de ser hecho pedazos por las ruedas, y agarrándose con un esfuerzo incomprensible á la cabeza de uno de los caballos, logra detenerlos cuando solo faltaban cuatro dedos para que una rueda perdiendo tierra cayese en el fondo del precipicio..... gracias á este atrevido rasgo de valor en que el cariño y el reconocimiento habian tenido tan buena parte; Reicebal estropeado por los golpes que habia recibido con el veloz y desconcertado movimiento del carruage, pudo saltar en tierra arrojándose en seguida en los brazos de Pablo, á quien él llamaba su salvador, su hijo.....

Pablo acababa de salvar la vida de su bienhechor, y agradecido este á tan singular servicio, le tuvo desde aquel instante no como un jóven prohijado, sino como un hijo verdadero, confiriéndole los derechos que como tal pudieran corresponderle.

Rico y apreciado de todos cuantos le conocian, Pablo

nada tenia que envidiar, y su felicidad era completa: sin embargo, la suerte hubo de exponer á otras pruebas su generosidad y sus buenos sentimientos. Acosado Reicebal por algunas bancarrotas que las vicisitudes del comercio le proporcionaron, vióse, á pesar de su buena fé y sin poderlo remediar, sériamente comprometido: el caudal que tenia ahorrado y el producto de la venta de algunas fincas, apenas bastó á cubrir los pagos que su mala fortuna habia hecho recaer sobre los intereses de su casa. Reicebal se vió pues reducido á la miseria: al cabo de algunos meses, una pequeña suma que con gran trabajo habia podido salvar de aquel terrible contratiempo, era todo cuanto le restaba de su anterior opulencia. *Con bien vengas mal si vienes solo*: dice el adagio. La pena y los disgustos que le habian ocasionado tan inesperadas pérdidas, produjeron una alteracion notable en su salud, y Reicebal cayó gravemente enfermo. Los cuidados de Pablo y el auxilio de las medicinas le proporcionaron notable alivio; mas cuando ya estaba en disposicion de levantarse de la cama, un accidente de perlesía puso á nuevo riesgo su existencia, y le dejó baldado de pies y manos. Esta desgracia concluyó de afectar el ánimo de Reicebal hasta el punto de privarle de su inteligencia. Sentado en una silla de respaldo donde le colocaban por la mañana, allí se estaba con el semblante melancólico sin hablar una palabra ni lanzar un suspiro, ni mover ninguno de sus miembros: comia si le daban, como á un niño..... jamás pedia cosa alguna..... habia quedado de todo punto insensible..... El estado de Reicebal era el mas desgraciado que puede imaginarse: pero en esta dolorosa situacion fue cuando el bello carácter y las brillantes cualidades de Pablo resplandecieron heróicamente. En todo el tiempo que duró la enfermedad de Reicebal, Pablo no se separó un instante del lado de su antiguo protector; á nadie confiaba la administracion de los medicamentos, y el se lo

daba todo por su propia mano..... ni las privaciones, ni las incomodidades bastaron á hacer variar la conducta de Pablo. Su hermoso corazon en nada se desvirtuó ni un solo instante, y puede asegurarse que á la solicitud y á los cuidados de su ahijado, debió Reicebal mas que á otra cosa la salud que recobró despues.

Pablo se privaba con satisfaccion de todo cuanto le hacia falta y lo empleaba en conservar la vida de su bienhechor. Para aumentar los medios de subsistencia entró en clase de tenedor de libros en una de las casas mas principales de comercio. La reputacion ventajosa de la conducta de Pablo, su actividad y buenas cualidades, le hicieron adquirir prontamente la estimacion y la confianza del principal de la casa referida. Cuanto ganaba Pablo era destinado fielmente á la convalecencia de Reicebal. Dos años pasaron, que eran dos siglos de privaciones y de miseria bastantes á debilitar el cariño en otro corazon menos noble y virtuoso que el del generoso expósito, en el cual la adversidad y el infortunio servian para aumentar el interés y redoblar los esfuerzos.

En fin, Dios puso término á tan crueles pruebas; un recurso inesperado vino á restablecer parte de la fortuna que otro tiempo constituia la opulencia de Reicebal.

La mayor parte de operaciones comerciales de este se habia verificado con casas americanas, y esta fue la razon principal de su bancarrota y de sus pérdidas.

Cierto dia el factor remite á Pablo un gran legajo de papeles..... los abre..... ¡Oh fortuna! el reembolso de sumas considerables pertenecientes á su bienhechor, suma que ascendia á unos ochocientos mil reales. Pablo loco de contento contemplaba feliz aquel instante pues que ya su protector no sufriría los efectos de la miseria, otros medios de curacion se ensayarian y ¿quién sabe si recobraria del todo la salud?..... Pablo nada omitió por

conseguirlo, y si posible fuera hubiera dado toda aquella cantidad por volver á su bienhechor al estado de sanidad en que antes se encontraba, aunque hubiera tenido que mantenerle luego con el producto de su ordinario trabajo.

Despues de algunos años Reicebal falleció..... Pablo lloró amargamente la pérdida de aquel hombre generoso, que sin consultar mas que á su buen corazon, lo habia arrancado del seno de la indigencia para trasladarlo al de la abundancia y las comodidades. Su sentimiento fue sincero y profundo porque él no sabia fingir; sus lágrimas no fueron estériles, y las limosnas que hizo á los pobres, hicieron que su nombre y el de su bienhechor fuesen benditos entre los desgraciados.

Pablo vive todavia jóven y feliz, y merece la estimacion y el aprecio de cuantos le tratan y conocen. Las cualidades que embellecian su juventud hacen la delicia de su existencia, ahora que ya es hombre y que la razon se ha fortificado con los años. Porque es necesario que comprendais que ni las riquezas, ni las alabanzas del mundo vale tanto como una conciencia pura, y que no hay felicidad verdadera donde no existe la virtud..... Pablo tuvo la suerte de hallar un hombre tan bueno como Reicebal; pero si el no hubiera procurado hacerse digno de su proteccion, si se hubiera abandonado á una culpable negligencia, al olvido de sus deberes ¿qué hubiera sucedido? Reicebal le hubiera despedido prontamente como indigno de sus bondades, y encerrado otra vez en la casa de expósitos, siempre oscuro, siempre miserable, habria tenido que trabajar indudablemente por no perecer despues de miseria.

Ya era tarde; la tia de Enrique nos hizo grandes instancias porque nos quedásemos; pero nos encargó mucho que volviésemos otro dia, y nos despedimos al fin prometiendo complacerla.

J. Arrial lit. Lit. de Bachiller

EL GRUMETE.

EL CAUDILLO.

¡El mar! ¡Oh, ¿quién no desea ver el mar? Yo le he visto! durante las últimas vacaciones mi padre quiso llevarme en su compañía á la ciudad de Barcelona, donde le llamaban algunos asuntos de comercio para volver desde allí á Granollers, pueblo de nuestra naturaleza. Os referiré pues una aventura bien extraña que nos aconteció en la capital de Cataluña, y me facilitó los medios de poderos hablar de la mar. Si yo fuera á manifestaros la impresion que me causó la vista de aquel magnífico puerto, todo lleno de barcos de diversos tamaños y de diferentes naciones, iría acaso mas allá del término que me he propuesto al principiar este artículo. Mi imaginacion se fijó especialmente en un hermoso navío que al parecer se disponia á

hacerse á la vela: por el pronto yo nada veia ni en nada me paraba mas que en el referido bagel: mi imaginacion trasportada al recinto del mismo me representaba en medio de los marineros preguntándoles el nombre y el uso de las partes que constituyen un navío. Mi padre apercibido sin duda de mi enagenacion, comprendió mi deseo y me dijo: — ¿Quieres qué vayamos á bordo de aquel barco? — Sí, Papa, me alegraré mucho. — Ya lo veo, es necesario que prestes atencion á todo cuanto alli observes y oigas, porque quiero que despues lo repitas exactamente cuando yo te pregunte. — Os lo prometo Papa mio: yo aplicaré toda mi atencion. Mi padre hizo señal al patron de una lancha que se hallaba próxima á la orilla, atracó la pequeña embarcacion, saltamos en ella, y en pocos golpes de remo nos hallamos á la orilla del navío y dentro de un instante subimos á bordo del mismo. Hallándose ausente el capitan fue el contramaestre el que nos recibió. Despues de los primeros cumplimientos y saludos de etiqueta, mi padre le manifestó mi deseo, y el buen marino nos admitió con suma bondad principiando desde luego á hacerme conocer la estructura de la embarcacion: me habló de todas y cada una de sus partes cuyos nombres tienen semejanza con los de las del cuerpo humano: asi es que se dice *el costado del bagel, sus carrillos, su frente, su vientre, su cintura, etc.*, tambien me habló de *la quilla, de la cala*, de los *puentes*, de los *entrepuentes* y de otra porcion de cosas cuyos nombres olvidé al instante, convenciéndome de que era imposible que yo pudiese dar cuenta exacta á mi padre de cuanto veia y oia como le habia ofrecido. Luego nos hizo relacion de los grados de los oficiales de marina y de los destinos de los marineros. El principal, la primera autoridad de un navío es el capitan, á este sigue el teniente, los subtenientes y los guardias marinas; ¡qué uniforme tan bonito! — En el equipage es el gefe, el

contra-maestre, luego el timonero, los gavieros, los marineros de puente, los caleros y los grumetes. El contra-maestre me dijo todavia otras cosas que yo apenas entendí porque estaba preocupado y tenia fija mi atencion en seguir los movimientos de un muchacho de diez á doce años que con admirable velocidad trepaba por las escalas de cuerda de la arboladura del navío. — ¿Creo que desearéis saber, me dijo el contra-maestre, quien es ese muchacho? pues bien ese és un *Grumete*.

Ya habia yo oido hablar antes en el colegio y fuera de él de este ejercicio, porque con frecuencia solia decirse de los malos estudiantes y de los niños incorregibles que debian ser Grumetes, de aqui inferia yo que la situacion de estos infelices sería bien desgraciada y por eso escuchaba con atencion lo que el contra-maestre principió á decirme.

El *Grumete* forma parte del equipage de un bagel: desde la edad de diez años principia su penoso aprendizage, se mantiene con galleta, y su lecho es una hamaca: solo cuatro horas de las veinte y cuatro del dia se le conceden para su reposo. Entonces no es la dulce voz de su madre ni el movimiento de la cuna quien le duerme, es el vago, tumultuoso y monótono balanceo de las olas; no es el acento amoroso de su querido padre quien le da la señal de levantarse; ¡pobre niño! es el eco brutal de un marinero ó el desagrable pito del contra-maestre que violentamente le arrebata del apacible sueño, en cuyas ilusiones el ha creido verse bajo el techo paternal al lado de sus padres y de sus hermanos, y participar de sus halagos y de sus caricias. Otras veces le despierta la tempestad con su horrísono estrépito, ó el huracan terrible que vomitando rayos y centellas descarga su ímpetu sobre el navío, y levantando montes de agua y abriendo insondables abismos eleva y sumerje á aquel con espantosa violencia. ¡Adios ilusion grata, adios sueño encantador! ¡levántate *grumete*, levan-

tate y defiende tu vida! hé aqui la mar que cual leona indomable se enfurece cuando otra fuerza quiere oprimirle; mira como sacude su larga crin, como se esparcen por el viento sus rugidos espantosos; está loca de furor, ¡vamos *grumete* á la jarcia, á la berga, al palo mayor! el viento y las olas juegan con el barco como dos niños con un volante: las *drizas* se rompen, la arboladura se desbarata, el velamen es hecho pedazos; allá va sin miedo con la cabeza derecha, el pie firme, la cara al viento y al granizo, la frente serena al deslumbrante resplandor de los relámpagos... ¡Allá va á encoger una vela, á tomar un rizo á la altura de una verga! si cae á la mar..... ¡Adios! nadie le ve, nadie irá en su socorro... su cuerpo desaparecerá en el abismo de las aguas; mas si esto no sucede y el casco del navío ha quedado solo sin velas y sin rizos, el brazo fatigado del marinero reusa el trabajo, el gobernalle se ha perdido. Oh, entonces si que sufre el *grumete*, se deshace en gemidos lastimosos, llama á gritos á su madre y su madre no le oye, su madre, aquella madre que desea todavía abrazarle..... ¡Tan jóven, morir tan jóven ¡Dios mio! ¡ah, esto si que es horrible!..... Al pronunciar estas palabras el buen contra-maestre se quedó pensativo y absorto: su semblante habia adquirido de repente un aire de tristeza y de melancolía que excitaba á compasion; yo esperaba conmovido que él continúase su discurso; mi padre tambien habia observado con impaciencia aquella interrupcion.--No os asombreis, amiguito, añadió al instante, no puedo recordar sin emocion los primeros años de mi carrera marítima. Oh ¡cuántas veces durante estos largos años he suspirado por volver bajo el techo paternal! Mis remordimientos y mis trabajos han sido una cruel expiacion de mis faltas! he cometido algunas graves de que debo arrepentirme y cuyas consecuencias amargas estoy sufriendo todavía. Escuchad, pues, que mi confesion debe ser para

la juventud un ejemplo admirable de las desgracias que acarrea un carácter indócil y obstinado.

Nací en Granollers á seis leguas de Barcelona en 1796. España disfrutaba entonces de aquella paz ficticia establecida á costa de una de nuestras mejores colonias, mediante el tratado que se verificó con otra nacion vecina y que valió á un español el título de príncipe de la Paz. — Celebro, replicó mi padre, tener el gusto de saludar á un compatriota, yo he nacido tambien en Granollers, pero algunos años mas tarde, en 1802. — En 1808 continuó el marino, cuando Fernando VII subió al trono de las Españas, y la Nacion se preparaba en masa á sostener su independencia, yo tenia doce años, y á pesar de mi corta edad hervia mi sangre y daba señales de tener un genio belicoso; mi carácter era bastante indómito y hacia confundir frecuentemente el necio orgullo con el espíritu noble de independencia: hacia mucho tiempo que iba á la escuela y apenas sabia leer, mas en cambio no habia un muchacho de mi edad que me ganase á trepar por los árboles, á sostener peleas, y buscar nidos; gozaba de la reputacion de quimerista, y siempre mandaba en gefe las pedreas que se suscitaban entre los muchachos del pueblo. Cada dia recibia mi buen padre amargas quejas contra mí: me reprendia con severidad y con justicia, mas ni sus reconvenciones graves, ni sus exhortaciones amorosas, bastaban á enfrenar mi indocilidad salvage; yo marchaba á paso acelerado por el camino de mi perdicion.

Cierto dia en que habia cometido un delito bastante grave, mi padre me declaró con toda seriedad que á pesar del cariño que me profesaba, me haria conducir al dia siguiente á Barcelona donde me encerraria en un colegio sin volverle á ver hasta que mis maestros le avisasen de que mi carácter habia cambiado enteramente. Yo comprendí desde luego que encer-

rado una vez en el colegio, me veria por precision sujeto á las leyes de un reglamento severo: que alli mi voluntad estaria rigurosamente sujeta á otras cien voluntades, y en fin, que iba á quedar sumido en la mas dura esclavitud. Esta idea desencadenó mi orgullo y, ¡no! dije para mí, mil veces mejor es ganarse la vida con el mas penoso trabajo! pero ¿qué medio? Yo nada sé hacer..... nada puedo..... Oh, yo lloraba de rabia al considerar mi impotencia, iba ya á ceder..... mas me acordé de repente haber oido hablar de los muchachos que sirven en la marina; ah, ¡bien, soy fuerte, estoy ágil, no tengo miedo, yo seré *Grumete*!—¡Fatal determinacion, funesta idea! ¡cuántas lagrimas me ha costado! En efecto, aprovecho la primera ocasion, y tomando un lio de mi ropa debajo del brazo, diríjome al puerto, pero á hurtadillas, y guardándome hasta de mi sombra como el criminal que se esconde á la vista de los demas hombres, como el facineroso que huye de las pesquisas de la justicia, de este modo abandoné la casa paterna.....

Al oir esta parte de la historia del marino no pude menos de estremecerme y tomando el brazo de mi padre exclamar:—¿Cómo? ¡de esa manera tan poco digna huísteis del lado de vuestro padre!—No acertaré á explicar la desagradable impresion que produjeron en mi alma las últimas palabras del marino..... Lo cierto es que sin poderlo remediar me alejaba de él insensiblemente; la confianza que me habia inspirado al principio, habia sido desde aquel momento reemplazada por una repugnacia invencible: decia yo para mi. "Que hay que esperar de bueno de un hombre que cuando era niño tenia el corazon tan duro, tan ingrato, y tan pervertido, que pudo resolverse á abandonar á su padre mientras este dormia, que pudo cometer un crímen tan detestable, sin que la idea del dolor y de la pesadumbre que su buen padre debia experimentar al abrir

los ojos para encontrarse sin su hijo bastase á contenerle en tan abominable proyecto." — Mi padre me miraba con atencion, y de repente me estrechó entre sus brazos, y me dió un beso en la frente como cuando está contento de mi.

El viejo marino comprendió por mi semblante lo que pasaba en mi corazon, y continuó con una sonrisa amarga.— No me despreciéis, apreciable niño, ¡ah! yo no debo volver á ver jamás ni á mi buen padre, ni á mi querido hermano. —¿Teneis un hermano? (interrogó vivamente mi padre.) — Sí, un hermanito de seis años abandoné tambien que era un ángel en su figura y en su genio, tan amable y tan dócil como yo travieso é incorregible, le amaba tanto..... antes de marcharme le abracé mil veces..... pero él dormia y yo huí sin haber disfrutado por última vez de aquella sonrisa inocente que tantas veces he recordado con dolor inexplicable. — Cómo se llamaba vuestro hermano? — Enrique. —¿Enrique? ¿Enrique Ferrer, no es verdad? — ¡Ah! ¿de qué lo sabeis?—Es que yo he conocido á ese Enrique Ferrer. —Habeis conocido á mi hermano, ¿es posible? ¿y vive todavia? preguntó el marino esperando azorado y pálido la respuesta. — Sí, sí vive. — ¡Bendito sea Dios! — Varias veces hemos hablado de su hermano Gregorio que huyó de la casa de sus padres como habeis dicho, y se llevó consigo un medallon que contenia el retrato de su madre.— ¡Oh! sí, sí, miradlo! (El contramaestre enagenado, temblando y fuera de sí cubria el retrato de su madre de besos y de lágrimas.) Continuad, dijo á mi padre con voz ahogada por los sollozos; habladme de mi hermano, de mi querido Enrique! — Pues bien Enrique Ferrer se casó y hace doce años que es padre de un apreciable niño que no puede comprender como un hijo huye de la compañía de su padre. Enrique Ferrer ha conducido este año su hijo á Barcelona, y presenta á Julio Ferrer á su tio. — Al

decir estas palabras, mi padre me levantó y puso en los brazos de su hermano Gregorio, que deshecho en lágrimas gritaba. —¡Hermano mio! ¡sobrino de mi alma! ¡Habré vuelto á encontrar á mi hermano! Sí: te reconozco, dice Enrique, tus hermosos ojos azules y llenos de bondad, la cicatriz de la herida que te hice un dia cerca del ojo: ¡Oh! si, tú eres. ¡Dios mio! yo os agradezco la fortuna de volver á ver á mi hermano, y Gregorio lloraba, y nosotros le abrazábamos..... Una sonrisa afable se mezcló en sus lágrimas: nos cogió de las manos á mi padre y á mi, y repetia sin cesar nuestros nombres con exclamaciones de alegría. De repente se pára sin embargo, y con el semblante alterado, lanzó una mirada de inquietud y de zozobra sobre nosotros para preguntarnos con voz balbuciente.... ¿y mi padre?.... —Su hermano bajó silenciosamente la cabeza, y cogiéndole una mano entre las suyas, con la expresion de la tristeza y el dolor en el semblante, le miró arrasados los ojos de lágrimas. —¡Perdido!... ¡Perdido para siempre! gritó Gregorio, ¡ya no le veré mas!.... ¡Ya no podré obtener su perdon ni recibir sus bendiciones! ¡Oh! Hé aquí el castigo terrible que reservaba el cielo á mis grandes faltas. —Y sus lágrimas corrian en abundancia por sus mejillas..... Despues de haber dejado libre curso al dolor, mi padre rogó á su hermano Gregorio que continuase la relacion de su historia y mi tio se expresó en estos términos.

A duras penas llegué al puerto donde me embarqué á bordo de una fragata inglesa armada en guerra. El capitan me examinó con atencion, y encontrándome útil, hizo que me inscribiesen en la lista de los Grumetes de su equipage. — Ya era Grumete. El viento favorable hincha las velas: levantamos la áncora, y partimos..... La ciudad, el puerto, la costa, todo disminuye insensiblemente, y poco despues desaparece del todo sin que se ofrezca á nuestra vista otra cosa que cielo y agua.

Yo permanecia como extasiado contemplando aquel espectáculo tan vasto y nuevo para mí, cuando la bronca voz de un marinero se hizo entender á mis oidos ágriamente.—Vamos Grumete, traeme mi cuchillo que está en la cofa de trinquete.

Era un gaviero quien me hablaba de esta suerte, yo no le entendia ni sabia donde estaba la cofa ni el trinquete, (y como permaneciese indeciso é inmóvil, con una maldicion y una patada me hizo conocer que no debia estar quieto..... Echo á andar..... sin saber donde... pregunto á los marineros, y héme aquí por primera vez trepando por la jarcia á riesgo de caer mil veces. Parecíame este ejercicio gimnástico bastante peor que los que habia practicado antes de tomar mi nuevo estado. A cada instante advertia que se me iba la cabeza al mirar las olas del mar que se entrechocaban á treinta varas bajo de mis pies, y entonces cerraba los ojos y agarraba con toda mi fuerza las cuerdas, para que el ímpetu del viento no me lanzase en medio de las aguas..... En fin, con gran trabajo hice mi encargo y me hallaba sobre cubierta horriblemente fatigado y lleno de sudor. Estas y otras operaciones semejantes se repetian con frecuencia, porque yo no era mas que el criado de los gavieros. Mirad adonde me habia conducido el orgullo y la irreflexion. Yo no quise ser colegial, y habia venido á ser miserable criado, pero criado de la mas baja esfera á quien todos tenian derecho de mandar con despotismo. ¡Oh! yo sufria mucho; pero ya no podia abandonar aquel estado, ya no podia trocar aquella vida por la vida del estudiante. La vista del cabrestante de mesana donde yo fuí castigado una vez, me llenaba de terror y me privaba de sentido. Sin embargo, aún no habia llegado al colmo de mis padecimientos..... Ocho dias de navegacion llevábamos, cuando cambió repentinamente el viento y la mar principió á embravecerse. Las ondas se hacian mayores á cada ins-

tante y parecian cada vez mas resplandecientes, al paso que se cubrian de blanca espuma. Nuestro capitan, marino muy experimentado, veía venir de lejos la mas recia tempestad, y nos advirtió que estuviéramos dispuestos á recibirla. Toda la noche duró el temporal, noche eterna y llena de horrores. Nuestras fuerzas estaban ya agotadas, cuando los primeros albores del dia vinieron á presentarnos en claro los horrores del desastre; la jarcia rota, las velas hechas pedazos, toda la maniobra perdida, y por complemento de nuestra desgracia, un agugero en la cala que llenaba de agua todo el casco. Tal era nuestra situacion. Era preciso hacer nuevos esfuerzos, trabajar mas aún ó sumerjirse y perecer. Creíamos no obstante ganar el puerto vecino, cuando una fragata francesa principió á darnos caza. En el estado en que nos encontrábamos, era imposible huir; no habia otro remedio que pelear ó rendirnos. Dejamos pues acercar el barco enemigo y nos preparamos al combate. Una hora despues el cañon retumbaba en los dos navíos. El Grumete no toma parte en la pelea; pero no por eso está menos expuesto á perecer; porque nadie mas que el debe conducir los cartuchos desde santa Bárbara al pie del cañon, atravesando al descubierto toda la longitud del buque expuesto al fuego del enemigo. Yo temblaba, lo confieso: si me hubiera sido posible, hubiera huido de buena gana ó por lo menos me hubiese escondido en cualquier rincon sin que nadie me viera; pero yo temia tambien pasar la plaza de cobarde: el amor propio me contuvo. Una bala me hirió en la espalda: me hizo caer sobre cubierta y perder el sentido. Cuando lo recobré, me encontraba ya en la cámara del capitan del barco enemigo donde habia recibido los primeros recursos del arte; eramos prisioneros de guerra, y conocí desde luego que nos conducirían á Calaix. Cuando me encontraba un poco restablecido, el capitan me ofreció admitirme á su

servicio; pero yo aborrecia á los causantes de nuestra avería y solo suplicaba que me llevaran con los demas compañeros de desgracia. En efecto, fuí trasladado al ponton donde estaban los prisioneros. ¡Oh! ¡Qué cosa tan horrible es el ponton! Alli estábamos confusamente mezclados en un estrechísimo espacio infectado, sin aire y sin luz, medio muertos de hambre y de sed, haciendo á cada instante mil proyectos inútiles de fuga. Yo habia visto sin embargo que todas las tardes un pescador francés amarraba una barca cerca del sitio donde estaba anclado nuestro buque: esta idea nos sugirió la de practicar una abertura en el costado del viejo ponton. Una noche muy oscura me arrojé por alli al agua, llevando asido con los dientes el extremo de una cuerda que sostenian mis compañeros: llego á la barca nadando, ato á ella la cuerda, y como tiraron á la señal convenida los prisioneros, pronto tuvimos al lado del ponton la lancha consabida. Saltó el capitan, luego el teniente, y despues varios camaradas hasta que la barca llena ya no podia resistir mas peso. Entonces fue preciso que nos decidiésemos á dar un adios sensible á los otros compañeros de desgracia para procurar nuestra salvacion. Protegidos por la oscuridad de la noche y por una densa niebla, vagábamos con silencio sin que el ruido de los remos pudiera ser escuchado: estábamos ya á larga distancia, y sin embargo aún no podiamos cantar victoria, porque cruzaban por alli algunos barcos enemigos..... Sin instrumentos, sin provisiones y sin armas, cuantos trabajos debiamos pasar todavía con tal de poder llegar á Plymouth. El cielo que auxilia siempre la constancia y el valor, vino á nuestro socorro: al segundo dia de tan peligroso viaje, un barco inglés nos recibió á su bordo y facilitó toda clase de auxilios. Mi comportamiento en esta ocasion me valió muchos elogios y salir del estado de Grumete.

Mi tio terminó asi esta parte de su historia. Yo de-

bo añadir que al momento solicitó licencia ilimitada para restituirse al seno de su familia; de entonces acá reside á nuestro lado, y en las largas noches de invierno se complace en repetir esta narracion que yo escucho siempre con gusto: asi es que la sé de memoria.

J. Arrial lit. *Lit de Bachiller*

EL CHEGUECHETO.

EL CIEGUECITO.

Mas de una vez habreis admirado la desigualdad con que se hallan repartido los bienes y los males de la tierra: confusos é impacientes ante esta aparente injusticia habreis tratado de inquirir en vano la causa que la produce, y en vano habreis preguntado á la naturaleza porque ha colmado de beneficios materiales á unos hombres y dotádolos con profusion de privilegios morales, mientras se ha mostrado con otros tan avara de su felicidad, sumergiéndoles en la mayor miseria y dándoles todos los males de que ha privado á aquellos. El velo misterioso que cubre los decretos de la Providencia, es impenetrable á nuestra vista..... guardaos bien de intentar rasgarlo..... vuestro deseo sería tan inútil como criminal..... Entre tanto, si echais una ojeada sobre todos los desgraciados que abundan en nuestras poblaciones numerosas..... ¡Ah! si considerais esos ciegos, esos cojos, esos paralíticos, horrible conjunto de enfermedades, casi siempre producto de la incontinen-

cia ó de la miseria, ¿no asaltará vuestra imaginacion una grande idea? Dios, que asi lo ha resuelto en sus altos é incomprensibles juicios, ¿no puede hacer caer sobre vosotros los mismos males que afligen á esos desgraciados? Provechoso aviso que no debeis olvidar, que debe enfrenar vuestro orgullo, y aumentar el interés que inspira la desgracia de aquellos infelices.

Entre todos ellos dos clases son principalmente las mas dignas de compasion. Hablo de los *sordo-mudos* y de los *ciegos*. Unos y otros no han podido recibir mas que una idea imperfecta y tardía de las impresiones del mundo exterior. En efecto, el niño que oye los sonidos ensaya su voz para repetirlos, y bien pronto la representacion contínua del objeto, y la repeticion del nombre con que se designa, le obligan á ejercer las funciones del pensamiento. Sus ojos se acostumbran á reconocer la forma de los objetos que se presentan á su vista, y á distinguirlos poco á poco con todas sus variaciones; pero los sordo-mudos jamás han recibido la impresion de un sonido, ni pueden ejercitar su voz para imitarlo; mucho despues de la época en que por lo general los otros niños han adquirido el uso de la palabra, principian los sordo-mudos á concebir alguna idea distintiva de las cosas que se ofrecen á sus ojos, y ni aun entonces les es dado expresarla, ni entienden lo que se les quiere significar, ni pueden rectificar su juicio por este medio: ni alcanzan de manera alguna que los otros niños de su edad tengan un grado mas de perfeccion, ni posean por último las facultades que hacen á aquellos observadores, y ayudan maravillosamente el desarrollo de las funciones del entendimiento. Si los ciegos consiguen establecer entre sí mismos estas relaciones, es á costa de mucho tiempo, y mediante la experiencia luego que están en comunicacion directa con el mundo exterior. No llegan á aprender los nombres de los objetos, ni se conseguirá que los

repitan, hasta que conozcan su forma por medio del tacto, sentido que aun cuando se perfecciona en ellos, mas pronto que en los demas niños, permanece algunos años en el estado de la imperfeccion, durante cuya época no conocen sino indistintamente lo que les rodea. Si el cieguecito reconoce á alguno por la voz en sus primeros años, es despues de haber examinado antes varias veces con sus manitas, la extructura del cuerpo del que habla, para comparar con la extructura del ente moral que su imaginacion les ha trazado. Asi es que en los unos y en los otros, el conocimiento de los objetos tan imperfecto como sea, no puede adquirirse sino despues del desarrollo de su inteligencia y mediante una série larga de observaciones. Durante su infancia se encuentran los infelices en un estado fatal de embrutecimiento. Nacidos comunmente de entre las clases mas oscuras de la sociedad, en el seno de la pobreza y de la miseria, no han recibido de sus padres aquella educacion física que tanto contribuye al desenvolvimiento de las facultades intelectuales.

La filantropía y la caridad han dado no obstante algunos pasos en favor de estos desgraciados. La sociedad económica matritense al crear en 1802 el colegio de *sordo-mudos*, que á pesar de las vicisitudes de la épocas conserva todavía bajo su direccion y sus auspicios, dió una muestra muy inequívoca de la utilidad de sus tareas ordinarias, y del celo patriótico que anima á todos los individuos que la han compuesto siempre. Ningun establecimiento, ningun instituto mas digno del nombre español, ni que mas en armonía se encuentre con la generosidad y las otras virtudes que distinguen á nuestros hombres ilustrados..... La sociedad económica de Madrid debe estar gozosa de su obra; ¡niños desgraciados..... bendecid una y mil veces á los autores de ella! á los que facilitándoos por medio del arte lo que la naturaleza os niega, cuidan de vuestra edu-

cacion y subsistencia, y cultivando artificiosamente vuestro entendimiento, os vuelven á la dignidad de hombres, y os ponen en comunicacion directa con el resto de la sociedad. Desde 1835 en que aquella volvió á recobrar la direccion del colegio de sordo-mudos que habia creado, estableció un nuevo plan, redactó un reglamento, y metodizó el sistema de enseñanza y de la disciplina interior, son mas notables los ventajosos resultados que produce. La enseñanza de los sordo-mudos no se limita á la enunciacion del pensamiento por medio de signos materiales; un sistema filosófico y y hábilmente combinado, ayuda al desarrollo de su inteligencia y aun proporciona adelantos sorprendentes en la articulacion de los sonidos de la voz. Todo el que haya presenciado los exámenes anuales del colegio de sordo-mudos de Madrid, de pocos años á esta parte puede decir *que ha oido hablar á los mudos de nacimiento*. Con esto parece que se dice bastante. Los ciegos que son igualmente educados en dicho establecimiento, disfrutan de las ventajas que son compatibles con su triste situacion, y tambien el arte que viene á ponerse en frente de la naturaleza, hace esfuerzos prodigiosos para reparar sus defectos. Los libros de relieve y los métodos que con mejor éxito están puestos en práctica en otros paises para la educacion de los ciegos, se ejercitan en Madrid con algunas mejoras especiales. Ademas en el colegio de sordo-mudos se suministra á estos infelices una educacion bastante extensa; á la enseñanza de la lectura, escritura y aritmética, se añade la gramática castellana, la geografía, etc., y algun arte ú oficio, principalmente el de la imprenta, para el cual los sordo-mudos son mas á propósito. En este colegio se admiten alumnos pensionistas, internos y externos, cuya educacion y manutencion pagan sus padres. Pero principalmente disfrutan gratis de este beneficio los que justificando su pobreza, obtienen plaza efectiva. Es-

tos, cuando están algo adelantados en el arte ú oficio á que se les dedica, tienen derecho á una parte de las ganancias que proporcionan al establecimiento, y esta parte de utilidad se va aumentando en un fondo separado, que se les entrega religiosamente al emanciparse del colegio. Hé aquí como la sociedad económica de Madrid no solo ha querido proporcionar el beneficio de la enseñanza á estos seres desgraciados, sino que llevada de los sentimientos de filantropía que anima á sus individuos, facilita á aquellos el medio de establecerse cuando su edad y su instruccion lo permitan, para que asi puedan disfrutar del beneficio y de sus consecuencias.

Es lástima que los institutos de esta especie en que los sordo-mudos y los ciegos reciben su educacion no estén mas generalizados entre nosotros. Sin embargo, no deja de ser notable el ingenio natural de los ciegos, y merece que nos ocupemos de ellos separadamente. Aún cuando no hayan recibido enseñanza alguna especial, ellos buscan arbitrios para ganarse la vida, y pocos hay á quienes les falta una guitarra ó un violin para proporcionarse su sustento. En la corte y en las grandes capitales suelen reunirse los ciegos de la comarca, y allí se ocupan en la venta de periódicos, de hojas sueltas, de las coplas y romances. La multitud los escucha, la multitud les atiende y la multitud les paga..... Como que el sentido del oido es en los ciegos tan perfecto, fácilmente hacen valer esta ventaja que la naturaleza les ha concedido sobre los demas, en cambio del defecto principal de que adolecen La vista..... ¡que desgracia es la de estar privado de los goces del primero de los sentidos! Tener un hijo y no tenerlo, porque un ciego no sabe que su hijo vive sino le toca, sino le oye hablar, y aun oyéndole y tocándole puede equivocarse..... Tener un padre y no saber lo que es una sonrisa paternal, no poder contemplar la afabilidad de su semblante y no poder decir: ¡Padre! sino despues de habérsele

acercado y reconocido por el tacto y por la voz, ¡la voz y el tacto que pueden ser tan equívocos!.... Una madre ciega no podrá decir entre cinco niños que están jugando aquel es mi hijo..... si antes no lo reconoce de igual manera! ¡Ah! y el no haber visto jamás el sol, ni la luna, ni las estrellas, ni el agua, y tener una idea vaga, incierta, indeterminada, absurda tal vez de lo que es el mundo en que habita! ¡y los contratiempos á que está siempre expuesto el pobre ciego! ¿De qué le sirve tener un corazon fuerte y un valor acaso envidiable, si en sus manos la espada mejor templada solo puede servir de báculo y el mas brioso corcel de peligroso lazarillo?.... ¡Guardaos bien de ofender al pobre ciego! La naturaleza le ha privado de los medios de defenderse, porque la naturaleza regida por la Providencia divina, nada ha hecho que no debiera hacerse. ¿Y quereis saber por qué? ¿Quereis saber por qué el infeliz ciego carece de los recursos necesarios á su propia defensa? Pues yo os lo diré; no se puede comprender que haya un hombre tan depravado que se deleite en maltratar á quien solo inspira compasion. Con este motivo os referiré la siguiente historia.

Tomás, cieguecito de nacimiento, era un niño infeliz, hijo de padres ciegos tambien, y extremadamente pobres. Una guitarra remendada, un mal violin y una sonaja era todo su patrimonio; Tomás principiaba á rascar su violin bajo la direccion de su padre que le daba los tonos con su guitarra, y explicaba á su hijo la posicion de los dedos y la manera de herir las cuerdas. Al cabo de un año el cieguecito ya acompañaba alguna cosa, y tocaba aunque no con perfeccion sus jotas, sus himnos y sus rondeñas, de modo que la familia formaba por sí sola una pequeña orquesta. En las calles y en las plazas públicas estaban siempre rodeados de un numeroso concurso de curiosos de baja esfera, que á las invitaciones de los músicos solian cor-

responder con dos cuartos. Con este recurso vivian medianamente y aun ahorraban algun dinerillo; su habitacion era un cuarto oscuro y mal sano, que solo tenia de bueno la baratura de su alquiler: esta circunstancia sin duda acarreó al desgraciado padre de Tomás una enfermedad que fue por momentos haciéndose cada vez mas grave. Acudió á la comision de beneficencia del barrio, y pronto tuvo de valde médico y medicinas; pero con todo, el gasto extraordinario que se originaba, disminuia su pequeño repuesto, y á los pocos dias concluyó con él enteramente. Tomás entonces se vió precisado á salir él solo con su violin, á tocar por las calles para sacar algun dinero. ¡Tocar y cantar cuando su inocente corazon estaba lleno de tristeza! no obstante este recurso fue productivo, y mediante él volvia todas las tardes el hijo con los medios necesarios para atender á la curacion y alimento de su infeliz padre. El médico dijo cierto dia que era indispensable se trasladase al hospital inmediatamente, pues que careciendo aquel sitio de ventilacion necesaria, y no siendo posible suministrarles todos los recursos de la ciencia en la situacion en que se encontraba, no aseguraba bien de su enfermedad que era grave y aun contagiosa; dispuso en fin lo que era preciso, y se despidió para no volver. Tomás afligido con esta determinacion, quiso antes de despedirse de su padre, traerle algun consuelo para que al menos fuese al hospital cómodamente, pues por su propio pie era casi imposible, y tomó su violin y volvió á emprender su tarea. Mas al pasar por cierta calle iba el pobre cieguecito tocando el suelo con su baston, cuando un bribonzuelo que salia de la escuela con otros varios muchachos, tuvo la diabólica ocurrencia de colocarse al lado de aquel, ponerle el pie entre los suyos y dejarle caer cuan largo era..... Todos echaron á correr celebrando unos la astucia del pícaro escolar, y reprendiendo otros su mala intencion; lo

cierto es, que el cieguecito se habia dado un fuerte golpe en la cabeza con el ángulo saliente de las losas de la acera y permanecia sin sentido. El alcalde del barrio tomó conocimiento del hecho, indagó quien habia sido el causante de aquella desgracia, y dispuso que el herido fuera trasladado inmediatamente al hospital. — Pasaban las horas, y nadie parecia por el miserable albergue del padre de Tomás. Llegó la del alimento y la de la medicina y Tomás no estaba allí para dársela. ¿Qué habrá sucedido? Viene la noche y nada..... pasa el dia siguiente y tampoco..... Su afliccion, el desfallecimiento y la angustia reduce á una fatal postracion al desgraciado padre de tan infeliz hijo, y al dia siguiente cuando por acaso le ocurre al médico entrar á saber que noticias habia del enfermo que suponia ya en el hospital, se lo encuentra hecho cadáver... Sorprendido desagradablemente con la vista de tan lastimoso cuadro, da parte á la autoridad, y se toman providencias para trasladar el cadáver al campo santo.

Tomás al siguiente dia de su entrada en el hospital, ya habia recobrado el uso de los sentidos y su herida ofrecia buena esperanza. La primera palabra que pronunció fue el nombre de su padre, y al momento trató de inquirir el estado de su salud. Los practicantes ofrecian complacerle y no tardaron en saber cuanto habia ocurrido: pero el cieguecito no estaba aún en disposicion de resistir la impresion funesta de tan desagradable nueva. Fue preciso ocultársela por entonces, y no decirle nada hasta pocos dias antes de salir del hospital. Ya podeis imaginar cual seria la pena y la afliccion del pobre cieguecito al volver á aquel reducido albergue, donde él respiraba antes el aliento de su padre, donde escuchaba su cariñosa voz, donde recibia sus caricias, á las que el correspondia con abrazos y con besos, y ahora solo encontraba el lecho inmundo donde habia exhalado el postrer suspiro el autor de sus dias,

y la atmósfera infestada por el fétido olor que habia dejado el corrompido cadáver.

El expediente instruido contra el autor de la herida causada al cieguecito seguia sus trámites, y por fin los padres de aquel fueron sentenciados al pago de una multa y las costas del proceso. El muchacho enredador cuya diabólica travesura habia ocasionado tales desgracias, continuaba con sus malas costumbres. Cierto dia salió al campo con sus camaradas y se entretenia en hacer lo que ellos llamaban una funcion de pólvora. La irreflexion que es tan propia de los niños atolondrados y traviesos, hizo que este cometiese la imprudencia de acercarse á soplar, al mismo tiempo que inflamándose la pólvora quemó su cara causando un estrago admirable en sus ojos. Por mas recursos que se inventaron, por mas medicamentos que se le pusieron, quedó al fin privado de la vista, como si el cielo hubiera querido imponerle un castigo que no alcanzaban á imponer las leyes de los hombres. Mucha pena causó á los padres de este muchacho tan repentina desgracia, y no dejaron de ver en ella la mano de Dios, fiel ejecutora de su justicia divina; pero asi como el contratiempo que sobrevino al cieguecito con su herida fue acompañado de las calamidades que ya sabeis, tambien ahora la desgracia del causante de aquella llevaba en pos de sí otras no menos lamentables. A la pérdida de la vista del muchacho siguió algunos años despues la muerte repentina de su padre: quedando huerfano y ciego el que antes se habia burlado de la infelicidad y de la miseria. Sin embargo, tenia ya mas de veinte y cuatro años, y habia entrado en el goce de los bienes de fortuna que su padre poseía al tiempo de morir, porque falleció sin testar y sin echar la bendicion á su hijo. Este hubiera continuado disfrutando de dichos bienes y subsistiendo en una regular medianía, si un dependiente antiguo de la casa que le merecia toda su confianza y que

se habia criado con él, no le hubiese vendido traidoramente y usurpado el único caudal que poseia. No era fácil probarle su maldad, él tenia todos los medios de cohonestarla..... una pérdida que fingia..... un desfalco que improvisaba..... una deuda supuesta de su padre que debia pagar con preferencia..... todo era justo y fundado para el jóven que carecia de los medios de probar la falsedad: era preciso pasar por todo, conformarse con las disposiciones del inícuo apoderado, resignarse y sufrir, hasta que al fin llegó el dia de la tremenda declaracion. Ya no hay para comer. El dueño de la casa pide el alquiler de todo un año..... no queda ni un maravedí con que poder satisfacerle..... á esta reclamacion sigue el embargo, el despojo y la venta de muebles. El infeliz muchacho se vé reducido á la miseria mas espantosa, ciego y sin casa en que habitar, y sin un mortal que vuelva hácia él su compasiva vista. Entonces si que conoce lo amargo de su situacion, entonces es cuando por la vez primera se lamenta de que nadie se compadezca de la suerte infeliz de un pobrecito ciego. ¡Ah! si él pudiera ver en aquel instante, tal vez señalaria con el dedo el autor de su desdicha, y lo presentaria ante los jueces y obtendria la reparacion de sus muebles perdidos..... ¿quién sabe si el malvado estará junto á el y se burlará de su desgracia, y gastará y triunfará de los bienes usurpados?.... Si el ciego recobrase su salud, ¿cómo el criminal habia de negarle su inícuo proceder? aunque su boca dijera lo contrario, su semblante confesaria la verdad..... aunque él inventase pretextos, las pruebas evidentes le acusarian..... pero asi no hay remedio..... no hay otro remedio que implorar la compasion y la generosidad de las almas sensibles.

Un dia de jubileo se hallaban varios ciegos en el pórtico de una iglesia: dos de ellos bastante jóvenes estaban pidiendo el uno al lado del otro. De cuando en cuando se preguntaban acerca de su situacion.

Yo soy ciego de nacimiento, decia el uno, pero mi suerte hubiera sido menos desgraciada si mi padre.... y un hondo suspiro salió del centro de su pecho.—¿Qué, teneis padre?—No; lo he perdido:—pues estamos iguales: yo tambien he perdido el mio y de la fecha de su muerte data la de mis principales desgracias.—Al menos las vuestras serán sin embargo de aquellas que Dios envia por los medios ordinarios; pero yo me quedé sin padre porque una mano criminal me causó una herida terrible en la cabeza cuando yo salia á ganar lo preciso para atender á su subsistencia y curacion.... en vez de volver á casa, fui trasladado al hospital, y mi padre murió durante mi ausencia sin recibir los socorros que le llevaba, y sin decir adios á su querido hijo!—¡Qué habeis dicho, Dios mio! ¡justos cielos! ¿Sois vos el cieguecito de que tanto se ha hablado?—Si; el mismo.—Pues aqui está el criminal autor de vuestra desgracia.... aqui me teneis espiando mi culpa.... ¡Oh! ¡pero que espiacion tan horrible...! ¡Dios mio! Ahora conozco el supremo poder de vuestra inflexible justicia... ¡Perdon! ¡Señor, perdon!—¡Desgraciado! ¡soy vos! ¡y estais ciego tambien! ¡y tambien pobre!—Perdonadme, amigo mio.... estoy arrepentido de aquella falta ¡ah! dadme la mano... juremos no separarnos nunca.... Yo seré tu esclavo desde hoy, yo besaré donde pongas tus plantas.... yo seré tu mejor amigo.... Si el cielo me volviera la vista, aun podria reparar tambien tu desgracia....—Un famoso cirujano oculista acaba de llegar á Madrid y ofrece curar á los ciegos que no sean de nacimiento ó tengan destruida completamente la materia cristalina de los ojos; yo sin embargo de que nací ciego como ya sabeis, me he puesto bajo su direccion, y creo que gastaré tiempo en valde; pero el ha hecho curaciones maravillosas.—En efecto el cieguecito acompañó poco despues al otro ciego á la casa del oculista, éste enterado de su situacion y de que po-

dria tal vez pagarle un dia ventajosamente su trabajos hizo sus operaciones, entabló su método, y dió vista al ciego arrepentido. Este recobró mas tarde con el uso de su apreciable sentido los bienes que el infame doméstico le habia usurpado, porque los tribunales le hicieron justicia. Jamas separó de su lado al infeliz cieguecito, vivieron despues como hermanos, y el jóven arrepentido no cesaba de manifestar el respeto que se debe á la desgracia, ni de repetir un solo dia los actos de generosidad que las almas caritativas ejercen naturalmente siempre con los pobres ciegos.

Málaga 1-4-1969